



JESSICA ANDERSEN

**OBJETIVO
PRINCIPAL**

Lectulandia



OBJETIVO PRINCIPAL
JESSICA ANDERSEN

Sinopsis

Sólo él podía salvarla del asesino que la había convertido en su principal objetivo...

Cuando un paciente suyo murió de manera misteriosa, la doctora Ripley Davis comenzó a buscar respuestas... Pero entonces apareció Zachary Cage, agente de seguridad en cuestiones de radiación, y le lanzó un sinfín de acusaciones. Ripley no disponía de tiempo para demostrarle su inocencia a aquel atractivo hombre. Lo único que la preocupaba era salvar a sus pacientes y mantenerse con vida.

Cage había prometido proteger a los pacientes inocentes de los errores médicos, pero el empeño de la doctora por descubrir la verdad consiguió, al fin, hacer desaparecer sus dudas. Aquella mujer estaba en peligro... pero también era demasiado tentadora.

Personajes

Ripley Davis: Hará todo lo que sea necesario para cuidar de sus pacientes y mantener abierto el departamento en el que trabaja, aunque para ello tenga que formar equipo con el tipo de hombre del que ha prometido mantenerse alejada.

Zachary Cage: Su trabajo consiste en proteger a los pacientes de médicos sin escrúpulos, como los que mataron a su esposa. ¿Aprenderá a confiar en Ripley, antes de que ella se convierta en la próxima víctima del asesino en serie del hospital Boston General?

Leo Gabney: El director del Boston General está dispuesto a cualquier cosa con tal de ganar el premio al mejor hospital del año. Cualquier cosa.

Howard Davis: El padre de Ripley dirigió el hospital en otro tiempo. ¿De parte de quién está ahora?

Belle: La voluntaria del hospital adora a sus pacientes, pero quizá su comportamiento angelical tenga un lado oscuro...

Whistler: El ayudante de Cage tiene la formación y los conocimientos necesarios para asesinar a los pacientes, inyectándoles un líquido radiactivo mezclado con adrenalina.

Tansy Whitmore: Algo preocupa a la amiga y compañera de Ripley, pero se niega a hablar de ello.

George Dixon: Cage lo ha sustituido como jefe de Protección Radiológica, pero seguramente siga teniendo un papel importante en el hospital. Importante e incluso siniestro...

A Melissa Jeglinski, por creer en mis historias y ayudarme a crecer como escritora.

Acerca de la autora

Aunque ha trabajado en una amplia variedad de profesiones, desde limpiar jaulas de leones marinos a clonar genes del glaucoma, del derecho de patentes a la doma de caballos, Jessica alcanza la felicidad máxima cuando combina todos estos intereses con el mayor de todos: la literatura. En la actualidad, es feliz porque se dedica por completo a escribir sus novelas desde la granja que posee en Connecticut y que comparte con un pequeño zoológico y un héroe llamado Brian.

Capítulo 1

Ripley Davis atravesó las puertas que separaban el departamento de radioterapia y oncología y frunció el ceño al ver el inesperado informe de defunción que tenía en la mano. Lo había leído diez veces desde el día anterior y seguía sin tener ningún sentido.

Ida Mae Harris no debería haber muerto.

El fracaso se le había echado encima como una pesada carga, que apenas le permitía subir las escaleras de caracol que conducían al vestíbulo, pero su agenda no le dejaba lugar para un momento de descanso. Apenas tenía tiempo para sacar un café de la máquina, antes de tener que asistir a otra reunión de «emergencia» del servicio de Protección Radiológica, y ya era la segunda en un mes. Había llegado a sus oídos la noticia de que habían sustituido al nazi que dirigía el departamento, pero no tenía demasiadas esperanzas en el nuevo responsable. Los rumores decían que el nuevo, Zachary Cage, odiaba a los médicos.

Estupendo, eso era justo lo que Ripley necesitaba.

No tenía tiempo para aquella reunión, ni para un experto en seguridad empeñado en paralizar, todo el servicio de radioterapia, para inspeccionarlo. Ripley llevaba ya algún tiempo luchando por mantenerlo abierto, después de los últimos recortes presupuestarios. Pero el Servicio de Oncología Radioterápica era su vida, y los pacientes su familia. La administración no podía cerrarlo, no podía.

Mientras apretaba el informe con frustración, Ripley tuvo que admitir, ante sí misma, que claro que podían nacerlo, a menos que pudiera explicar la muerte de Ida Mae durante la investigación. La casi septuagenaria abuelita estaba a punto de recibir el alta, después de haber seguido el tratamiento a la perfección. No debería haber muerto.

¿Qué había ocurrido?

Ripley meneó la cabeza con la mirada perdida en la máquina de café y tratando de relajarse con el sonido del agua de la fuente del vestíbulo. Las cifras de supervivencia de su departamento eran de las mejores del país. Disponían de las técnicas más avanzadas y funcionaban de manera eficiente. Por eso le había resultado tan difícil utilizar la trillada explicación que había tenido que darle al esposo de Ida Mae: «estas cosas pasan a veces».

Ella no permitía que «esas cosas» les ocurrieran a unos pacientes por los que se desvivía. Tenía que averiguar por qué había fallecido Ida Mae.

Estaba en mitad del vestíbulo cuando oyó unos pasos a su espalda y automáticamente pensó que se trataba de una urgencia. Pero antes de que pudiera

darse la vuelta y comprobar que se equivocaba, una mano fuerte y sudorosa le golpeó el hombro y oyó el grito de un hombre:

—¡Ha matado a mi mujer!

Ripley se tambaleó y cayó aterrorizada a los pies de su atacante, que desprendía un fuerte olor a whisky y sudor. Se quedó allí en estado de shock, paralizada.

—¡Usted la ha matado!

Trató de sentarse sobre las frías baldosas para poder mirarlo.

—¡Espera! Espera, yo no he matado a nadie, yo... —al reconocer el rostro de aquel hombre, destrozado por el dolor, las palabras se secaron en su boca.

Era el marido de Ida Mae, que le había llevado flores a la paciente todos y cada uno de los días que había permanecido ingresada.

—Dijo que estaba bien. Se suponía que hoy volvería a casa —le recordó con una rosa de cristal en la mano—. La semana que viene es nuestro cincuenta aniversario. Le había comprado una flor.

Una lágrima recorrió su rostro, al tiempo que sus manos rompían en dos pedazos la rosa de cristal. Apuntó a Ripley con el tallo de la flor, cuya punta lanzaba destellos que se reflejaban en los ojos de la doctora.

—Ahora Ida Mae está muerta. ¡Usted la ha matado!

Ripley se puso en pie a duras penas, ajena a las miradas de los que los rodeaban. Aturdida por el miedo y la frustración, se dio cuenta de que las manos temblorosas que tenía frente a sí eran las suyas.

«¡No!», habría querido gritar. «Yo no la maté. Mis pacientes son mi vida. Son mi familia. ¿Es que no lo comprende?»

Pero era obvio que aquel hombre no habría podido comprenderlo, así que trató de tranquilizarse.

—Señor Harris, es verdaderamente terrible que haya perdido a su esposa, pero esto no lo hará sentirse mejor.

Ripley lo había visto muy tranquilo cuando le había dado la noticia del fallecimiento de Ida Mae, pero era consciente de que el shock y la rabia que una noticia así producía en alguien podía retrasarse.

Otra lágrima recorrió el rostro del señor Harris hasta reunirse con la anterior, y Ripley tuvo que contener su propio llanto antes de hablar con voz suave y llena de comprensión:

—Déme ese cristal, señor Harris. Ida Mae no habría querido verle hacer algo así.

No. Era un error decir eso.

—¡Ida Mae no quería morir! —rugió el hombre, al tiempo que movía el cristal hacia ella con una rapidez que hizo estallar el caos.

Se oyó el chillido de una mujer y las acuarelas que adornaban el vestíbulo

cayeron al suelo estrepitosamente, cuando apareció el hombre que se había escondido tras ellas. Ripley se tiró al suelo huyendo del improvisado arma mientras el desconocido se abalanzaba sobre el señor Harris y acababa en la fuente junto a él, salpicando agua por todos lados.

Ripley se incorporó a tiempo para ver a su salvador propinarle un puñetazo al señor Harris y entonces todo se paralizó, el silencio se impuso en el lugar. Hasta la fuente pareció quedarse muda. Ella también se quedó muda mientras asimilaba dos cosas: estaba a salvo y era gracias a aquel magnífico desconocido.

Un hombre moreno de más de un metro noventa de altura, jadeaba empapado en mitad de la fuente. La nariz recta y las cejas pobladas le daban un aspecto feroz aunque guapo. Con la distancia que la separaba de él, Ripley no habría sabido decir de qué color tenía los ojos. Parecían... completamente negros.

La tela mojada de su camisa hacía resaltar los bíceps que se escondían debajo y que se vieron aún con más claridad cuando agarró al señor Harris y lo puso en pie con una sola mano. Haciendo caso omiso a la multitud que se había congregado a su alrededor, salió del agua y sacó también al atacante para dejarlo después en manos de los dos policías que acababan de llegar, cuando la situación estaba ya bajo control.

Fue entonces cuando los ojos del desconocido se posaron sobre Ripley y sus miradas se unieron provocando una especie de descarga eléctrica. Ella sintió un temblor en los muslos y un dolor en el espacio que quedaba entre ellos. Pero no era miedo, ni mucho menos. Aquella sensación nada tenía que ver con el miedo.

Entonces comenzó a caminar hacia ella, mientras los murmullos de la gente fueron convirtiéndose poco menos que en gritos; pero Ripley no era consciente de nada, sólo lo veía a él. Alto, moreno y empapado. Le tendió la mano, en la que brillaba un trozo de cristal.

—Yo me haré cargo de eso —la voz profunda y grave sacó a Ripley de su ensimismamiento. No podía dejar de sentir la amenaza de las manos de Harris agarrándola, apretándola con la rabia provocada por el dolor. Tenía los nervios a flor de piel, pero sabía que no podía dejar que se apoderaran de ella. Debía comportarse como la médica que era. Ella era la doctora Ripley Davis, no una muchachita débil y cobarde. «Un Davis jamás hace una escena», las duras palabras de su padre resonaron en su mente y la furia, que tan bien conocía, la ayudó a recomponerse.

Ya se comportaría como una mujer asustada más tarde. Cuando nadie la viera.

Miró a los agentes que los rodeaban.

—No es necesario, no voy a presentar cargos —se metió el tallo de cristal en el bolsillo delantero de la bata y, al notar el ligero roce a través de la tela, prefirió no pensar en lo que habría podido pasar si Harris hubiera sido un poco más rápido con aquel trozo de cristal y el otro hombre hubiera sido un poco más lento al acudir en su ayuda. Lo mejor era olvidarse del nudo que tenía en el estómago y concentrarse en la política que tenía el hospital ante ese tipo de incidentes, una política que imponía el director, Leo Gabney.

—¿Por qué demonios no va a hacerlo? —la voz del desconocido era tan dura y oscura como su aspecto, aunque se adivinaba un toque de suavidad.

En un ataque de locura, Ripley no pudo evitar preguntarse qué se sentiría escuchando aquella voz nada más despertarse por la mañana.

Cómo sonaría pronunciando su nombre.

¿Cómo era posible que estuviera pensando algo así? Ella no necesitaba a ningún hombre. No necesitaba sexo. Su vida era la medicina, salvar vidas... y no necesitaba a ningún hombre para sentirse completa y realizada. Eso sería una debilidad, lo mismo que el amor. O como la necesidad de que la rescataran.

Debía de ser la adrenalina, decidió Ripley al ver al desconocido fruncir el ceño de un modo que le estremeció el corazón. No era más que eso, la adrenalina descargada por el miedo y el hecho de saber que aquel hombre acababa de salvarle la vida.

No recordaba la última vez que un hombre la había rescatado de nada.

—Lo que necesita el señor Harris es un poco de compasión, no que lo lleven a comisaría —declaró con voz temblorosa, sin apartar la mirada del viudo, que lloraba desconsoladamente cubriéndose el rostro con las manos. Apenas podía entender las palabras que decía entre tanto llanto:

—Ida Mae. Esa maldita llamada. La doctora Davis ha matado a Ida Mae.

Ripley cerró los ojos. «Estas cosas pasan», le había dicho por teléfono después de comunicarle que el corazón de su esposa había dejado de latir de pronto. Tonterías. La incredulidad que él había mostrado había herido a Ripley porque ella misma no había conseguido creer lo que decía. Ahora su llanto le desgarraba el alma.

Le había fallado a él y a su paciente. Al hospital. Y a sí misma.

—¡Pero podría haberla matado! —maldijo el desconocido sacándola de sus pensamientos—. ¿Qué clase de medidas de seguridad tienen ustedes aquí? Ese tipo es un loco. ¡Merece un castigo!

—Ya ha tenido suficiente castigo —rebatía Ripley—. Ha perdido a su esposa.

Aunque, personalmente, no creía en el triunfo del amor, tenía que admitir que parecía funcionar para algunas parejas. Desde luego a los Harris les había funcionado, pensó recordando la rosa de cristal que le había comprado a Ida Mae para celebrar su cincuenta aniversario. Ahora tendría que pasarlo solo.

El sentimiento de culpabilidad se le clavó en el corazón como una espina.

—Eso es una tontería y usted lo sabe —replicó el desconocido—. El dolor no da derecho a hacer daño a nadie.

—Déjelo —le sugirió uno de los policías—. Recibimos estas llamadas cada cierto tiempo. El Boston General nunca presenta cargos y nunca ha salido nadie herido. Nos guste o no, parece que su sistema funciona. Lo que sí necesito, es que me den sus nombres para realizar el informe.

Ripley dio su nombre y el departamento al que pertenecía y, al mencionar el

servicio de radioterapia, le pareció notar que el desconocido apretaba la mandíbula, pero no dijo nada.

—Mi nombre es Zachary Cage. Esto es una pérdida de tiempo. Estoy empapado y llego tarde a una reunión —añadió, antes de alejarse de allí inmediatamente, pero después de haberle lanzado a Ripley una última mirada.

Aquél era el nuevo jefe de Protección Radiológica. Ripley lo miró perpleja. Los rumores sobre su fiereza no se habían quedado cortos, pero nadie había mencionado lo guapísimo que era.

—Maldita sea —farfulló ella, pasándose la mano por el cabello y comprobando al mismo tiempo que seguía temblando. El cuerpo entero le temblaba y estaba a punto de vomitar.

«Si vas a venirte abajo, hazlo en algún lugar donde nadie te vea», le dijo la voz de Howard Davis dentro de su cabeza. «Los Davis nunca deben mostrarse débiles en público. Nunca».

Estaba a punto de entrar en el aseo de señoras, cuando vio a una enfermera de urgencias poniéndole un sedante a Harris. En ese instante la voz del señor se impuso por encima del barullo del vestíbulo:

—¡La voz del teléfono dijo que la doctora Davis había matado a mi esposa! —y se desplomó al suelo inconsciente.

Ripley llegó al servicio tambaleándose, pero pasó mucho tiempo antes de que dejara de temblar.

—Lo que me faltaba. Otro médico tratando de salvar su propio pellejo. Qué típico. Bueno, ya nos encargaremos de eso —Cage sacó los pantalones de deporte de la bolsa del gimnasio y se los puso. Seguía teniendo las piernas húmedas y su hombro malo se resentía. Los cirujanos habían hecho todo lo que habían podido, pero sus ligamentos no eran lo bastante fuertes como para aguantar peleas acuáticas bajo el agua.

—¿Está bien, jefe? —preguntó Whistler, al ver la cara de dolor de Cage, pero sin dejar de jugar al solitario en el ordenador.

—Sí, sí. Vamos, llegamos tarde a la reunión.

—¿Va a ir así vestido?

Cage se miró ataviado con tan deportiva indumentaria.

—No tengo otra elección, ¿verdad? El traje está completamente empapado. Vamos.

El ayudante, nombrado por el hospital, lo siguió obedientemente hacia la sala en la que iba a celebrarse la reunión convocada por el director, Leo Gabney.

—No entiendo por qué el hospital no presenta cargos contra ese tipo —protestó Cage por el pasillo—. Atacó a una de sus doctoras, por el amor de Dios —le había contado a Whistler una versión resumida del incidente sin que el técnico de rayos se

hubiera inmutado siquiera. Claro que tampoco había reaccionado cuando Leo Gabney le había comunicado que Cage iba a sustituir a George Dixon como jefe de Protección Radiológica.

Los otros cinco miembros del equipo no habían sido tan amables. Dos habían resoplado, otro había mencionado la fallida demanda del hospital Albany Memorial y los otros dos ni siquiera habían levantado la vista de los naipes con los que habían estado jugando. En ese momento, Cage se había planteado la idea de despedirlos a todos.

Desde ese momento, el día había ido de mal en peor, hasta que había acabado abalanzándose sobre un tipo que trataba de atacar a una mujer con un cristal. Aunque sabía perfectamente cómo se sentía aquel viudo, no había excusa para el modo en el que se había portado con esa mujer.

Por mucho que fuera una doctora.

—Si el tipo se puso histérico por la repentina noticia de la muerte de su esposa, el hospital hará que se olvide todo —le dijo Whistler con una mirada de soslayo.

—¿Y eso por qué?

—La administración quiere evitar, por todos los medios, que lo denuncien por negligencia. No sería bueno para el hospital y, desde luego, perdería cualquier oportunidad de que le dieran el premio al hospital del año.

Cage se puso en tensión, tratando de apartar los recuerdos que se le agolpaban en el cerebro.

—Qué vergüenza —despotricó—. Los médicos deberían saber lo que hacen antes de jugar con los pacientes.

Whistler se encogió de hombros antes de hablar.

—Eso no es lo que ocurre aquí. El Boston General tiene un historial impecable. La administración se encarga de que así sea, de un modo u otro —añadió, abriendo la puerta de la sala de reuniones de radioterapia y oncología.

—Llega tarde —señaló Leo Gabney nada más verlo, el comentario perdió parte de la fuerza que pretendía tener, porque el director apenas media un metro sesenta y cinco—. ¿Qué demonios lleva puesto?

—Es una larga historia —zanjó Cage pasando a su lado—. Pero debe saber que su servicio de seguridad es un desastre.

—Por suerte para usted, eso no es problema suyo. Enseguida se adaptará a cómo hacemos aquí las cosas —aseguró Gabney, dirigiéndose al frente de la sala—. Empecemos con esto, la gente está impaciente.

Cage no tardó en darse cuenta de que se había quedado corto. Frente a él había cincuenta rostros, que los miraban con una variada gama de expresiones que iban desde el aburrimiento a la más clara hostilidad, pasando por el enfado. Un par de conversaciones en la cafetería y un vistazo a algunos informes le habían demostrado que su antecesor no había sido muy apreciado en el hospital y, desde luego, tampoco

había sido muy eficiente. Parecía que George Dixon había estado más interesado en las mujeres que en la seguridad del servicio de radiología..., aunque dudaba mucho que las mujeres hubieran correspondido a tal interés.

Bueno, pensó Cage, el personal femenino del Boston General podía estar tranquilo con él, pues su única prioridad era el trabajo.

Pero mientras ajustaba la altura del micrófono, echó un vistazo a la sala y sintió una punzada en el pecho al encontrar el único rostro que reflejaba algo que no era hostilidad ni aburrimiento.

Ella estaba allí.

Entonces cayó en la cuenta de que no había dejado de pensar en aquella mujer desde el incidente del vestíbulo. Le había salvado la vida y ambos lo sabían. Sus venas volvían a descargar adrenalina en cuanto se fijaba en sus ojos.

La doctora Ripley Davis. Los datos de su historial no lo habían ayudado a prepararse para conocerla personalmente. Cage no había estado preparado para encontrarse con una mujer en lugar de un médico. Una sospechosa.

En un primer momento, sólo había visto a una bella mujer de pelo oscuro y rizado recogido en la nuca, dejando ver un cuello largo y elegante. Al encontrarse con sus ojos, el agua que lo había cubierto de pies a cabeza había dejado de estar fría, lo mismo que su cuerpo.

Hacía ya mucho tiempo que el sexo no formaba parte de su vocabulario; hasta la necesidad había acabado por desaparecer. Pero el deseo había revivido dentro de él al verla, del mismo modo que había comenzado a latir con fuerza al distinguirla entre los asistentes a la reunión.

La doctora Ripley Davis, del servicio de radiación y oncología. Cage no confiaba en el SOR, además ya había oído algunos rumores sobre el departamento. La investigación había comenzado y el hecho de que fuera tan bella no debía importar lo más mínimo.

No importaba, se corrigió con firmeza. Si ella era la responsable del material radiactivo que se suponía había encontrado Dixon en el cuarto de los productos de limpieza del SOR, Cage lo demostraría sin piedad alguna. No sentía la menor piedad por los médicos incompetentes, especialmente si pertenecían a oncología.

Cage apretó los dientes, maldiciendo la reacción de su cuerpo, al ver cómo sus labios se movían para darle las gracias. Le resultaba más sencillo enfrentarse a la animadversión de sus compañeros que a la sonrisa de Ripley Davis.

—¡Atención, por favor! —el director impuso inmediatamente el silencio en la sala—. Como ya saben, el premio al hospital del año se concede al final de esta semana y el Boston General aspira a conseguirlo y ganar la subvención de diez millones de dólares. Ese dinero serviría no sólo para solucionar los recientes problemas presupuestarios, sino también para crear la Unidad de Pediatría Gabney — el orador no obtuvo reacción alguna a tal anuncio, aunque él asintió como si lo aclamara una tremenda ovación—. A continuación y, continuando con mi

compromiso de mejorar el Boston General, me gustaría presentarles a Zachary Cage, que va a sustituir a George Dixon como jefe del servicio de Protección Radiológica.

Aquel anuncio sí provocó algunos murmullos que se acallaron en cuanto Zachary Cage se aclaró la garganta y se acercó al micrófono.

—Sé que ha habido algunas quejas sobre las multas impuestas sobre mi predecesor en el servicio y prometo estudiar bien todos los casos —por fin se veían gestos de aprobación e incluso varias sonrisas—. Pero... lo cierto es que la seguridad en materia nuclear y radiológica de este hospital es de broma. Todos lo sabemos. Mi intención es hacer que todos y cada uno de los médicos de este centro cumplan a rajatabla las directrices federales para salvaguardar la seguridad radiológica. No habrá excepciones. Cualquier departamento o unidad que no cumpla las normas será cerrado hasta que lo haga.

Esa vez los murmullos eran de desaprobación y Cage vio a Leo fruncir el ceño, pero no se dejó amedrentar.

—Señoras y señores, la radioactividad no es un juguete, es un arma peligrosa.

El recuerdo de unas manchas rojas sobre la piel inmaculada le encogió el estómago. Miró unas notas, que no necesitaba, para continuar con lo que tenía que decir e hizo caso omiso de las manos alzadas, igual que trató de olvidarse de los ojos color chocolate clavados sobre él y pensó en otros azules y llenos de dolor.

Heather. Estaba haciendo todo aquello por Heather. No había podido salvarla, ni había podido castigar a los responsables de su muerte; pero todavía podía hacer que los hospitales fueran menos peligrosos para otras mujeres. Para las esposas de otros hombres. En su cabeza retumbó el grito de aquel viudo. «¡La doctora Davis ha matado a mi esposa!»

Cage se apoyó sobre el atril y se dispuso a hacer el anuncio final, el que seguramente resultaría más impopular.

—Voy a realizar una investigación exhaustiva del uso que se ha hecho de la radiación en este hospital en los últimos dos años, empezando por los laboratorios que han cometido las infracciones más recientes —levantó la vista y se quedó atrapado por su mirada. El bullicio enfadado se hizo casi inaudible al ver la expresión de sorpresa que había en el rostro de Ripley.

De sorpresa y de... ¿preocupación?

Tuvo que volver a mirar las notas para evitar el contacto visual.

—Mi equipo y yo comenzaremos mañana —hizo una pausa y volvió a encontrarse con aquellos ojos. Era como si estuviera hablando sólo para ella—. Empezaremos por el Servicio de Oncología Radioterápica.

En su rostro se reflejó el miedo. Tal evidencia hizo que Cage sintiera una incomprensible decepción. Ripley Davis tenía algo que ocultar.

Era como los demás.

Después de aquello, la reunión no tardó mucho en terminar, pero ella se marchó

incluso antes del final. Cage la vio escabullirse entre las sillas, mientras él contestaba a las preguntas y tuvo que reprimir el absurdo impulso de seguirla.

Le pasó el micrófono al director, tan pronto como pudo, y se dirigió a la puerta. En el pasillo no había ni rastro de ella, así que fue hasta el despacho de Protección Radiológica con la intención de leer de nuevo su informe personal. Era obvio que Ripley Davis había despertado su interés. Pero no por su aspecto, ni por el modo en el que se había enfrentado al incidente del vestíbulo, sino porque era una doctora miembro del SOR. Y porque George Dixon le había contado, a mucha gente, que había encontrado material radioactivo en un cuarto de la limpieza del Servicio de Oncología Radioterápica sin etiquetar, sin ningún tipo de protección..., ni de autorización.

Era algo inaceptable.

El trabajo de Cage era ahora averiguar la procedencia de dicho material, el motivo por el que había acabado allí y cuál era su paradero ahora.

El despacho estaba vacío. Definitivamente, Dixon, había dirigido aquel servicio de un modo bastante negligente.

—Esos técnicos tendrán que seguir las normas o acabarán buscándose un nuevo empleo —farfulló Cage, en el silencio de la habitación vacía.

Abrió el archivador en el que había metido todos los informes que le habían facilitado en el departamento de personal y buscó hasta dar con el de «Davis, Ripley». Y se quedó helado.

Esa misma mañana, aquella carpeta, había estado repleta de papeles entre los que había multitud de diplomas y distinciones de la doctora. Ya no.

Sacó la carpeta de la caja y la abrió.

Estaba vacía.

Capítulo 2

Ripley pasó la noche repasando una y otra vez los informes médicos de Ida Mae Harris hasta que se le nubló la vista; después se arrastró hasta la cama y durmió un par de horas durante las que su mente se llenó de imágenes de agua, ojos oscuros y su cuerpo percibió unas sensaciones muy poco familiares. El sonido del despertador supuso casi un alivio, pero la tensión del día anterior regresó en cuanto entró en su despacho del hospital Boston General.

Un libro que recordaba haber dejado abierto por el capítulo de complicaciones cardíacas estaba ahora cerrado. Su silla, que ella acostumbraba a dejar pegada a la mesa, estaba a más de medio metro del escritorio.

Miró a la puerta preguntándose si alguien habría estado allí. La había encontrado cerrada con llave, como siempre.

Seguía alterada por los acontecimientos del día anterior, eso era todo. El incidente con el señor Harris le había puesto los nervios a flor de piel y seguía preocupada por lo que había dicho. «La voz del teléfono dijo que la doctora Davis había matado a mi esposa». No entendía nada, la única explicación plausible que encontraba era que alguien hubiera llamado al señor Harris y le hubiera dicho que el Servicio de Oncología Radioterápica era responsable de la muerte de su esposa...

Eso significaría que podría tener que enfrentarse a una demanda por mala praxis, pero lo más grave era que también significaría que, en su departamento, había alguien en quien no se podía confiar.

—Llega tarde.

Ripley pegó un bote que la hizo golpearse con la silla. No era habitual que su mejor amiga, Tansy, apareciera así, de repente. Normalmente la guapa rubia entraba en el despacho con una energía contagiosa. Pero ese día no. Ripley la miró preocupada.

—Tienes el mismo aspecto que debo de tener yo ¿Qué te ocurre?

—Nada importante —la sonrisa de Tansy apenas alcanzó para curvarle los labios. La noche en vela que debía de haber pasado se reflejaba en sus hombros cargados y en las ojeras que tenía—. ¿Y tú qué tal estás después de lo de ayer?

—Nerviosa y dolorida —respondió Ripley—. Y ya sé que Cage llega tarde.

La amenaza de investigación del Servicio de Protección Radiológica, era otra de las causas de su nerviosismo. Si bien Ripley y sus técnicos eran muy escrupulosos con el uso de la radiación, se decía que Zachary Cage tenía una misión. Además, Leo Gabney llevaba ya algún tiempo buscando una excusa para cerrar el departamento y

transferir a los costosos pacientes a algún otro centro de la ciudad, donde Ripley sabía que recibirían los cuidados adecuados.

Adecuados, pero no excepcionales. Aunque, en un principio, ella había aceptado el puesto para demostrarle a su padre que jamás trabajaría en su lujosa clínica privada, con el paso de los años el departamento se había convertido en el centro de su vida. Ripley sabía que, seguramente, sus compañeros y pacientes eran la única familia que tendría y no estaba dispuesta a permitir que la dirección o el nuevo Servicio de Protección Radiológica se la arrebataran.

—Hoy es la autopsia de Ida Mae Harris —anunció Tansy, rompiendo el silencio con cierta reticencia.

Ésa era, en pocas palabras, su preocupación principal. Eso era todo lo que quedaba de la mujer de sesenta y ocho años que estaba deseando celebrar un aniversario que nunca alcanzaría.

—Lo sé.

—No van a encontrar nada que Gabney pueda echarnos en cara —aseguró su amiga abrazándola. Aunque pasaba mucho tiempo trabajando con una organización humanitaria que la llevaba a ejercer la medicina en las peores condiciones imaginables, Tansy trabajaba para el Servicio de Oncología Radioterápica siempre que estaba en la ciudad.

—Por una parte, me gustaría que encontraran algo. Al menos así tendríamos una explicación —admitió Ripley encogiéndose de hombros—. Siempre es mejor saber la respuesta que hacerse preguntas.

—Bueno, pasara lo que pasara, lo que está claro es que el departamento no cometió ningún error. Tú no hiciste nada mal.

Ni ella ni nadie del hospital, pero Tansy sabía que su amiga necesitaba oír aquellas palabras. Sólo Tansy sabía lo insegura que era a veces Ripley con su trabajo; aunque pareciera invencible, la aterraba jugar a ser Dios. Y cuánto sufría cuando perdía un paciente. Un amigo.

—Espero que tengas razón —Ripley cerró los ojos con fuerza—. Y espero que el Servicio de Protección Radiológica no nos dé problemas —le subió la temperatura al recordar aquellos ojos negros y las promesas que le habían hecho en sueños.

¿O había sido una pesadilla?

—¿A qué problemas te refieres? —dijo una voz profunda a su espalda, provocándole un escalofrío como una descarga eléctrica.

Se dio media vuelta y allí estaba. Cage. Se maldijo a sí misma por no haberse dado cuenta de que había entrado en el despacho antes de darle tiempo a prepararse para verlo de nuevo.

No quería que supiera lo de la autopsia. No quería que se diera cuenta de que era incapaz de explicar el motivo de la muerte de Ida Mae. La experiencia le decía que siempre era mejor contarle lo menos posible al Servicio de Protección Radiológica. Y

las reacciones que había experimentado en las últimas horas le decían que era mejor que se mantuviera alejada del actual jefe del SPR. Con el incierto futuro al que se enfrentaba su departamento, no podía permitirse mostrar ninguna debilidad en el terreno emocional.

Eso era algo que le había enseñado su padre.

El rostro de Cage no delataba nada, pero sus miradas volvieron a conectar del mismo modo que el día anterior. Era algo primitivo que brillaba en lo más profundo de aquellos ojos negros.

—Nadie nos ha presentado debidamente —dijo él tendiéndole la mano como si fuera un desafío—. Soy Cage, el nuevo Jefe del Servicio de Protección Radiológica.

Le estrechó la mano, al tiempo que notaba cómo se le aceleraba el corazón.

—La doctora Davis —él le apretó la mano un poco más de lo normal antes de soltarla.

—Encantado —respondió, aunque la arruga de su frente daba a entender que no era eso lo que sentía.

—Aunque le agradezco enormemente lo que hizo ayer en el vestíbulo, he de admitir que no me emociona que vaya a hacernos una investigación. Tengo muchos pacientes que atender y las infracciones que usted mencionó ayer fueron la estrategia que utilizó Dixon para vengarse de mí por no querer salir con él —la voz de Ripley se encendió ligeramente, pero enseguida hizo un gesto para invitarlo a salir del despacho. Estaba demasiado cansada y malhumorada. Y muy tensa—. Olvídelo. Vamos, le enseñaré los detectores de radiación.

Trató de pasar por delante, pero él no se movió siquiera, con lo que acabó demasiado cerca, mirándolo a los ojos. En el estómago de Ripley surgió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo entero. Eran los nervios, se dijo a sí misma.

«Deseo», susurró su inconsciente. «Deseo sexual».

Tardó varios segundos en darse cuenta de que él no la miraba, sino que tenía la mirada fija en los informes de Ida Mae que había sobre la mesa.

—¿Qué es eso? ¿Su informe del personal?

Ripley se giró inmediatamente y puso la mano sobre los papeles.

—Es información confidencial, señor Cage. No es de su incumbencia a no ser que sea usted médico.

En los ojos de Cage apareció un peligroso destello, pero dio un paso atrás y bajó la mirada.

—Le pido disculpas. La sigo, doctora Davis.

¿Por qué habría pensado que aquél era su informe de personal? Ripley no tenía la menor idea de la respuesta, igual que no tenía la menor idea de por qué, de pronto, le parecía que hacía muchísimo calor.

Con la tensión provocada por su proximidad, Ripley le enseñó los archivos de los

índices de radiación.

—Está todo actualizado.

Sus dedos se rozaron cuando Cage agarró la carpeta.

—Claro que lo está —aunque su voz no lo delataba, Ripley tuvo la sensación de que se estaba burlando de ella—. No esperaba menos.

Sin dar mayor explicación, se dio media vuelta y se dirigió a las salas de radioterapia, mientras Ripley lo observaba.

—¡Guau! —exclamó Tansy yendo hacia su compañera y mirando cómo Cage se movía.

—Sí —confirmó Ripley—. Es un cretino.

—Bueno, eso no era precisamente lo que yo quería decir —admitió la joven rubia, con una traviesa sonrisa en los labios—. ¿Éste fue el que te salvó del marido de Ida Mae? —ambas siguieron observándolo mientras copiaba unos datos del acelerador lineal.

—Sí —respondió Ripley, recordando el aliento de Harris en su cuello, el sonido del cristal al romperse y aquellos ojos negros. Tuvo que frotarse los brazos para quitarse la piel de gallina—. Pero eso no significa que deje de ser peligroso para el SOR. Ya lo oíste en la reunión. Es una caza de brujas.

—Pues a mí no me importaría ser la bruja que intenta cazar —bromeó Tansy, con su habitual chispa y después le lanzó una mirada a su amiga—. Pero tengo la sensación de que ya ha elegido a otra.

—¿Me estás llamando bruja? —replicó Ripley, desviando la conversación con sarcasmo, pero la mirada de Tansy le daba a entender que la tensión que había percibido en su despacho no había sido producto de su imaginación.

Vaya momento había elegido su libido para despertar.

—Sólo digo lo que veo —dijo más tranquila—. El caso es que me alegro de que ayer estuviera ahí para ayudarte. Cada vez que pienso en lo que podría haber pasado...

—No pensemos ahora en eso, ¿de acuerdo? —le pidió, tratando de esbozar una sonrisa—. Ya ha pasado.

Pero entonces volvió a recordar las palabras de Harris y pensó en la silla de su despacho y en el libro cerrado y no pudo evitar preguntarse si realmente había pasado ya o acababa de empezar...

Mientras tecleaba en el panel del acelerador lineal, Cage se felicitó a sí mismo por haber averiguado tres cosas, en los pocos minutos que llevaba en el Servicio de Oncología Radioterápica. Una, Ripley Davis no quería que investigara su departamento. Dos, tampoco quería que conociera el contenido de los papeles que tenía en la mesa de su despacho. Y tres, era tan bella que hacía que le doliera el pecho.

Los dos primeros descubrimientos no eran ninguna sorpresa, el tercero sin embargo lo había dejado perplejo. Hacía ya mucho tiempo que creía que todas esas emociones habían desaparecido de su vida con aquella descarga de radiación y el posterior sentimiento de culpabilidad.

—Siempre me encargo de que todo esté al día —la voz suave a su espalda le provocó un estremecimiento que él cortó tan pronto como pudo, pero la cercanía de aquella mujer hizo estallar una alarma en su cerebro.

—Ya veo —y era cierto. Ripley había actualizado el software cada vez que había surgido el más mínimo problema técnico—. Es una lástima que haya que esperar a que muera alguien para mejorar esta maquinaria mortal —añadió dando un ligero golpe a la máquina.

Ripley respiró hondo antes de contestar.

—Creo que se exagera un poco. Hay que recordar que, cada año, cientos de miles de personas se salvan o mejoran su estado gracias a la radioterapia.

—Entonces ¿cree que hay que olvidarse de la gente que murió porque, en Oncología del Albany Memorial, los médicos no hicieron caso de los informes y siguieron tratando a los pacientes con un acelerador en malas condiciones? —empezaron a dolerle los dedos de golpear el teclado con tanta fuerza. Hizo una pausa, apretó los puños y tragó saliva—. Olvídelo. Parece que todo está en orden.

—Entiendo —susurró Ripley, con voz tensa—. Parece que siente cierta aversión por los Servicios de Oncología Radioterápica en general. Yo pensaba que era yo la que no le gustaba. Déjeme decírselo, Cage, le agradezco mucho lo que hizo ayer, pero...

Fuera lo que fuera lo que estaba a punto de decirle, se quedó sin saberlo porque los interrumpieron los gritos procedentes del pasillo.

—¡Doctora Rip, doctora Rip! —una muchacha con el pelo morado irrumpió en la sala imitando con la boca el sonido de unas ruedas derrapando y empujando a un niño en una silla de ruedas del hospital. Al detenerse en seco, la colorida peluca de la muchacha se le resbaló de la cabeza y aterrizó en el suelo provocando la carcajada de todos menos de Cage.

Cage miró el cuero cabelludo desnudo de la chica y sintió un escalofrío.

—Liwy, ¿qué estás haciendo aquí? Creía que habías acabado el ciclo. ¿Estás bien? —Ripley se acercó a abrazar a la muchacha—. Hola, Milo. ¿Qué tal? —no tocó al chaval, que jadeaba exhausto por la risa. Llevaba una enorme gorra de béisbol sobre la cabeza sin pelo.

Cage notó cómo se le encogía el estómago. Uno de los motivos por los que había elegido la protección radiológica era porque no lo obligaba a tratar con los pacientes; podía ayudarlos sin verlos siquiera. Sin necesidad de recordar.

—Belle llamó a mi madre para decirle que Milo ya no tenía tanta fiebre —explicó la muchacha, que no era tan joven como la hacía parecer su extremada delgadez—.

Así que hemos venido unos cuantos a visitarlo. Estábamos hablando del partido de la semana que viene, ¿verdad, Milo?

El chico se limitó a asentir, cosa que evidentemente le suponía un gran esfuerzo. Ripley no parecía inmutarse por la debilidad del muchacho, lo que le hizo pensar a Cage en otros médicos. En otra época. Justo en ese momento, ella lo miró y le dio una explicación que Cage no había pedido:

—Hay una fundación que cede asientos del estadio de béisbol a los diferentes servicios de oncología. A los chicos les encanta. Tenemos entradas para la semana próxima.

—Es estupendo —respondió Cage, encogiéndose de hombros.

El dolor del hombro era casi tan punzante como el que sentía en el alma, pero ambos le recordaban a un tipo al que le había importado más su carrera que su familia.

—¿Nos conocemos? —la pregunta sacó a Cage del recuerdo de tantas promesas y sueños rotos, pero no pudo contestar a la joven—. Me llamo Olivia Minton.

—Cage. No, creo que no nos conocemos —se alejó de ellos inmediatamente, con la excusa de apuntar los datos del acelerador lineal.

—No os preocupéis, chicos. Es así de grosero con todo el mundo —aseguró Ripley, lanzándole una dura mirada que él no pudo ver—. ¿Habéis venido a saludar, o queríais algo?

—Queríamos decirte hola —respondió Liwy cariñosamente—. Pero también queríamos algunos rotuladores.

Ripley soltó una carcajada que llegó hasta los oídos de Cage.

—¿Vais a haceros otro tatuaje? —preguntó, abriendo el cajón de un armario para darles un puñado de rotuladores que utilizaban para las pruebas.

Liwy le dio las gracias y le echó un último vistazo a Cage, antes de salir de la sala junto a Milo, pero Cage siguió sin querer decirle dónde se habían visto antes.

Había sido cinco años atrás, una larga batalla judicial y un master universitario habían convertido a Cage en un hombre muy diferente. Su amor por el deporte había desaparecido desplazado por la necesidad de vengarse.

—No tienen nada contagioso —espetó Ripley, sin preámbulos—. No vas a sufrir cáncer por darles la mano —no lo insultó, pero quedaba implícito.

—¿Ése es el historial de radiación? Gracias.

Haciendo caso omiso al comentario de la doctora, Cage agarró la carpeta y la abrió sobre la mesa más cercana; aunque sabía lo que iba a encontrar. Nada. Ya había supuesto que no iba a encontrar nada fuera de su sitio en aquel departamento. Podría haber apostado que allí figuraría hasta el último lote de material radiactivo. Todos los botes de neutralizador estarían llenos hasta el borde y la preparación del personal sería impecable.

Pero también podría apostar que aquella mujer ocultaba algo.

—Le devolveré todo esto cuando lo haya estudiado.

—Muy bien. Pero no me cierre el departamento, ¿de acuerdo? Tengo pacientes que dependen de mí —levantó la vista y se metió un mechón de pelo detrás de la oreja. Era un gesto tremendamente vulnerable—. Aquí ayudamos a la gente, Cage. Salvamos muchas vidas.

Cage no dijo ni palabra, porque su respuesta habría sido que no salvaban a todo el mundo. Por eso se limitó a repetir lo que ya había dicho:

—Se lo devolveré cuando haya terminado —y salió de la sala a toda prisa.

En cuanto estuvo en el pasillo, tuvo que apoyarse en la pared y respirar una brizna de aire que no llevara su aroma. Tenía que despejarse. No podía permitirse perder el tiempo con ninguna mujer, pero menos aún con una doctora.

—¿Está usted bien, jefe? —como parecía ser su costumbre, Whistler apareció de la nada.

—Sí —Cage no quería hablar del SOR, ni del modo en el que Ripley Davis le hacía enfadar, sentirse culpable y excitado al mismo tiempo. Tampoco quería hablarle de los rumores del extravío de cierto material radiactivo, todavía no estaba seguro de en quién podía confiar. Si acaso había alguien—. ¿Alguna llamada?

—Nada interesante, si no, lo habría llamado —respondió, encogiéndose de hombros—. Han llegado los pedidos de huevos grises —el material radiactivo llegaba en cápsulas cubiertas de plomo. Lo entregaban al Servicio de Protección Radiológica, allí se revisaba y se enviaba a los distintos laboratorios.

Todo debía ser comprobado exhaustivamente, el material radiactivo del hospital debía estar controlado en todo momento. Por eso Cage no comprendía de dónde había salido lo encontrado en aquel cuarto y eso lo enervaba. Claro que, como estaba trabajando basándose en rumores y especulaciones, tampoco tenía ninguna prueba.

Cuando le había mencionado el tema al director, Gabney le había lanzado una mirada fulminante y después había comenzado a cotorrear sobre el premio al hospital del año. El mensaje era claro.

«No tires de la manta».

Cage lo sentía por Gabney, pero su misión era exactamente ésa. Heather había muerto por culpa de un grupo de médicos que no habían querido averiguar la verdad, y él había prometido hacer todo lo que estuviera en su mano para que eso no volviera a ocurrir.

Se abrieron las puertas de la Unidad de Oncología y allí estaba Ripley de nuevo, camino de las escaleras. Cage levantó la vista.

—Aquí tienes —dijo dándole a su ayudante los archivos con los datos de la radiactividad—. Contrástalos con las bases de datos, pero no te preocupes si no encuentras nada. Estoy seguro de que están en orden.

La mirada de Whistler fue de Ripley a Cage.

—¿Qué va a hacer usted?

—Voy a tener una pequeña conversación con la doctora Davis —respondió Cage, con una extraña impaciencia—. Creo que hemos empezado con mal pie.

Whistler lanzó un resoplido al oír aquello.

—Buena suerte. Ripley puede llegar a ponerse muy dura cuando alguien quiere entrometerse en el funcionamiento del SOR. Su jefe técnico solía decir que la doctora Davis trataba al departamento como si fuera su marido y a sus pacientes como si fueran sus hijos.

Cage la siguió con la mirada escaleras abajo, admirando su forma de caminar, decidida y elegante. Marido. Hijos.

En su opinión, los médicos daban poco valor a la familia.

Ripley se sentó sola a tomar café mientras esperaba la llegada de Tansy a su cita diaria a media mañana, y lo hizo de espaldas al resto de las mesas, esperando que todo el mundo entendiera la indirecta. No estaba de humor para hablar con nadie.

La culpa de todo la tenía el nuevo jefe de Protección Radiológica. Estaba cansada porque había soñado con él y retrasada en sus quehaceres porque él había insistido en revisar todas y cada una de las máquinas de radioterapia, aunque en los últimos cuatro o cinco años no había habido ninguna muerte relacionada con el acelerador lineal.

Además, estaba preocupada porque tenía la sensación de que, Zachary Cage, había visto más cosas de las que ella habría deseado, tanto en el laboratorio como en ella misma. Si el director y él unían sus fuerzas contra el SOR, ella no tardaría mucho en marcharse. Sus pacientes serían trasladados y olvidados, y ella acabaría haciendo cientos de citologías al día en la clínica de su padre.

Bajó la cabeza, al notar que las lágrimas se le agolpaban en los ojos y amenazaban con desbordarse.

—¡Aquí está!

Era la segunda vez que aquella voz profunda sonaba a su espalda en lo que iba de día, pero esa vez no le iba a dar la satisfacción de verla sobresaltarse. De algún modo, ya había advertido su presencia, seguramente por la electricidad que había en el aire.

—Váyase por favor —murmuró, al verlo sentarse en la silla de enfrente—. Estoy esperando a alguien.

Ella también podía ser grosera.

—Me he encontrado con la doctora Whitmore en el pasillo, me ha pedido que le diga que tenía que asistir a una autopsia y que la verá a la hora de la comida —le informó, con una ligera sonrisa que no logró borrar la oscuridad de sus ojos. El sabía que su presencia no era bienvenida—. Así que yo le haré compañía.

Cage tenía las piernas tan largas que sus rodillas se rozaban bajo la diminuta mesa. La silla de Ripley estaba pegada al suelo y él no parecía tener la menor intención de moverse.

—¿Qué le hace pensar que quiero su compañía? —recordó la expresión de sus ojos cuando la peluca de Liwy había caído al suelo, dejando a la vista su cuero cabelludo desnudo. Frunció el ceño y trató de no sentir la cálida presión de sus rodillas.

Cage se limitó a dar un sorbo a su café y poner mala cara, como si la bebida no estuviera sentándole bien.

—Los dos sabemos que no voy a encontrar nada en esos historiales de radiactividad.

Ripley lo miró con algo más de precaución, al darse cuenta de que andaba a la caza de algo.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que sus informes están en orden y listos para cualquier investigación, pero de todos modos creo que oculta algo. ¿Le importaría decirme de qué se trata? Podría empezar hablándome de los papeles que tenía en la mesa esta mañana.

Ripley apretó la taza de café con fuerza deseando que fuera el cuello de Cage. Esa vez respondería con furia en lugar de grosería. Prefería sentirse enfadada que culpable por no poder explicar la muerte de Ida Mae.

—No me gusta su tono, señor Cage, y no me gusta lo que está insinuando. Yo... —entonces le sonó el teléfono móvil—. Disculpe —dijo, abriendo el pequeño auricular—. ¿Sí?

—¡Ripley! Tienes que venir a la autopsia inmediatamente —la voz de Tansy sonaba tan alterada, que Ripley sintió una sacudida de terror al recordar dónde estaba su amiga.

Supervisando la autopsia de Ida Mae.

Consiguió responder con voz tranquila y profesional, consciente de la presencia del jefe de Protección Radiológica y de la acusación que acababa de lanzarle.

—Ahora mismo voy. ¿Puedes decirme qué ocurre?

—Es Ida Mae —Tansy hizo una pausa que coincidió con el sonido del busca de Cage, que miró el mensaje y se puso en pie justo en el momento en el que Tansy anunció—: Su cuerpo está radiactivo, Rip. Tanto que casi brilla en la oscuridad.

Capítulo 3

—Espero que Whistler me esté gastando una broma —farfulló Cage en el ascensor. El mensaje de su busca decía: «911C—B110», lo que significaba «alerta, contaminación en sala B110»—. ¿Radiación en el sótano? No tiene ningún sentido.

Como estaban compartiendo el ascensor con otras dos enfermeras, Cage no le preguntó a Ripley sobre la llamada que había recibido, aunque tenía que admitir que le preocupaba que ella se dirigiera al mismo lugar que él, pero no habría sabido decir por qué.

Se podía sentir la humedad del sótano nada más salir del ascensor y, al caminar junto a ella por el pasillo, Cage notó un estremecimiento que le recordó el que había sufrido al rozarle las rodillas a Ripley bajo la mesa de la cafetería. Frunció el ceño. Aquél no era ni el momento ni el lugar para dejarse llevar por el deseo. Y desde luego tampoco era la mujer idónea.

No obstante, se acercó un poco más a ella a medida que caminaban. Harris había mencionado una llamada telefónica y el dossier de Ripley había desaparecido. El instinto le decía que debía desconfiar. ¿Qué pasaría sin Ripley Davis resultaba no ser una doctora negligente? Quizá fuera ella la que estaba en peligro.

Su cerebro rechazó la idea inmediatamente, pero su corazón no estaba tan seguro. Lo que sí sabía era que jamás se perdonaría, si permitiera que hicieran daño a otra mujer mientras él prestaba atención a otras cosas.

—¡Rip!

Tansy Whitmore esperaba en la puerta de la sala y Cage pensó que tenía peor aspecto, incluso, que cuando la había visto esa misma mañana. Las ojeras y las arrugas de la frente daban a entender que había algo que angustiaba a la bella rubia. Cage se preguntó qué escondía la doctora Whitmore. Lo que él ya sabía.

—El cuerpo de Ida Mae está...

—¡Tansy! —la interrumpió Ripley, mirando de reojo a Cage. Evidentemente, las dos mujeres estaban en un bando y él en otro.

Entraron en la sala, la bofetada del olor fue fulminante. Muerte, ligeramente disimulada por un ambientador.

—Hola, jefe —Whistler estaba inclinado sobre el cuerpo y parecía no importarle el hedor. Al conocer al que iba a ser su ayudante, a Cage le pareció un poco extraño. Ahora estaba seguro de no haberse equivocado.

—¿Qué tenemos? —preguntó, sin acercarse a Whistler ni tampoco quedarse pegado a la pared como estaban las dos doctoras y la patóloga.

—Empezamos el análisis de radiación por el sótano, como usted ordenó. Ya sabe, barre el hospital de abajo a arriba.

—En el mensaje decía que había contaminación —lo interrumpió impaciente—. ¿Dónde está?

¿Y por qué demonios había radiación en el depósito de cadáveres?

—Aquí mismo —respondió Whistler, mirando al cuerpo, que asomaba parcialmente por la bolsa casi cerrada—. Esta mujer tiene más radiación que una central nuclear.

Pero...

—Entonces aléjese —ordenó Cage, tajantemente—. No lleva traje de protección, idiota —ahora comprendía por qué los otros parecían adheridos a la pared más lejana—. ¿Dónde está contaminada?

—¿Cómo que dónde, jefe? En todos sitios y no creo que sea de manera superficial —dijo, agarrando un detector Géiser portátil y pasándolo por encima del cuerpo.

El pitido de la máquina ahogó el sonido de la radio que había en la sala y el grito ahogado de Ripley. Cage la miró y en sus ojos vio el horror. Y, ¿culpabilidad? Ella miró a su amiga, haciendo un ostensible esfuerzo por ocultar sus emociones.

Estaba claro que eso era todo lo que obtendría de Ripley Davis. Sus prioridades eran obvias. Primero ella misma, después su departamento y por último el hospital. Los pacientes estarían quizá en un cuarto o quinto puesto.

Exactamente igual que todos los demás médicos de Oncología con los que había tratado en su vida.

Con una profunda decepción, Cage bajó la mirada a las notas de la patóloga. El nombre de la mujer le llamó la atención. Ida Mae Harris. Era la esposa del hombre que había atacado a Ripley el día anterior. ¿Coincidencia? Seguramente no. De pronto, las palabras de aquel tipo adquirieron un siniestro significado.

«La doctora Davis ha matado a mi esposa».

Cage volvió a mirar a Ripley. Resultaba difícil pensar que aquella esbelta mujer fuera una asesina, pero la vida le había enseñado que las muertes que se producían en los hospitales, no siempre eran fáciles de entender. A menudo había demasiados factores. Y demasiados errores. Repentinamente había pasado de víctima a sospechosa. Tenía que llamar a la Oficina de Protección Radiológica.

—Os necesitamos aquí, y rápido —anunció en cuanto contestaron al teléfono—. Hay que aislar el depósito de cadáveres y descontaminar todo lo que hay en él, además de deshacerse del cuerpo.

—¡No puede hacer eso!

Ripley se había movido hasta el centro de la habitación y tenía los puños apretados como si estuviera preparada para pelearse con él por el cuerpo. Los pechos se le levantaban con la fuerza de su respiración y Cage tuvo que hacer un esfuerzo

para no dejarse afectar por la atracción sexual que amenazó con apoderarse de él, cuando ella se acercó un paso más.

—Claro que puedo hacerlo. Puede que Dixon haya utilizado el puesto de jefe de Protección para acosar a las doctoras que lo rechazaban, pero yo estoy aquí para velar por la seguridad de este hospital. Y eso incluye aislar cualquier objeto contaminado.

—No es un objeto —espetó Ripley, con furia—. Es el cuerpo de una mujer. Su nombre era Ida Mae Harris y su marido quiere saber por qué murió. ¿Se acuerda de él, Cage? ¿Va a decirle al señor Harris que no puede enterrar a su mujer porque está en un enorme bidón en el subsótano? ¿Va a decirle que no se le va a hacer la autopsia porque nos da miedo contaminarnos? A él no le importará nada de eso. Y, sinceramente, a mí tampoco. Quiero que se le haga la autopsia inmediatamente.

¿Por qué quería que se hiciera esa autopsia? Cage habría pensado que desearía que el cuerpo se enterrara o incinerara cuanto antes, pues esa era la manera más segura de cubrir el error. No entendía qué pretendía, tenía que tener alguna estrategia. Los médicos siempre actuaban siguiendo algún tipo de estrategia. Lo cierto era que tenía mucha razón en lo que decía. Por el bien de los pacientes y del hospital, tenían que encontrar el modo de examinar el cuerpo sin contaminarse. Estaba confundido.

¿De parte de quién estaba Ripley Davis?

—¿Qué le pasaba a la señora Harris? —interrumpió Whistler—. Aparte de lo obvio.

—Cáncer de mama —respondió Ripley—. Le habíamos quitado un pequeño tumor.

—¿Qué clase de radioterapia recibió? —intervino Cage pensando a toda prisa. Algunos métodos nuevos consistían en insertar material radiactivo en forma de semilla en el tumor durante un periodo de tiempo. Quizá la contaminación provenía de que no se hubiera retirado bien dicha semilla.

—Recibió dos ciclos en el A55 —la respuesta de Ripley le heló el corazón a Cage al recordar otro acelerador lineal. Y otra paciente. Heather. Su mujer se había sometido a un sencillo tratamiento de radiación, y había muerto pocos días después—. Pero eso no puede haber causado la contaminación. El acelerador aplica radiación al cuerpo, pero no deja rastro.

—Y eso no es todo, jefe —matizó Whistler, desde la otra punta de la sala—. Hay puntos de radiación por toda la habitación —sonrió a la patóloga, que parecía estar a punto de desmayarse. Sin embargo en el rostro de Whistler había una especie de fascinación que resultaba inquietante—. Apuesto a que aquí se han realizado autopsias a más cuerpos contaminados sin que nadie se haya dado ni cuenta.

—Dios. Ha sido terrible —una vez Tansy y ella estuvieron de vuelta en la sala de médicos del departamento, Ripley se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con las manos. No podía creer que el cuerpo de Ida Mae estuviera radiactivo. ¿Qué demonios había ocurrido? Había pasado tanto tiempo charlando con aquella mujer, como con el resto de sus pacientes. Hablaba con ellos, esperaba, agonizaba con ellos. Los quería

mucho. Y ahora aquello... resultaba inconcebible.

—No hubo nada... raro en su tratamiento, ¿verdad, Ripley? —le preguntó Tansy desconcertada. Ella había estado en el extranjero y no había estado presente al comienzo del tratamiento de Ida Mae.

—Era de libro, Tansy. Te lo prometo. No tengo la menor idea de cómo ha podido suceder esto —admitió, apoyándose en el respaldo y levantando la mirada al techo—. Ni la menor idea. Maldita sea.

—¿Y qué me dices de los otros puntos de radiación que Whistler encontró en el depósito?

Eso era algo que había dejado a Ripley petrificada.

—Espero que haya sido un error. Si no, es que... —se quedó titubeando, sin atreverse a decir que eso significaría que había habido más cuerpos contaminados.

Respiró hondo. El Servicio de Oncología Radioterápica era su departamento, todo lo que ocurría en él era responsabilidad suya. Por tanto, era su obligación descubrir qué le había ocurrido a Ida Mae Harris. Eso sí, con la ayuda de Tansy.

Pero al bajar la mirada, vio que su amiga estaba quedándose dormida allí mismo.

—Tansy, pareces muy cansada —le susurró, con sincera preocupación—. ¿Por qué no te vas a casa? Mejor aún, llama a Dale y pídele que te lleve a casa y te meta en la cama —el doctor Dale Metcalf, especialista en enfermedades infecciosas, era el compañero de Tansy en las misiones en el extranjero. Y su amante. Aunque Ripley no creía en el triunfo del amor, parecía que Tansy y Dale estaban bastante cerca de él.

—Hemos roto.

—¿Que habéis qué? —Ripley miró a su amiga comprendiendo que el motivo de sus ojeras no podía ser únicamente su habitual insomnio—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Da igual —le impidió seguir preguntándole con un movimiento de manos—. Ahora no, por favor. Pero te voy a hacer caso en lo de tomarme libre el resto del día. Volveré el domingo.

—Muy bien —asintió Ripley, sabiendo que su amiga hablaría de sus problemas cuando estuviera preparada para hacerlo y no antes.

Eso quería decir que iba a tener que trabajar en el caso de Ida Mae ella sola. Tenía que haber alguna pista en los informes médicos.

—¿Doctora Rip? —dijo una voz jadeante desde la puerta.

Era Milo, acompañado por Belle, la voluntaria que lo había llevado hasta allí en la silla de ruedas.

—Liwy se ha ido a casa, pero Milo quería devolverle los rotuladores personalmente. ¿Los dejo en el armario? —Belle era una diminuta mujer de edad indeterminada, que llevaba siglos trabajando en el Boston General como voluntaria. Desde que su padre había muerto el año anterior, dejándole una buena herencia, había empezado a pasar cada vez más tiempo en el hospital. Ahora repartía su tiempo entre

sus pacientes preferidos y la capilla del centro.

—Gracias, Belle.

Antes de que voluntaria y paciente hubieran salido de la sala, el niño ya se había quedado profundamente dormido.

—Me preocupa —le dijo Ripley a su amiga, pues llevaba días pensando que la quimioterapia y la radioterapia estaba haciéndole más daño al muchacho que al cáncer. Estaba demasiado cansado, y la prolongada ausencia de su familia no ayudaba mucho a subirle el ánimo. Si ella tuviera un niño tan encantador como aquél...

—Ahora, debería preocuparle más su A55, doctora Davis —otra vez aquella voz profunda, aunque lo que la hizo sobresaltarse esa vez fue la mano que le puso en el hombro.

—¡Cage! —Ripley estaba tan concentrada, pensando en su paciente, que ni siquiera se había dado cuenta de la marcha de Tansy o de la llegada del jefe de Protección Radiológica. El susto era el culpable de que el corazón estuviera a punto de salirse del pecho, al menos eso se dijo a sí misma, sin querer admitir que el roce de su mano había hecho que le ardiera la piel. Entonces pensó en lo que acababa de decirle y la sorpresa se transformó en enfado, tanto por su despreocupación por el muchacho, como por lo que había insinuado—. ¿Por qué debería preocuparme por el acelerador? Usted mismo lo revisó esta mañana. Está en perfectas condiciones.

—Una paciente a la que usted le dio radiación está muerta y su cuerpo está contaminado. Creo que es motivo más que suficiente para preocuparse.

No era justo que aquel hombre fuera tan atractivo, pensó Ripley al levantar la vista y encontrarse con su rostro ensombrecido por la barba de tres días. Estaba amenazándola y sin embargo había algo en él que le resultaba completamente cautivador. Quizá fuera el brillo triste de sus ojos, que la hacía preguntarse una vez más qué le habría pasado que lo había hecho odiar tanto a los médicos a pesar de trabajar en hospitales. ¿A quién habría perdido que lo había dejado tan asustado?

«¿Por qué?» Pensó alarmada. «¿Estás tratando de idealizarlo y él se comporta como un cretino?»

—Claro que estoy preocupada por la radiación que recibió Ida Mae —respondió por fin en voz alta. Él no tenía la menor idea de lo preocupada que estaba, igual que no sabía que Ida Mae no debía haber muerto—. Pero no entiendo la relación que tiene eso con el acelerador lineal.

—Esa máquina ya ha matado antes.

Tan rotunda afirmación sobresaltó a Ripley, seguramente por la amenaza que llevaba implícita. El destello de una idea apareció en su mente provocado por el dolor que percibía en él.

—Es cierto —respondió con cautela—. Pero la última demanda se resolvió hace ya muchos años. La tecnología ha mejorado mucho, el acelerador lineal ya no deja rastro. ¿De verdad cree que la máquina podría provocar el índice de radiación que

demostraba el detector Géiser?

Tenía que reconocerle algo, se quedó pensando unos segundos antes de que sus hombros se relajaran una décima de segundo y respondiera:

—No, no lo creo.

—Lo que significa que lo que la contaminó no fue el tratamiento —era un pequeño avance, pero todavía quedaban dos preguntas importantes. ¿Qué la había matado y qué había contaminado su cuerpo?

—Bueno, en ese caso —comenzó a decir Cage, con más calma—, si estamos de acuerdo en que el A55 no deja rastro radiactivo, tendremos que asumir que la señora Harris recibió esa radiación por medio de algo que se le inyectó o se le dio de comer.

La conclusión era aterradora, pensó Ripley con un escalofrío.

—Supongo que mañana sabremos algo más, cuando su laboratorio haya hecho los análisis preliminares —y se dispuso a cambiar de tema—. Entonces va a permitirnos que realicemos la autopsia, ¿verdad? Si no fue la radiactividad lo que la mató, tendremos que averiguar qué fue.

Cage la miró de refilón.

—¿Preocupada? ¿Acaso empieza a pasársele por la cabeza la posibilidad de que la demanden?

—A pesar de lo que usted crea, no todos los médicos están obsesionados con salir airosos de cualquier situación. Algunos hasta nos preocupamos por hacer todo lo que podemos por nuestros pacientes —añadió con firmeza—. Sí, estoy preocupada. Terriblemente preocupada. Pero el envenenamiento por radiación es un proceso muy lento y la señora Harris no había mostrado ningún síntoma. Por tanto, no fue la radiación lo que la mató.

Cage emitió un sonido que podría interpretarse como un rugido o como una maldición y acto seguido se puso a caminar de un lado a otro de la habitación.

—¿Quiere decir que no importa que estuviera contaminada porque no fue de eso de lo que murió? ¿Ya no debemos preocuparnos por eso?

—¡Eso no es ni mucho menos lo que yo he dicho! ¡No ponga palabras en mi boca! —ahora estaba verdaderamente enfadada—. ¿Tengo pinta de querer esconder lo que ha ocurrido debajo de la alfombra? ¿Acaso me ve fingir que no ha ocurrido nada? No, me importa mucho lo que le haya sucedido a mi paciente y voy a averiguarlo, aunque sea lo último que haga.

—Permítame que me resulte difícil de creer —replicó, pero no la miraba a ella, sino al cartel de la Unidad de Oncología Radioterápica, que se podía ver a través de la puerta de cristal—. Ustedes son todos iguales. Lo primero es el dinero, después el prestigio y lo último los pacientes.

Ripley respiró hondo preparándose a atacar, pero algo en él la detuvo. Tenía la respiración entrecortada y los puños cerrados, como si estuviera a punto de golpear a alguien. Y el dolor que había en su rostro era el de alguien que hubiera estado perdido

mucho, mucho tiempo.

De pronto le recordó a Milo.

Atravesó la habitación hasta llegar a su lado y le puso una mano en el hombro.

—Siento mucho lo que le sucedió, Cage. Sea lo que sea. Quizá tenga un buen motivo para pensar de ese modo, pero no es justo. Yo soy una buena profesional y no lo hago ni por el dinero ni por la fama. Estoy aquí para ayudar a la gente. No tiene derecho a culparme por ello ni a tergiversar lo que digo.

Cage levantó la mano y la dejó a sólo unos centímetros de la de ella, como si fuera a devolverle la caricia. Después la dejó caer y se alejó de Ripley.

—Le pido disculpas, doctora Davis —en el reflejo de la puerta, Ripley podía ver cómo apretaba la mandíbula y después se ponía recto—. Ha sido muy poco profesional por mi parte, tiene razón. Tenemos que trabajar juntos para averiguar qué pasó con Ida Mae Harris.

—Eso no era lo que yo...

—Si me deja una copia de su informe, lo estudiaré esta noche —sugirió él, sin darle ocasión de continuar.

Ripley no sabía qué decir. Por un momento, había creído ver tristeza y soledad en lo más profundo de aquellos feroces ojos, pero debía de haber sido su imaginación. El hombre que tenía frente a ella daba la impresión de no haber tenido un momento de debilidad en toda su vida. De hecho, en ese instante Cage le recordaba enormemente a su padre, la persona más dura, dominante y correcta sobre la faz de la tierra. La comparación hizo desaparecer inmediatamente la lástima que había llegado a sentir por él.

—Ahora mismo se lo traigo —«y así podrá salir de mi vista».

Cuando él se hubo marchado, Ripley se quedó sentada en su despacho unos cinco minutos, tratando de recuperar la calma. Pero cuando dejó de estar furiosa, se dio cuenta de que se sentía vacía y sola.

Estaba pensando en que todavía le dolía el brazo donde la había agarrado Harris el día anterior, cuando oyó unos pasos en el pasillo y sintió un escalofrío.

—No debería haber echado a Cage —dijo en voz alta en mitad del silencio—. Estar exasperada es mejor que esto —sus palabras parecían desaparecer en cuanto salían de su boca pues no había el más mínimo eco, pero creyó volver a notar movimiento fuera del despacho—. ¿Hola? —preguntó, desesperada por ver a otro ser humano—. ¿Hay alguien ahí? —volvió a decir asomándose al pasillo. Todo estaba desierto, pero la puerta del cuarto de los productos de limpieza estaba entreabierta—. ¿Hola? —preguntó de nuevo dirigiéndose al cuarto—. Señor Frank... ¿está usted ahí?

Normalmente, los de la limpieza tenían turno de noche, pero quizá ese día alguien había empezado más temprano. Ripley estaba tan inquieta por las malas vibraciones que percibía en su despacho, que hasta el hombre de la limpieza sería una compañía agradable.

Echó un vistazo al interior del cuarto, la luz estaba encendida.

—¿Señor Frank? —repitió, aunque era evidente que el lugar estaba vacío. Se disponía a dar media vuelta para marcharse cuando notó un silbido y una ráfaga de algún olor desagradable que la llevó hasta el rincón. Se agachó y trató de encontrar el origen del repentino olor—. Señor Frank —lo llamó al identificar la procedencia—. ¡Uno de estos botes está goteando!

Pero la única respuesta que obtuvo fue un ligero ruido que la dejó paralizada. Se dio la vuelta y miró a la puerta.

Estaba cerrada.

El silbido se hizo caza vez más fuerte y le pareció ver una nube de vapor alrededor de la bombilla del techo. El olor empeoraba. Le lloraban los ojos y le ardía la garganta. Agarró el picaporte y trató de girarlo, pero no se movió. Se quedó mirándolo asustada. Enseguida comenzó a toser.

—¡Socorro! —gritó con pánico—. Aquí hay gas. Abran la puerta —siguió intentando mover el picaporte mientras las lágrimas le recorrían el rostro—. ¿Señor Frank? —dijo cuando creyó oír unos pasos—. ¿Hay alguien ahí? ¡Abran la puerta!

Pegó la cara a la madera, pero no oía nada más que el terrible silbido.

Tenía que hacer algo. Fue hasta el fondo del cuarto, detrás de los cubos había un bote tirado del que salía un líquido, era lejía que estaba cayendo sobre un charco procedente de otro bote que contenía amoníaco, formando un vapor amarillento y burbujeante.

¡Eran cloraminas! Tenía que salir de allí.

A pesar de que empezaba a encontrarse débil por el vapor que estaba aspirando, Ripley reaccionó inmediatamente. Agarró una escoba y comenzó a golpear la puerta.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Déjenme salir! —tomó aire para volver a gritar, pero sintió que se asfixiaba.

Le dolía la garganta al respirar y los ojos le picaban, incluso cerrados. Necesitaba oxígeno. Se agachó y trató de respirar el aire que se colaba por debajo de la puerta, pero la rendija era demasiado pequeña. Poniéndose la bata sobre la boca y la nariz, fue hasta el rincón y levantó el bote de lejía del charco de amoníaco, pero tenía las manos entumecidas por efecto del gas y se le escurrió el bote. El líquido que se derramó cayó en el charco provocando una reacción instantánea.

La nube de vapor la empujó contra la puerta y la dejó en el suelo sin fuerzas para moverse.

—Ayuda. Que alguien me ayude por favor —dijo, golpeando suavemente la puerta cuando la visión comenzaba a nublársele.

Creó oír más pasos fuera.

Después no oyó nada más.

Capítulo 4

Cage se alejó por los pasillos del Boston General sacudido por la rabia. No le gustaba nada el efecto que Ripley Davis tenía en él. No le gustaba que le hiciera recordar ciertas cosas, o desear otras. No se parecía nada a Heather y, sin embargo, se sentía atraído por ella. Como si no importara que fuera todo lo que él despreciaba.

Cage valoraba la sinceridad y Ripley no le estaba diciendo la verdad. Él odiaba a los médicos, especialmente los de oncología.

Él quería proteger a los pacientes por encima de todo, uno de los pacientes de Ripley había muerto y su cuerpo estaba radiactivo. Pero la mayor prioridad de la doctora era salir airosa.

Como la de los demás médicos.

Se detuvo en seco frente al ascensor. Entonces ¿por qué se dirigía a Protección Radiológica? Debería estar en el SOR, interrogándola hasta que se derrumbara y admitiera haber agarrado el informe de su mesa, hasta que le dijera todo lo que sabía sobre la muerte de Ida Mae Harris y del material radiactivo, que se suponía había encontrado Dixon en el cuarto de los productos de limpieza. Algo le hacía sospechar que ambas cosas estaban relacionadas.

—Maldita sea —protestó dando media vuelta y volviendo por el camino que lo había llevado hasta allí—. Esta vez no me marcharé hasta que consiga algunas respuestas.

Pero cuando llegó al departamento lo encontró vacío.

Eran ya las cinco de la tarde de un viernes. ¿Qué esperaba? ¿Dedicación?

La puerta de su despacho estaba entreabierta, así que se asomó y vio que allí tampoco había nadie. Caminó hasta la mesa con una extraña sensación en el estómago, aunque se aseguró a sí mismo que estaba haciendo lo que debía. Tenía que saber qué le había estado ocultando esa mañana. Tenía que ver aquellos papeles. No estaban sobre el escritorio, se disponía a abrir el cajón superior cuando oyó un golpe en el pasillo. No parecían los pasos resueltos de Ripley Davis, pero no quería que ningún miembro de su equipo lo descubriera husmeando entre sus cosas. Algo avergonzado por lo que había estado a punto de hacer, salió de allí y echó un vistazo al pasillo.

Estaba desierto. Un ligero olor a desinfectante indicaba que ya habían comenzado las tareas de limpieza. Cage volvió al despacho, pero el siguiente golpe que escuchó parecía ir acompañado de una voz.

—Ayuda.

—¿Qué demonios es eso? —la descarga de adrenalina lo impulsó de nuevo al pasillo, que seguía vacío y todas las puertas que daban a él cerradas—. ¿Hola? —gritó con el corazón en un puño.

No hubo respuesta, pero el olor a desinfectante era cada vez más fuerte, lo que le hizo mirar hacia el cuarto de los productos de limpieza en el que Dixon había encontrado el material radiactivo.

La llave estaba puesta por fuera.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

El olor era aún más intenso junto a la puerta, pero seguía sin haber respuesta. Quizá había imaginado aquella voz. El corazón estaba a punto de salirse por la boca, mientras giró la llave y tiró de la puerta.

Ripley Davis cayó a sus pies, seguida de una densa nube de aire irrespirable.

La sorpresa primero y después el pánico se apoderaron de él. Ripley no se movía, ni siquiera estaba seguro de que respirara.

Parecía muerta.

—¡Dios! —al abrir la boca estuvo a punto de ahogarse y tuvo que toser varias veces. La levantó en brazos para alejarla de allí inmediatamente—. ¡Doctora Davis! ¡Ripley! ¿Puedes oírme? —las palabras parecían haberse quedado atrapadas en los pulmones, pero en cuanto se hubieron apartado del aire venenoso, salieron disparadas.

Apenas sentía su peso en los brazos. Era demasiado ligera, como si la vida ya se le hubiese escapado.

La dejó en el suelo del despacho después de cerrar la puerta con el pie y se arrodilló a su lado sintiendo el impulso de rezar, cosa que no le había ocurrido en media década. Intentó no recordar que, en aquel tiempo, sus oraciones no habían servido de nada.

—¡Vamos, Ripley! ¡Vamos, bonita, respira! —con manos temblorosas, se sacó el teléfono del bolsillo—. ¡Vamos, maldita sea, respira!

Y eso hizo.

Tomó una bocanada de aire y después otra. Después se puso a toser y se apretó fuerte contra él. Cage sintió un profundo alivio. Estaba viva.

No habría podido explicar el torrente de emociones que lo invadió en el instante en que la vio respirar. De hecho, ni siquiera estaba seguro de querer hacerlo.

—Estás bien —le susurró, acurrucándola en su regazo—. Sigue respirando con tranquilidad —siguió meciéndola y susurrando palabras sin querer detenerse a pensar en la rabia que le daba que, sólo unos minutos antes, ella hubiera estado a punto de ahogarse mientras él registraba sus cosas.

Con todos esos peligrosos incidentes, cada vez estaba más claro que aquella mujer necesitaba su protección, no sus sospechas.

—Llame a Sustancias Peligrosas —susurró Ripley con un hilo de voz—. Cloro.

Cage hizo lo que le pedía.

—No, no sé qué es lo que ha pasado. Bajen inmediatamente —era la única respuesta que podía dar a todas las preguntas del técnico que le respondió al teléfono. Entonces miró a Ripley, que estaba apoyada en su pecho, temblando—. Voy a llamar a urgencias para que manden una camilla.

A pesar de su evidente debilidad, Ripley lo agarró de la muñeca firmemente.

—No... no llame. Estoy bien —aseguró tratando de incorporarse—. No... débil en público, no.

Al alejarse de su cuerpo, Cage echó de menos su contacto, aunque al mismo tiempo su mente lo alertaba de lo peligrosa que era tal sensación.

—No digas tonterías. Has perdido el conocimiento. Vas a ir a urgencias y no hay más que hablar —añadió, echándole una mirada con la que pretendía demostrarle que hablaba en serio.

—Está bien —accedió por fin, mientras se pasaba el dorso de la mano por la mejilla en un gesto de vulnerabilidad casi infantil—. Gracias. Creí que no había nadie —suspiró angustiada—. Gracias —repitió, poniéndose en pie y alejándose de la mano que le tendía Cage—. No. Puedo sostenerme sola.

Cage se dio cuenta de que había sido él el que había deseado el contacto. Su cerebro tenía razón al advertirle que era peligrosa. Estaba en peligro y era peligrosa. Era la primera mujer que había conocido desde la muerte de Heather por la que se sentía atraído. La primera que podría distraerlo de su misión. De su promesa. De su penitencia.

A pesar de sus protestas, Ripley tuvo que obedecer a los operarios de urgencias y dejarse trasladar en camilla. Pero eso sí, mientras se la llevaban, pidió algo con lo que no podía transigir:

—Que nadie llame a mi padre, ¿de acuerdo? No quiero que nadie sepa esto.

Cage dudó si acompañarla porque sabía que eso significaba que quería estar sola, pero también estaba muy vulnerable. Después pensó que en urgencias no podía pasarle nada malo.

O eso esperaba.

—Señor Cage —atrajo su atención uno de los técnicos de Sustancias Peligrosas.

—¿Qué tenéis?

—Un cuarto lleno de gas, eso es lo que tenemos —respondió sarcásticamente el técnico—. La culpa la tienen un par de botes que se habían caído de las estanterías. Lejía y amoníaco y... ¡zas! Cloramina al instante. Afortunadamente ha ocurrido en un lugar cerrado.

—La doctora Davis estaba encerrada aquí —dijo Cage, viendo cómo los ojos del técnico se abrían de par en par.

—¡No puede ser! ¿Y qué estaba haciendo aquí? ¿Está bien?

—Lo estará —respondió, pensando que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo Ripley allí dentro. Ahora que se había ido y su presencia no lo distraía, sus pensamientos iban en otra dirección. Una dirección más incómoda aunque más familiar. ¿Qué pasaría si estaba allí escondiendo más material radiactivo? ¿O retirándolo? Se odiaba a sí mismo por pensar algo así, pero no podía evitar sospecharlo—. ¿Tienen un detector Géiser?

—Claro —respondió otro de los técnicos—. ¿Pero para qué? La cloramina no es radiactiva.

Cage no se molestó siquiera en responder, sólo le quitó el detector de las manos y entró en el cuarto.

Nada. Comprobó con alivio que, al menos en ese momento, no había ni rastro de radiactividad. Acto seguido lo atormentó la vergüenza de haber sospechado de Ripley, mientras ella se encontraba sola en urgencias después de haber estado a punto de morir.

Si no se aclaraba pronto y decidía si debía proteger a Ripley o acusarla de algo, acabaría por no hacer ninguna de las dos cosas. Pero no creía que pudiera soportar el peso de otra muerte a sus espaldas.

—¿Cómo se encerró dentro ella sola? —preguntó el primer técnico—. Estas puertas se pueden abrir desde dentro.

—No si la llave está puesta por fuera —matizó Cage—. Seguro que fue un accidente.

—¿Qué iba a ser si no? —le preguntó uno, aunque los tres técnicos lo miraban sorprendidos.

Cage tocó la llave, que se había guardado en el bolsillo y se hizo esa misma pregunta. Estaba preocupado porque le resultaba muy difícil creer que ella misma se hubiera dejado encerrada por accidente y hubiera tirado los dos botes. ¿Pero qué otra alternativa había? ¿Una conspiración? ¿Un complot en su contra? Eso no tenía ningún sentido.

—Bueno, ya hablaremos más tarde —zanjó el tema, sin querer darle más importancia—. Voy a urgencias a ver qué tal está.

Además, tenía algunas preguntas que hacerle, después se quedaría esperando con ella, quisiera o no. Nadie, ni siquiera un médico, merecía estar solo en un hospital.

Dos horas más tarde, Ripley y Cage eran recibidos por Leo Gabney en su despacho. A Ripley todavía le escocían los ojos y la garganta, pero sabía que la aparición de Cage había sido su salvación. Unos minutos más y habría corrido el riesgo de sufrir una grave lesión pulmonar. O algo peor.

Un intenso escalofrío la impulsó a acercarse un poco más a Cage, pero reaccionó, inmediatamente, alejándose de nuevo porque sabía que no podía permitirse ser débil.

La había salvado dos veces en dos días y se sentía atraída por él, pero eso no significaba que pudiera confiar en él. Ni siquiera que le gustara.

No quería decir que no lo deseara.

Era un tipo duro al que le daban miedo los enfermos de cáncer. Era el jefe de Protección Radiológica y ella estaba a punto de perder su departamento.

Además le recordaba a su padre.

Y no sólo eso, desde que había llegado a urgencias había estado enviándole señales contradictorias. A veces se sentía protegida por su presencia, pero otras veces parecía que creyera que ella misma se había encerrado en el cuarto de la limpieza para apartar las sospechas de ella. Como si pensara que ella había matado a Ida Mae y ahora estaba intentando cubrirse las espaldas.

Quizá él no fuera capaz de decidirse por una postura, ella sin embargo ya lo había hecho. No necesitaba a Zachary Cage para protegerla porque se bastaba ella sola para hacerlo.

«Pero él te ha salvado la vida dos veces en dos días y a ti te ha gustado encontrarte en sus brazos». Incapaz de negar la verdad, Ripley apretó los dientes y aceptó la silla que le ofrecía el director.

—Doctora Davis. Señor Cage —Gabney tomó asiento y su altura aumentó varios centímetros. Había rumores que decían que su silla era tan alta que no podía tocar el suelo con los pies—. ¿Qué es eso que he oído de que hay problemas en la Unidad de Oncología Radioterápica?

—Los hay. Y muy graves —añadió Cage, poniéndose en pie para pasearse por el enorme despacho como un león enjaulado, aunque se detuvo un momento frente a la maqueta de lo que sería el ala Gabney cuando el Boston General ganara el premio de diez millones de dólares—. Ayer la doctora Davis fue atacada por el marido de una paciente suya.

Ripley no sabía qué se escondía tras los ojos fríos y grises de Gabney, jamás había conseguido interpretar las miradas del director del hospital. El día que la había llamado para comunicarle que su departamento sería el próximo en sufrir recortes presupuestarios, Ripley había tenido la sensación de que había estado disfrutando de la situación sabiendo que, de algún modo, se estaba vengando del padre de Ripley, Howard Davis, que había sido el predecesor de Gabney en la dirección del hospital.

—El caso Harris es agua pasada —dijo ahora, encogiéndose de hombros—. Y ya se ha solucionado.

—¿Qué quiere decir con que ya se ha solucionado? —preguntó ella, perpleja. ¿Cómo era posible que se hubiera solucionado el caso si ni siquiera sabían el motivo de la muerte de Ida Mae?

El director esbozó una sonrisa antes de responder.

—No podemos permitirnos que corra el rumor de que la jefa de nuestra Unidad de Oncología ha matado a una paciente, ¿no cree? Al menos hasta que se haga

público el ganador del premio —puntualizó, con un gesto que daba a entender que el ataque había sido una molestia y no un peligro para la vida de Ripley—. Ya hemos hablado con los testigos y yo mismo he limado asperezas con el señor Harris, aunque habrá que volver a tocar el tema en las próximas semanas.

El mensaje estaba más que claro. Gabney no quería ningún problema hasta que se otorgara el premio; después, Ripley, y por supuesto su departamento, serían completamente prescindibles. ¡Dios! Entonces no le quedaría más remedio que transigir con las exigencias de su padre o empezar de nuevo en otra ciudad. En un hospital nuevo. Pero ¿qué pasaría con sus pacientes? Le preocupaban algunos de ellos especialmente, como el pequeño Milo, en quien nadie se pararía a pensar. No podía permitir que sucediera nada parecido.

Y, al mismo tiempo, no podía dejar de lado la muerte de Ida Mae, o el hecho de que su cuerpo estuviera contaminado.

—¿Qué dijo el señor Harris cuando usted habló con él? —preguntó Cage, como si hubiera estado pensando lo mismo que ella—. Ayer dijo que la voz...

—Lo que dijera no tiene la menor importancia, señor Cage —lo interrumpió Gabney—. Harris estaba muy alterado y no sabía lo que hacía. Por no mencionar que había estado bebiendo. No recuerda nada de lo que hizo o dijo.

—Muy útil —murmuró Cage, lanzándole una mirada a Ripley, que no sabía si estaba enfadado con ella o con el director—. Pero eso no cambia el hecho de que el cuerpo de su esposa estuviera radiactivo, ni explica la desaparición de un archivo que yo tenía encima de mi mesa, ni qué estaba haciendo la doctora Davis en el cuarto de la limpieza.

—Yo no he tocado nada de su escritorio —saltó Ripley ofendida—. Y ya le he dicho que lo del cuarto de la limpieza ha sido un accidente —aunque todavía estaba temblando por el miedo que había pasado, Ripley no creía que hubiera sido algo deliberado. Era una posibilidad demasiado aterradora sobre la que ya pensaría más adelante, en privado, cuando pudiera asustarse libremente. Sin mostrarse débil ante nadie—. El señor Frank dejó la puerta abierta y yo entré para ver de dónde procedía el olor.

Prefería no acordarse del miedo que la había llevado hasta el pasillo. La sensación de soledad y al mismo tiempo la sospecha de no estar sola.

—El señor Frank estaba trabajando en el otro extremo del edificio —replicó Cage—. Y la llave que había en la puerta no era de él.

—Fue un accidente —repitió Ripley, sin mirarlo a los ojos, porque no quería dejarle ver la duda que reflejaban los suyos. La duda y el miedo. La debilidad—. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Cree que alguien me tendió una trampa? Seamos realistas, Cage. No soy tan importante para que nadie quiera matarme.

—Claro que fue un accidente —afirmó Leo, aunque Ripley sabía que no lo hacía porque estuviera preocupado por ella—. Nadie ha encerrado a la doctora en ese cuarto para envenenarla. Esas cosas no pasan en el Boston General —sentenció,

mirando de reojo la maqueta del futuro Ala Gabney, y Ripley tuvo la sensación de poder oírle decir: «Y desde luego no pasan en la semana de las votaciones para el premio».

—Sin embargo, Dixon afirmó haber encontrado material radiactivo en ese mismo cuarto —recordó Cage—. ¿No le parece extraño?

—¿Qué? —preguntó Ripley poniéndose en pie estupefacta—. ¿De qué diablos está hablando? —tenía la garganta al rojo vivo, pero en ese momento no le importaba. Se volvió a mirar a Gabney—. ¿Se encontró material radiactivo en mi departamento y usted no me lo dijo? —por el rabillo del ojo, vio a Cage mirándola—. ¿Qué? ¿Es que cree que lo puse yo ahí? ¿Le parezco lo bastante sorprendida para convencerlo de que no lo hice?

—Puede ser —respondió, encogiéndose de hombros—. O puede que sea muy buena actriz.

—Nunca jamás haría nada que pusiera en peligro a mis pacientes, Cage —declaró furibunda—. Y eso incluye la mala utilización de la radiactividad.

—¿Y cómo explica el estado en el que se encontraba el cuerpo de Ida Mae?

—¡No lo sé! —gritó, antes de volverse a sentar en un intento de calmarse—. No lo sé —repitió, con un susurro desesperado.

—Lo que demuestra que necesitamos ayuda. Esto se nos escapa de las manos —admitió Cage, golpeando la mesa con tal fuerza que el director pegó un bote—. Quiero que ponga en cuarentena el depósito, que se cierre a cal y canto la habitación de Ida Mae Harris y quiero hablar con su marido —se volvió a mirar a Ripley—. Quiero que cierren la Unidad de Oncología, que se le asigne custodia a la doctora Davis y quiero llamar a la policía para que abran una investigación.

El silencio se impuso en la sala durante unos segundos, después, y de manera sorprendente, el señor Gabney soltó una sonora carcajada.

—¿Una investigación sobre qué? —preguntó Leo, ridiculizando la petición—. No tiene ninguna prueba de que alguna vez haya habido radiactividad en el cuarto de la limpieza porque Dixon la perdió. Y usted mismo ha dicho que lo ocurrido hoy a la doctora Davis ha sido un accidente. Ella está bien y no hay más que hablar del tema.

—¿Y qué pasa con el cuerpo de Ida Mae? —insistió Cage, con más calma.

—Como ya le he dicho, ya nos hemos encargado de su marido —entonces se apoyó sobre el escritorio y apuntó a Cage con el dedo—. En este hospital no está ocurriendo nada oscuro, ¿me oye? No tiene pruebas y no quiero volver a oír hablar de todo esto. Despedí a Dixon por chismorrear y lo mismo haré con usted. Límitese a hacer su trabajo, Cage. ¿De acuerdo?

Ripley se retorció en la silla, asqueada de comprobar lo que ya sospechaba. A Gabney no le preocupaba, lo más mínimo, la seguridad de los pacientes. Lo único que le importaba era la reputación del hospital, que en ese momento valía diez millones de dólares.

—¿Y si resulta que mi trabajo incluye investigar un cuerpo contaminado de radiación? —la voz de Cage sonó gélidamente calmada.

—Entonces investigue, por supuesto. Con toda tranquilidad. La doctora Ripley le ayudará, si sabe lo que le conviene a su carrera. Pero no quiero que se inmiscuya nadie más. Cuanta menos gente conozca este asunto, más tranquilas estarán las cosas. Eso es algo que me enseñó George Dixon —volvió a mirar a Cage directamente a los ojos, de un modo que provocó un escalofrío en Ripley—. Pero recuerde, si hace algo que ponga en peligro la candidatura al premio, sus pruebas... y su trabajo desaparecerán en un abrir y cerrar de ojos. ¿Comprende?

Cage no respondió, se dio la vuelta y abandonó la habitación. Ripley se quedó mirando a su jefe.

—Doctora Davis —le dijo, con media sonrisa en los labios—. Estoy dispuesto a pasar por alto una sola muerte en su departamento. Podría incluso desviar la atención en caso de demanda por negligencia, pero no permitiré que ponga en peligro el premio al Hospital del Año. Acuérdesse de eso cuando ayude a Cage en su investigación.

El énfasis que dio a la palabra ayudar, no dejaba lugar a dudas. Si frustraba la investigación y ayudaba a Gabney a que el cuerpo contaminado pasara desapercibido, no cerraría el departamento. Pero si ayudaba a Cage, perdería el trabajo, el departamento y a sus pacientes.

Pero quizá siguiera con vida.

Capítulo 5

Nada más salir del despacho, Cage maldijo al director del hospital por anteponer el dinero a la seguridad de los pacientes y, acto seguido, se maldijo a sí mismo por haber creído que las cosas serían diferentes en aquel hospital. Pero del mismo modo que había acudido a aquel juicio creyendo que castigarían a los médicos que habían matado a su esposa, había aceptado el trabajo en el Boston General.

Qué tonto.

—No puedo creerlo —había que reconocer que Ripley también parecía furiosa, aunque la irritación de sus ojos se debía más bien a las cloraminas—. Se supone que el director debería gestionar el hospital, no ocultar sus problemas.

—Normalmente acaba siendo lo mismo —Cage respiró hondo y se apoyó contra la pared dejándose llevar por una repentina fatiga. Fatiga, frustración y tristeza. ¿Cómo había podido pensar que todo sería diferente? Entonces vio bostezar a Ripley y comprobó con sorpresa que eran más de las ocho de la tarde—. Vamos, la llevo a casa.

Primero la sorpresa y después el recelo asomaron a su rostro.

—¿Por qué?

Porque no creía que lo ocurrido en el cuarto de la limpieza hubiera sido un accidente. Porque le preocupaban las motivaciones del director del hospital. Porque no sabía por qué había muerto Ida Mae Harris ni por qué su cuerpo estaba contaminado por la radiación.

Y porque no quería separarse de Ripley todavía. No quería quedarse solo y marcharse al apartamento que, en otro tiempo, había compartido con Heather y que acababa de volver a habitar. La angustia se hizo aún más intensa al pensar aquello.

Pero no le dio ninguna de esas razones, porque todavía había una parte de él que seguía sin confiar en Ripley, que seguía creyendo que, si no era la responsable de la radiación encontrada en el cuerpo de su paciente, sí podría estar implicada.

—Porque Gabney ha dejado bien claro que tendremos que trabajar juntos. Parece que mis opciones son o usted o nadie.

—Gracias por el voto de confianza —respondió, cruzándose de brazos con cara de pocos amigos—. A mí me hace tanta gracia como a usted, pero tengo la intención de descubrir qué le ocurrió a Ida Mae.

—¿Por qué? —replicó él—. Parece que su empleo estará a salvo si deja el agua correr. ¿Por qué molestarse? —¿estaba realmente interesada en descubrir la verdad por el bien de su paciente, o tendría algún motivo oculto?

Ripley se acercó a él con la cabeza bien alta y la indignación en la mirada.

—No tengo por qué darle explicaciones, Cage. Debería alegrarse de que esté dispuesta a ayudarle, a pesar de que Gabney haya dejado bien claro que preferiría que nos olvidáramos del tema.

Se quedó allí unos segundos, con los ojos clavados en él y a una distancia demasiado corta, tan corta que sus bocas estaban prácticamente besándose. Todos los motivos por los que sabía que no debía hacerlo se esfumaron de la mente de Cage, cuando acercó la mano y le retiró un rizo del rostro mientras el corazón le golpeaba el pecho con fuerza.

—Pues yo no voy a olvidarme del tema por mucho que lo desee Gabney —dijo él, sin apartarse ni un milímetro—. Es demasiado importante.

Deseó con todas sus fuerzas que cerrara los ojos igual que los suyos estaban a punto de hacer, pero Ripley se quedó inmóvil, mirándolo fijamente. Viendo más de lo conveniente. Por fin asintió y se alejó de él con un solo paso que pareció dejarla a un kilómetro de distancia.

—Trato hecho entonces. Investigaremos la muerte de Ida Mae juntos.

—Ripley...

Ella movió la cabeza y, en cierto modo, Cage se sintió aliviado. Era demasiado peligroso. Demasiado imprudente y demasiado complicado.

—Gracias por ofrecerse a llevarme —dijo, sin detenerse en su camino hacia la salida—, pero tengo el coche en el aparcamiento. Lo veré mañana por la mañana y empezaremos con la investigación.

Cage no se molestó en decirle que al día siguiente era sábado, no parecía importante. Ni el cáncer ni la radiactividad se tomaban los fines de semana libres. Y tampoco la muerte.

O la sospecha.

Pero sí le dijo una última cosa, antes de perderla de vista.

—Cuídese.

Aunque Gabney tenía razón en que no había ninguna prueba que demostrara que Ripley estaba siendo atacada, Cage seguía teniendo el pálpito de que había algo más. Algo siniestro.

—Estaré bien. Hasta mañana —se despidió Ripley, diciéndole adiós con la mano sin darse media vuelta.

Sólo unos segundos después de que ella hubiera desaparecido, Cage siguió el mismo camino. No le importaba si lo veía siguiéndola, iba a asegurarse de que llegaba a casa sana y salva le gustara o no.

La luz del contestador estaba parpadeando, cuando Ripley entró en su apartamento, que se encontraba en un primer piso de las afueras de Boston, pero ella

no le hizo el menor caso y se derrumbó sobre el sofá. Simón no tardó en saltar a su regazo y ella recibió, al precioso gato siamés, con una caricia que desató su agradecido ronroneo.

Por fin podía dejarse llevar por todas las emociones contenidas durante el día. Las lágrimas no tardaron en llegar, acompañadas por unos angustiados sollozos que Ripley trató de silenciar enterrando su rostro en el pelaje del gato.

Había pasado tanto miedo. Todavía podía notar en la ropa el olor a gas que había estado a punto de matarla y, si cerraba los ojos, podía oír el chisporroteo de la reacción química.

Estaba tan sola. Al menos cuando estaba sola podía permitirse ser débil, podía sentir el miedo. Así que se acurrucó en el sofá, encendió la televisión para que hubiera ruido de fondo y no trató de sofocar ni el miedo ni el llanto.

Las luces de un coche la hicieron ponerse en pie unos minutos más tarde. «Estaré bien», le había dicho a Cage, sin querer volverse para que él no pudiera ver el miedo en sus ojos. Pero, en realidad, habría querido suplicarle que se quedara con ella, que la protegiera.

Había habido un momento en el que había pasado por su cabeza la idea de besarla, Ripley lo sabía y lo cierto era que no le habría importado que lo hubiera hecho. Después se había impuesto la cordura. La atracción que había entre ellos no era más que otro tipo de debilidad. El amor era una debilidad. Sólo había que mirar a sus padres; su madre era débil, su padre invencible.

Ripley había prometido no caer jamás en la misma trampa, así que no iba a permitirse desear o necesitar a Cage.

Las luces desaparecieron y ella volvió a respirar tranquila. No era nada, sólo alguien de camino a otro sitio. Con lágrimas en los ojos, apretó el botón del contestador para escuchar los mensajes. La máquina indicaba que había un mensaje, pero no había nada grabado; sólo un largo silencio antes del sonido del teléfono al colgar. Había dos llamadas iguales que le provocaron un escalofrío de temor.

Miró por la ventana. La noche estaba muy tranquila fuera, pero le pareció que algo se movía entre las sombras. Apretó fuerte a Simón contra su pecho y decidió volver al sofá.

El sonido del teléfono la sobresaltó. Miró el aparato unos segundos sin saber qué hacer. ¿Qué pasaría si no contestaban al otro lado? Sonó una y otra vez hasta que por fin se decidió a descolgar.

—¿Dígame?

—Caroline.

—Padre —suspiró, profundamente aliviada. La voz de su padre la hizo sentir tan bien de repente, que esa vez no le recordó que prefería su segundo nombre como hacía otras veces, desencadenando una de las batallas que mantenía con su padre desde que era adulta. Desde la marcha de su madre—. ¿Qué tal estás?

Howard Davis nunca perdía el tiempo en conversaciones triviales y tampoco esa vez se entretuvo en preámbulos:

—He oído que habéis tenido problemas en el hospital.

Aunque ya hacía varios años que había dejado el puesto de director del Boston General, por la comodidad de una lujosa clínica privada, Howard seguía siendo el presidente del Consejo de Administración. Además, tenía espías que parecían vigilar cada movimiento de Ripley en el hospital, aunque sólo le informaban de sus errores.

Sin embargo esa vez parecía que le habían informado de algo más. Algo importante. A pesar de que le había pedido al jefe de urgencias que no le contara nada a su padre, de pronto temió que se hubiera enterado de todos modos y llamara para comprobar que estaba bien. Lo cierto era que su voz había despertado en ella una ternura y una necesidad casi infantiles, y la oscuridad de la calle ya no le parecía tan inquietante. Había alguien preocupado de que estuviera bien.

—Estoy bien, de verdad. Pero gracias por preguntar.

—¿Preguntar el qué? —espetó él—. No digas tonterías. Ha muerto un paciente tuyo sin explicación alguna, hay un cuerpo contaminado y un marido enloquecido que te culpa de la muerte de su esposa. Yo no diría que eso está bien, Caroline. Estas cosas perjudican la imagen de tu madre y la mía.

Su actitud desdeñosa cayó sobre ella como una piedra. La había llamado por los problemas de su departamento, pensó Ripley dejando caer una sola lágrima y conteniendo las que luchaban por salir.

—¿Eres consciente de que el señor Harris estuvo a punto de matarme? ¿Y de que hoy también he estado en peligro por culpa de una intoxicación de cloraminas?

—Me habían dicho que lo del cloro no había sido más que un accidente. No seas dramática, Caroline. Esto es importante, se trata de tu reputación —«y de la mía», se sobreentendía.

Ripley cerró los ojos. ¿Cómo había podido pensar que, aquella conversación, sería diferente de todas las que había mantenido con su padre a lo largo de los años? Howard Davis era un hombre controlador y adicto al trabajo. al que su mujer había abandonado para visitar los clubes de campo del mundo entero. Sin embargo parecía que Ripley era, y siempre sería, su gran vergüenza.

Con la fuerza que él mismo le había enseñado, controló el llanto para no darle la satisfacción de verla débil. «Un Davis nunca hace una escena».

—Gracias por darme tu opinión, padre, pero nada de esto es asunto tuyo. Yo me encargo de todo —no tenía la menor idea de cómo iba a hacerlo, pero lo último que necesitaba era que interviniera su padre, lo que seguramente acabaría en su despido—. Y no creo que pueda perjudicar en modo alguno la imagen de mamá o la tuya.

De hecho, Ripley dudaban mucho que Eleanor Davis supiera siquiera que había algún problema en el Boston General, ni por supuesto, que su hija estuviera implicada en dicho problema. Las esposas de algunos médicos se dedicaban a las obras

benéficas para sobrellevar las largas jornadas de trabajo de sus maridos, otras bebían. La madre de Ripley jugaba al golf. Muchísimo.

—Qué ingenua has sido siempre, Caroline. Todo lo que tú haces afecta a la imagen de los Davis, así como a la reputación del Boston General. Pero no te preocupes, yo hablaré con Leo y lo arreglaré todo.

—De eso nada —estalló Ripley, contra la arrogancia de su padre—. No se te ocurra hablar con Leo Gabney en mí nombre, ¿me oyes? Yo me encargaré de mis problemas —alzó la voz hasta gritar—. ¡Y me llamo Ripley!

Como solía hacer cuando su hija perdía los nervios, Howard se limitó a poner fin a la conversación. El sonido del teléfono retumbó en su cabeza, como lo habían hecho miles de veces sus palabras: «Ya hablaremos cuando estés dispuesta a ser razonable».

Juró en voz alta, porque estaba cansada de llorar y porque la rabia le daba más fuerza que las lágrimas. Simón maulló por solidaridad.

Volvió a sonar el teléfono, esa vez no tardó ni un segundo en contestar.

—Te prometo que como vuelvas a llamarme Caroline cuelgo el teléfono y le arranco el cable —amenazó furibunda.

Hubo una pausa, después oyó una voz profunda y oscura.

—Está bien. Lo recordaré.

El corazón le dio un vuelco dentro del pecho.

—Cage.

Él tampoco se entretuvo con formalidades.

—Tenemos un problema.

En una décima de segundo, se le pasó por la cabeza que su padre hubiera llamado a Leo para pedirle que se olvidara del caso, sin tener en cuenta si ponía en peligro a los pacientes o no. Pensó en el departamento y en la factible posibilidad de perder su empleo. Después pensó en el señor Harris, sentado en el suelo del vestíbulo de admisión, sollozando y diciendo: «la doctora Davis ha matado a mi esposa». Recordó el sonido de la puerta del cuarto de la limpieza al cerrarse y la seguridad de los brazos de Cage estrechándola... Y su mirada cuando había estado a punto de besarla.

—Yo creo que tenemos más de un problema —dijo ella, con la voz seca.

—Ni se lo imagina —respondió, lacónico—. ¿Podría venir?

Ripley miró al reloj. Eran más de las diez de la noche.

—¡No me diga que todavía está en el hospital!

—En casa no estaba tranquilo —Ripley adivinó una especie de tristeza en sus palabras—. Así que vine para acá y he encontrado algo que debería ver.

La idea de ir al hospital en mitad de la noche le provocó un escalofrío, a pesar de que había hecho el turno de noche miles de veces. Justo en ese momento un ruido en

la calle la hizo ponerse en tensión, pero no sólo a ella, también a Simón, que bufó instintivamente.

«Es el viento», se dijo a sí misma, «la rama de un árbol o un gato callejero».

—Estaré allí en quince minutos —aseguró, a pesar del miedo.

Antes de marcharse, dejó al gato en casa de la vecina de arriba. No habría sabido decir por qué, pero no quería dejarlo solo en el apartamento.

Por si acaso.

Cage tenía la mirada fija en los cajones donde se almacenaban las muestras de un millar de cuerpos, pero no veía nada porque su mente parecía empeñada en recordar la mirada implacable de unos ojos grises. Y las palabras resonaban una y otra vez: «No tiene ninguna prueba».

Pero él ya había oído antes aquellas mismas palabras, de boca del juez que había eximido a los asesinos de Heather de toda culpa. Esa frase... y el eco de su fracaso, lo habían sacado del apartamento, donde había estado deambulando de habitación en habitación, mirando viejas fotografías y preguntándose qué había sido de aquel joven vestido de jugador de béisbol.

Los fantasmas lo habían empujado hasta el hospital; allí sólo había podido ver gente en el Servicio de Urgencias, el resto del edificio estaba muerto. Como las muestras recogidas en esos cajones.

Como su esposa.

—Hola, Cage. ¿Qué ocurre?

Se dio media vuelta y, automáticamente, trató de ocultar el efecto que tenía sobre él ver a Ripley Davis. Cansada, con la ropa arrugada y los ojos rojos, seguía estando bellísima. Llevaba el pelo suelto y las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Desde que había seguido su pequeño coche azul hasta las afueras de la ciudad y la había dejado sana y salva en casa, Cage había estado reuniendo fuerzas para resistirse a la magia de su voz y al deseo que despertaba en él y que tanto lo atormentaba por sentirlo con alguien que no era Heather.

Si era cierto que deseaba a Ripley, Heather lo había dejado para siempre.

Intentó concentrarse en el trabajo.

—Me quedé pensando en los puntos de radiactividad que encontró Whistler en el depósito —comenzó a explicarle, mostrándole las muestras de sangre y tejido de pacientes que había reunido sobre la mesa—. Los cuerpos ya no están aquí, pero las muestras quedan almacenadas y perfectamente etiquetadas. He buscado las muestras de los pacientes de los últimos seis meses y he encontrado esto.

Sus dedos se tocaron al pasarse el detector Géiser; Cage intentó sobrellevar la oleada de calor, deseando que ella no lo hubiera sentido. Pero, a juzgar por la rapidez con la que Ripley apartó la mano, la química que había entre ellos no eran imaginaciones suyas. Y parecía que también ella deseaba que tal atracción no

existiera.

—¿Están todos contaminados? —sin esperar respuesta, Ripley pasó el detector por las muestras y escuchó los pitidos intermitentes que confirmaban la presencia de radiactividad—. La señal no es muy fuerte.

Mientras la observaba examinar las muestras y separar las de sangre de las de tejidos, Cage se dio cuenta de que ya no hacía tanto frío en aquel sótano, ni parecía tan silencioso. Y, aunque no estuviese preparado para enfrentarse a ello, era todo gracias a la presencia de Ripley.

—Está en la sangre, ¿verdad? —le preguntó, poniendo los brazos en jarras.

—Sí —susurró él, embriagado por el aroma natural de aquella mujer que había hecho desaparecer el olor de los químicos. Se sentía frustrado y enfadado. ¿Quién era ella para apoderarse de su mente de esa manera?—. Parece que no hubo contaminación superficial ni ingestión, lo que descarta el contacto accidental y la comida contaminada.

—¿Cuántos hay? —preguntó Ripley, mirando aquellos fragmentos de humanidad.

—Cuatro pacientes además de Ida Mae, todas mujeres. Las muestras siguen estando muy radiactivas a pesar del tiempo que ha pasado —Cage tuvo que hacer una pausa para digerir la rabia que sentía, aunque ya no sabía hacia quién dirigirla. Habían muerto personas inocentes. Aquellas mujeres había sido madres, hijas...

Esposas.

—¿De qué unidad venían? —dijo ella, temiendo la respuesta.

—Oncología —le dio la lista que había sacado del ordenador de Patología y deseó poder abrazarla. Deseó poder castigarla—. Todas eran pacientes suyas.

—No —murmuró, dando un paso hacia atrás que la hizo golpearse contra una estantería.

Cage fue hasta su lado, sin saber qué sentir por ella: rabia porque le había hecho volver a necesitar a alguien, deseo, incertidumbre.

Pero a pesar de todo, se moría de ganas de abrazarla. «Maldita sea».

Prefirió aferrarse a la rabia y al enfado, que era lo más sencillo.

—Sí, sus pacientes. ¿Tiene alguna explicación, doctora Davis? La causa de la muerte que figura, en todos los partes de defunción, es fallo cardiaco. ¿No es eso también de lo que murió Ida Mae? —se acercó un poco más, hasta que estuvo a sólo unos centímetros de ella—. ¿Hay algo que quiera contarme?

Le temblaban los labios y tenía un extraño brillo en los ojos que, por un momento, le hizo creer a Cage que iba a echarse a llorar. Si lo hacía, se sentiría muy mal porque, parte de él, sabía que ella estaba tan destrozada por aquellas muertes como él. Pero de esa aparente fragilidad surgió una furia que le hizo pegarle una patada en la espinilla.

—¡Ay! —se quejó él agarrándose la pierna.

—No trate de intimidarme, Zachary Cage. Y no me grite porque ya tengo más que suficiente con mi padre —comenzó a avisarle, dándole golpecitos con el dedo en el pecho—. ¿Quiere saber qué pasó con Ida Mae? Yo se lo diré. No tengo ni idea de por qué murió. Y me saca de quicio. Anoche estuve horas leyendo una y otra vez sus informes, intentando dar con algo que se me hubiera pasado por alto. Pero no encontré nada.

—Pero sabía que había algo extraño en su muerte y no dijo nada —la acusó Cage, incapaz de alejarse de ella a pesar del peligro que suponía—. ¿Acaso estaba tratando de ocultar algo?

—No, sólo estaba siendo lógica —replicó ella—. La mayoría de las muertes inesperadas tienen una explicación razonable, que se encuentra durante la autopsia. A veces los enfermos mueren, Cage —la explicación parecía convincente, pero había una sombra en sus ojos que le hacía desconfiar.

—¿Entonces por qué quería investigar el caso de Ida Mae? Usted sabe algo, ¿verdad?

—No sé nada —dijo, repentinamente cansada—. Pero diga lo que diga, no me creerá. Estudié los informes porque me preocupan mis pacientes y cuando mueren me lo tomo como algo personal —volvió a mirar las muestras que había sobre la mesa—. Ahora mismo voy a reunir los informes de todos estos casos y a estudiarlos detenidamente. Quizá haya algún problema con nuestros protocolos. Espero que no, pero no sé qué podría ser si no.

Cinco pacientes muertos, una doctora que había comenzado a investigar por su cuenta, dos accidentes que podrían haber resultado fatales en sólo dos días. Aquellos datos le dieron vueltas en la cabeza a Cage hasta que se dio cuenta de que todo apuntaba en una misma dirección, en una misma sospecha:

—¿Y no será que hay alguien que no quiere que se investigue la muerte de Ida Mae? —preguntó, con un nudo en el estómago—. ¿Qué pasaría con su investigación si usted sufriera algún daño? —o muriera.

—La continuaría usted —respondió ella, abrazándose para ocultar el estremecimiento que le había provocado escuchar tal posibilidad.

Cage la rodeó con un brazo y le frotó la espalda cariñosamente. Trataba de tranquilizarla a ella y a sí mismo. De pronto tenía la sensación de que las paredes se le echaban encima, la habitación se iba haciendo más y más pequeña.

—Sí, pero yo soy nuevo. Nadie habría podido pensar que Dixon encontraría ese material radiactivo, ni que Gabney lo despediría para evitar los rumores. Y menos que llegaría alguien como yo, dispuesto a hacer mi trabajo y descubriría que el cuerpo de Ida Mae estaba contaminado.

—No. No puedo creerlo —se alejó de él, negando con la cabeza—. ¿Cómo puede alguien haber estado matando a mis pacientes? No tiene sentido.

En realidad sí lo tenía y ambos los sabían.

—¿Prefiere creer que su tratamiento ha matado a cinco mujeres, dejando sus cuerpos contaminados?

Volvió a negar con la cabeza mientras hundía la frente en su pecho.

—No puede ser.

Cage asintió, mientras una parte de él reconocía que sería más fácil pensar que ella era la culpable. Pero esa parte era cada vez más pequeña, porque la parte más grande estaba abrazando a la mujer que lo había cautivado desde la primera mirada.

—Juntos vamos a averiguar qué ha ocurrido. Tranquila —susurró, estrechándola con fuerza.

—No... No puedo —dijo ella, tratando de alejarse—. No puedo ser...

—¿Débil? —añadió él, recordando lo que ella misma había dicho después de conseguir salir del cuarto de la limpieza—. No se lo contaré a nadie. Se lo prometo —aunque no podía evitar preguntarse quién le había enseñado tal lección.

¿Su padre? ¿O quizá otra persona?

Unos celos repentinos le trajeron a la memoria la imagen de su esposa, su pelo rubio y sus ojos azules. Pero era Ripley la que estaba en sus brazos, su cuerpo más curvilíneo que el de Heather. Y estaba viva.

Sus labios se tocaron sin que ninguno de los dos tomara la decisión de hacerlo y, por primera vez en cinco largos años, Cage sintió algo que no era dolor, ni rabia, ni culpabilidad. De pronto volvió a sentirse vivo, despierto y sacudido por la electricidad de la pasión. Por un momento, pensó que no encontraría la dulzura de su esposa en Ripley Davis; un segundo después, no pudo pensar en nada.

Se sumergió en su boca, en la energía que habían hecho estallar juntos, partiendo de la necesidad y del miedo, y de algo más... Aquella mujer sabía a placeres prohibidos y pasión salvaje. Sintió una especie de poder que surgía dentro de él, un poder que sólo había sentido cuando las multitudes habían gritado su nombre, aclamándolo en los partidos de béisbol.

La apretó fuerte contra él, mientras exploraba el interior de su boca con la lengua. Necesitaba estar más cerca de aquel poder exótico y seductor. Quería volver al tiempo en el que era un joven jugador de béisbol con toda la vida por delante.

Pero Ripley se apartó de él, arrebatándole todo eso de nuevo.

—Cage, esto no está bien... —el sonido del busca la interrumpió, aunque no era la primera vez que sonaba—. Yo no quería... —volvió a intentar hablar, pero el mensaje que leyó le cambió la expresión de la cara—. Tengo que irme.

Todavía llevaba su sabor en los labios, un sabor que había hecho estallar todas las señales de alarma de su cerebro. Debía alejarse de Ripley; era demasiado peligrosa para él y para su misión. Pero sabía que no podría hacerlo porque deseaba estar a su lado. Tenía que protegerla.

—Iremos los dos. No pienso perderte de vista a menos que esté seguro de que

estás a salvo.

Ripley escudriñó su rostro un instante, después asintió.

—Está bien —accedió, poniéndose un dedo en los labios todavía enrojecidos por los besos, después miró al busca, en cuya pantallita Cage leyó «Milo».

Se le encogió el estómago al pensar en el frágil muchacho que, al igual que el resto de sus pacientes, podría estar en peligro.

Se miraron el uno al otro un momento antes de acudir a la llamada.

—Si yo estoy en peligro —comenzó a decir Ripley, atemorizada—, también lo estás tú. Estás metido en esta investigación tanto como yo. Así que tú también tienes que tener cuidado.

Volvió a estrecharla entre sus brazos, comprobando que era mucho más pequeña que Heather. Era frágil. Vulnerable.

—Nos cuidaremos el uno al otro —respondió con calma, cuando estaban ya en el ascensor—. Somos socios, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedió ella, estrechando la mano que él le brindaba—. Socios.

Ninguno de los dos mencionó la descarga eléctrica que provocaba el roce de sus manos o de cualquier parte de su cuerpo. Ni la sensación de sentirse observados. Al igual que la química que había entre ellos, la sensación de que no estaban solos era muy intensa.

Y poderosa.

Capítulo 6

Cage se quedó a un lado, mientras Ripley acudía junto a la cama de su paciente. Nada más entrar en la habitación, comprobó con alivio que el niño estaba tumbado en la cama, débil pero vivo. Afortunadamente, no era otra muerte en la Unidad de Oncología.

No podía dejar de pensar en las cinco pacientes muertas por fallo cardiaco y cuyos cuerpos estaban contaminados. Aun así, Ripley y él seguían sin tener ninguna prueba. Como ya había dicho Gabney, los dos incidentes que había sufrido Ripley, podían no tener ninguna relación entre sí y los cuerpos podrían haber sido contaminados por un tratamiento erróneo.

Por muy fuerte que fuera su sospecha de que había un asesino en el hospital, lo cierto era que no había evidencia alguna. Sólo esperaba que pudieran encontrarla, antes de que hubiera más víctimas. Antes de que muriera otro paciente. O quizá otro médico.

—Belle. ¿Cómo es que sigues aquí? ¿Qué tal está Milo y dónde está la doctora Campbell? —Ripley bombardeó a preguntas a la voluntaria a la que Cage recordaba, vagamente, haber visto ese mismo día empujando la silla de ruedas del niño.

—Me he quedado porque Milo me necesitaba. Dios sabe que sus padres no pasan demasiado tiempo con el pequeño. Está pasando muy mala noche. Una de las enfermeras mencionó que la había visto bajar al sótano, por eso decidí llamarla para ver si podía pasar un minuto con él.

Ripley asintió, como si fuera normal que un viernes a media noche la llamaran al busca para pasar un rato con un paciente.

—Claro —dijo, relajando los hombros. Después se volvió a mirar a Cage—. ¿Por qué no te vas a casa a dormir un poco? Aquí estaré bien, hay gente toda la noche.

Cage seguía en pie junto a la puerta, reticente a marchar pero más aún a entrar del todo en la habitación, cuyos olores despertaban recuerdos demasiado dolorosos.

—Si quiere, puede entrar —le dijo Belle, poniéndole la mano en el brazo.

—Estoy bien aquí —respondió, con un nudo en la garganta y sin poder apartar la mirada de los ojos de Ripley, en los que había una compasión que él jamás habría asociado con un médico—. ¿Y los padres del niño? —le preguntó a la voluntaria, en un susurro apenas audible.

—Creen que basta con que su seguro pague el tratamiento, pero no es así. Lo que este niño necesita es su ayuda, su amor.

Cage se alejó un paso más, pero la imagen de la habitación seguía allí. Los

alegres colores de los banderines de Boston, que tenía sobre la cama, contrastaban con el rostro delgado y pálido de Milo. También había una gorra de béisbol junto al chico. Esos objetos daban idea de los sueños truncados de aquel niño.

La mente de Cage trató de recordar la imagen de una mujer ágil y rubia, pero no pudo porque jamás había visitado a Heather en el hospital. Había estado en la carretera.

—¿Le gusta el béisbol? —cerró los ojos, para espantar un sentimiento de culpabilidad reavivado por el despertar de sus emociones. Seguía teniendo el sabor de Ripley en los labios y el recuerdo de su mujer en la cabeza.

—Le encanta —respondió Belle—. De mayor quiere ser pitcher.

Ninguno de los dos mencionó lo que era obvio, que Milo tendría mucha suerte de crecer. Cage se dio media vuelta para salir de la habitación cuanto antes. Tenía que alejarse del hospital un momento, de sus imágenes y de sus olores. Ripley tenía razón, allí estaría bien. Y él necesitaba aire.

—Dígale a la doctora Davis que vendré a buscarla dentro de una hora.

Antes de salir del centro, pasó por su despacho para revisar su ropa en busca de algún rastro de radiactividad como hacía siempre antes de marcharse. Frunció el ceño al oír el pitido del detector cuando se lo pasó por la manga de la camisa. Se la quitó inmediatamente, la dejó en la cesta donde se quedaría hasta que la ligera contaminación desapareciera y salió de allí sediento de aire fresco.

El espíritu de su esposa no se separó de él de camino al apartamento que habían compartido en otro tiempo. Pero no lo reprendió ni le echó nada en cara, eso no era propio de Heather. No, lo que recibía de ella era comprensión. El recuerdo de su esposa lo perdonaba por haber besado a otra mujer, del mismo modo que tantas veces lo había perdonado por pasar demasiado tiempo fuera de casa, cuando ella estaba viva.

Era él el que jamás podría perdonarse. Había sido un mal marido y un mal hombre. No tenía familia ni ningún tipo de vínculos. Podría pasarse la vida trasladándose de hospital en hospital, buscando médicos a los que les importaba más su carrera que los pacientes. Podría luchar contra ellos y proteger así a otras mujeres. A otras esposas. Porque todos los médicos eran iguales.

«Excepto Ripley», le susurró su mente. «A ella le importan sus pacientes. No es como los demás».

Pero una parte de él seguía sin estar seguro; incluso después del beso, le quedaba la duda de si estaría jugando con él. No podía confiar en que, realmente, fuera como parecía ser. Porque si lo era, se trataba de una mujer que podría importarle de verdad, cosa que sería mejor para él y para ella, que nunca sucediera.

—Buenas noches, señor Cage —le dijo el portero de su edificio. Allí había comprado un apartamento con el dinero de su fichaje cuyo alquiler, unido a su cuantioso salario, lo había hecho rico. Pero no lo bastante rico como para salvar a su mujer o para vengar su muerte.

—Hola, Charlie.

El camino en ascensor hasta el último piso se le hizo más largo que nunca, como si cada vez resultara más difícil llegar al que debería ser su hogar.

Ya en el recibidor de la casa, el enorme armario de dos puertas se extendía sobre él y Cage titubeó antes de abrirlo por primera vez después de tantos años. Allí estaba todo. Las cajas que el equipo le había devuelto después de que dejara el béisbol. Las cosas de Heather que había quitado de las paredes, con la esperanza de que eso le hiciera más fácil estar allí. Y la bolsa que había tirado allí la última noche que ella había estado con vida.

Se sentó en el suelo y agarró la bolsa. Había algo que tenía que hacer antes de volver al hospital a estar con Ripley. A cuidarla. Y a vigilarla, aunque ya no estaba seguro de si había algo que vigilar.

El ajeteo del cambio de turno de las enfermeras despertó a Ripley a las seis de la mañana, y la hizo sufrir los dolores musculares ocasionados por dormir junto a la cama de algún paciente. Milo cambió de postura al tiempo que un dolor en la garganta le recordaba el sueño que había tenido. El chisporroteo letal. El olor del cloro. El miedo.

Enseguida recordó todo lo demás. Ida Mae. Otras cuatro pacientes muertas y contaminadas. El señor Harris y el cuarto de la limpieza. El peligro. Y Cage, que era otro tipo de peligro. Se pasó la lengua por los labios, donde seguía la huella de un beso que le había sabido a necesidad, a dolor y a un inesperado poder mezclado con dulzura. Aquel beso había sido muy complicado. Como él mismo. Como la situación que estaban viviendo.

Con un escalofrío, Ripley le rozó a Milo la mano en la que tenía agarrada su adorada gorra de béisbol. Tenía que asegurarse de mantener a sus pacientes con vida. Si le pasaba algo a Milo, o a cualquier otro, jamás se lo perdonaría.

Aquel pensamiento la llevó hasta la habitación de otra paciente. Janice Cooper dormía plácidamente, con una ligera sonrisa en los labios. Ripley sabía que el tratamiento estaba yendo bien y, con un poco de suerte, la joven abuela recibiría el alta en unos cuantos días. Quizá antes de que acabara de tejer la chaqueta que le estaba haciendo a su nieto.

—¿Doctora Davis? ¿Algún problema? —el susto que le dio aquella voz no duró mucho, porque enseguida vio que se trataba de Belle.

—¿Qué haces aquí todavía?

La voluntaria sonrió con amabilidad.

—Me fui a casa hace unas horas y dormí un poco. Pero ya estoy de vuelta para empezar el nuevo día. A mi edad, uno ya no necesita dormir mucho.

No era la primera vez que Ripley se preguntaba cuántos años tendría Belle; podría tener desde cuarenta hasta sesenta. Siempre llevaba ropa muy discreta; suéteres de cuello alto y zapatos planos que no hacían ruido cuando caminaba. Todo ello

aumentaba su aspecto de serenidad.

Serenidad y paz, dos cosas que Ripley necesitaba desesperadamente en aquel momento. Al volver a ver a Milo, descubrió un poco de color en su rostro. Quizá consiguiera aguantar el ciclo de tratamiento, pensó con cierta esperanza.

—Si ves al señor Cage, ¿puedes decirle que he ido a la capilla?

Le sorprendió que no estuviera esperándola y tuvo que admitir que sintió una ligera decepción, aunque sabía que no era justo porque ella misma le había dicho que se fuera a casa, que ella estaría a salvo en Oncología. Pero su lado más asustado y menos propio de los Davis, habría preferido tenerlo a su lado ahora que se dirigía a la sala de médicos cercana a su despacho. Se dio una ducha durante la que se le echaron encima todos y cada uno de sus treinta y dos años en forma de dolores musculares y de las articulaciones. Sólo pudo cambiarse de camiseta porque no tenía más ropa allí, pero al menos ahora se sentía algo más fresca, pensó mientras caminaba por los pasillos intentando distraerse y no dejarse intimidar por las sombras y los ruidos que le parecía percibir a cada paso.

Fue hasta la capilla con la idea de encontrar un lugar tranquilo y seguro, pero antes de llegar allí vio a uno de los técnicos de Protección Radiológica.

—Doctora Davis.

—Whistler, ¿qué haces aquí? —le preguntó, evidentemente sorprendida—. ¿Es que ahora también trabajáis los fines de semana? —no pudo evitar ponerse nerviosa por su presencia, aunque jamás había visto ningún tipo de amenaza en él.

—No, doctora. Anoche, al salir del trabajo, unos cuantos salimos a bailar y mi novia se dejó su chaqueta en el despacho. Sólo estoy tratando de ganar puntos con ella —bromeó, levantando la mano en la que llevaba la prenda vaquera. Ripley asintió algo más relajada. Sólo había ido al hospital a recoger una chaqueta. No había nada siniestro.

No obstante, ella estaba ansiosa por refugiarse en la pequeña capilla del sótano. Después de todo, ¿quién se atrevería a atacarla en una iglesia?

—Muy bien, entonces no te entretengo. Que tengas un buen fin de semana.

Unos segundos después, estaba rodeada de paz y de un delicioso olor a flores frescas. La capilla estaba bastante oscura, pero Ripley no encendió la luz pues el cirio que había junto al altar iluminaba el espacio lo suficiente y le daba al ambiente una tranquilidad que ella necesitaba mucho. Así que se sentó en un banco y trató de que su mente se relajara. Allí se sentía segura.

Si bien no profesaba ninguna religión, se refugiaba en la capilla cuando estaba preocupada por algún paciente o por sí misma. El silencio la ayudaba a aclarar sus pensamientos y el crucifijo tallado en madera le hacía creer que había alguien escuchando sus plegarias.

Le hacía creer que le importaba a alguien.

Pero ese día no estaba funcionando. Parecía no haber paz para ella, ni siquiera en

la capilla.

Su cabeza seguía dándole vueltas a todo lo ocurrido en los últimos días. Milo. Sus pacientes muertas. Su departamento.

Cage.

En los segundos antes de que la besara, ella había adivinado en sus ojos lo que iba a hacer. Sabía que era un error, sabía que debería haberse alejado; y sin embargo, se había dejado llevar y había respondido a su beso. En cuanto había puesto los brazos alrededor de él, había sabido que aquello les daría problemas. Había demasiada atracción, pero también demasiadas razones por las que jamás funcionaría. Él era demasiado temperamental y taciturno, tenía demasiada personalidad.

Era exactamente el tipo de hombre que ella había prometido evitar.

—¿Qué estoy haciendo? —susurró en la oscuridad.

El sonido le rebotó erizándole el vello de la nuca. Debía de ser el eco. O quizá era el ruido provocado por un paso.

—¿Hola? —preguntó poniéndose en pie y con el corazón latiéndole como un caballo desbocado—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Se asomó a las sombrías hornacinas, donde le pareció ver algo que se movía en la oscuridad, junto a una vidriera.

—¿Hola? —repitió, con voz quebrada.

En ese instante se apagó la enorme vela dejando la capilla en la más completa oscuridad. Ripley oyó una respiración que no era la suya.

Eran casi las seis y cuarto de la mañana del sábado, cuando Cage entró en el hospital. No podía creer que se hubiera quedado dormido sentado, en el suelo, junto al armario. Sólo esperaba que Ripley hubiera sido sensata y se hubiera quedado en las habitaciones donde estaría rodeada de gente. Pero al llegar a Oncología, encontró a Milo despierto y solo.

—Liwy ha recordado dónde lo había visto antes —le dijo el muchacho, con un hilo de voz—. Usted era pitcher de Texas.

Aquel comentario despertaba los mismos dolorosos recuerdos, que las cosas que había descubierto en el armario de su apartamento.

—Así es —asintió con pesar, pero los miedos del presente eran más fuertes que los lamentos del pasado, por lo que no tardó en preguntar—: ¿Sabes dónde está la doctora Ripley?

—Creo que la oí decirle a Belle que iba a la capilla —respondió Milo, con esfuerzo.

¿La capilla? No parecía el tipo de lugar al que iría Ripley. Pero claro, él apenas la conocía. Conocía el sabor de sus labios, pensó haciendo que su cuerpo reaccionara de inmediato. La química que había entre ellos era una complicación imprevista que le había llenado la cabeza de deseos, tan inútiles como los que provocaban los

recuerdos.

Entonces se acordó de dónde estaba la capilla; al final de un aislado pasillo de la planta sótano, y se dispuso a correr a su encuentro con una preocupación que ahuyentó, inmediatamente, la excitación y la confusión. Pero Milo interrumpió su marcha.

—¿Vendrá con nosotros al partido de la semana que viene? Seguro que a Ripley no le importará... —tuvo que hacer una pausa para tomar aliento, momento que Cage aprovechó para darle el guante de béisbol que le había llevado.

—No, lo siento, pero te he traído esto. Yo ya no lo necesito.

Y salió antes de que el chico pudiera darle las gracias. Cage no quería agradecimiento, sólo quería dejar atrás los recuerdos. No estaba seguro de qué le había hecho ir a su casa a buscar el guante, pero no había cuestionado tal impulso porque le había parecido importante, casi tan importante como encontrar a Ripley ahora y asegurarse de que estaba bien.

Bajó las escaleras corriendo, mientras intentaba convencerse de que no pasaba nada, aunque tenía los pelos de la nuca de punta. La cosa no mejoró cuando, al llegar al sótano, oyó un grito procedente de la capilla.

—¡Ripley! —exclamó él, abriendo la puerta de una patada.

Todo estaba a oscuras y el olor a flores era casi empalagoso. Oyó a alguien moviéndose y encendió la luz de golpe.

—¿Ripley?

—¡Cage! —dijo ella, corriendo entre los bancos hacia él.

En cuanto la tuvo en sus brazos, pudo notar los latidos de su corazón. La protegió con su cuerpo mientras examinaba el lugar con la mirada.

Allí no había nadie.

—Ripley, ¿qué ha pasado? —intentó separarla unos centímetros, para comprobar que no estaba herida, pero ella se aferraba a él con fuerza—. ¿Te han hecho algo?

—No, estoy bien —por fin fue ella la que aflojó los brazos y el pánico que había sentido Cage desapareció. Pero lo sustituyó un calor que sentía justo donde los pechos de Ripley se apretaban contra él.

¿Cuánto tiempo hacía que no abrazaba a una mujer? Enseguida encontró la respuesta. Hacía cinco años que Heather había muerto en sus brazos. No permitiría que algo así volviera a suceder.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó de nuevo—. ¿Por qué estaba tan oscuro?

La vio luchar por recuperar la respiración.

—Había un cirio encendido, pero se apagó. He creído oír a alguien y me ha entrado el pánico.

Cage recorrió la capilla sin encontrar nada. Había una pequeña puerta detrás de

una vidriera, pero estaba cerrada con llave.

—Aquí no hay nadie, al menos ahora —pero al decirlo, recordó la llave del cuarto de la limpieza que aún llevaba en el bolsillo. Esa puerta podía haber estado abierta hacía sólo unos minutos—. Dime exactamente qué ha pasado. ¿Por qué demonios no te quedaste en Oncología? —le recriminó, repentinamente nervioso.

—¡No me grites! —replicó ella—. No ha pasado nada. No había nadie, ya lo ves. Simplemente perdí los nervios, eso es todo. Estaba cansada y débil y me convencí de que veía y oía cosas que no había. Tienes razón, debería haberme quedado con Milo. Me equivoqué. ¿Satisfecho?

No, no estaba satisfecho, ni mucho menos, pero, por el temblor de su voz y la palidez de su rostro, Cage se dio cuenta de que lo que ella necesitaba en ese momento no era una reprimenda, sino un poco de apoyo. Y seguramente a él tampoco le iría mal. Así que volvió a abrazarla, recostando la mejilla en su pelo.

—Lo siento. Me he asustado mucho cuando te he oído gritar.

Y así se acabó la discusión. Ripley se refugió en su pecho como si fuera lo único que la mantenía en pie. Una cálida sensación los envolvió, no se trataba del ardor de otros momentos, sino de cálido cariño.

—Yo también me he asustado mucho —reconoció, como si se sintiera avergonzada.

—No te preocupes, no se lo contaré a nadie —prometió, separándose de ella, pero tendiéndole una mano—. Vamos, te invito a un café. Creo que necesitamos un plan.

En la puerta de la cafetería, Ripley se giró para hablar con Cage, pero se encontró con la desagradable visión del hombre que se acercaba a ella.

Howard Davis, su padre. Ripley se puso tan recta como pudo y, de forma inconsciente, dio un paso que la colocó entre él y Cage, quizá intentando evitar la confrontación. Pero tratándose de su padre, casi siempre había confrontación.

—Caroline —dijo, deteniéndose a más de un metro de ella y sin hacer el más mínimo amago de acercarse a abrazar a su hija, ni tan siquiera a estrechar su mano—. Estás hecha una pena —le dijo, mirándola de arriba abajo.

Por un momento, habría dado cualquier cosa por poder echarse en los brazos de su padre y llorar como un bebé, para deshacerse del miedo y la presión que la destrozaba. Pero eso habría sido una muestra de afecto y, al igual que ocurría con las debilidades, los Davis jamás demostraban sus emociones en público.

—¿Caroline? —su voz era como un látigo, pero Ripley se negaba a dejarse afectar por la ferocidad de su padre. Cage estaba a su lado, podía sentir la calidez de su presencia y pensó que quizá pudiera apoyarse en él, sólo un poco, sólo por esa vez.

—¿Y usted es...? —preguntó Cage, con suavidad y firmeza al mismo tiempo.

—Voy de camino al despacho de Leo Gabney, a solucionar el lío en el que te has metido —dijo Howard, haciendo caso omiso de la pregunta de Cage y, con ello,

dejando bien clara su desaprobación.

—No vas a hacer nada de eso, padre —espetó Ripley, todavía enfadada por la conversación telefónica de la noche anterior y angustiada por las demás presiones a las que estaba sometida. Cage, Leo, Ida Mae... y la sospecha de que su vida estaba en peligro—. Ya te dije anoche que te mantuvieras alejado de todo esto, y lo decía en serio.

Era muy triste que no confiara en su padre lo bastante como para contarle que su vida estaba en peligro; lo cierto era que no estaba segura de que él fuera a estar de su parte. Para Howard Davis, el Boston General siempre había sido más importante que su propia familia.

—Caroline, no creo que...

—Disculpe, la doctora Davis prefiere que la llamen Ripley.

La intervención de Cage provocó un silencio ensordecedor. Ripley sintió una profunda gratitud, pues hacía mucho tiempo que nadie la apoyaba contra su padre.

—Supongo que usted es el señor Cage, ¿me equivoco? —dijo Davis, enfatizando la palabra que daba a entender que Cage no era médico y, por tanto, para él era como si fuera de un rango inferior.

—Así es. Soy el nuevo jefe del Servicio de Protección Radiológica. ¿Y usted es...? —ambos hombres echaban fuego por los ojos.

—El doctor Howard Davis, Director General emérito y actual presidente del Consejo de Administración —se presentó, con aire de superioridad—. Sé perfectamente quién es usted, señor Cage. Perfectamente —repitió, dando a entender que lo que sabía de él no era muy favorable.

Cage dio un paso atrás, pero Ripley le puso la mano en el brazo a Cage como si con sólo rozarlo pudiera hacer que no se marchara. Y sorprendentemente, lo consiguió. Él se detuvo y bajó la mirada al lugar donde ella había puesto la mano. Y lo mismo hizo Howard.

—Así es que de ahí es de donde viene esa actitud tuya, Caroline. Te has enamorado del nuevo —gruñó con rabia—. Haces estas cosas para avergonzarme, ¿verdad?

—No, padre, eso es una compensación extra. Y lo que haya, o deje de haber, entre nosotros, no es asunto tuyo.

En los labios de Howard apareció una gélida sonrisa.

—A ver cuándo creces, Caroline, y te das cuenta de que lo que tú haces nos repercute a tu madre y a mí.

Ripley respiró hondo antes de contraatacar.

—Hace ya años que mamá y tú ni siquiera vivís bajo el mismo techo, así que no alcanzo a comprender por qué te empeñas en fingir que hablas por ella. Además, a mamá no le importa lo más mínimo con quién me vea con tal de que yo sea feliz.

—¿Y cuánto tiempo durará eso, Caroline? ¿Hasta que te deje morir sola mientras él se va a una fiesta? Porque eso es lo que le pasó a su primera mujer, para que lo sepas.

Ripley sintió una náusea al oír aquello, y no porque la sorprendiera, pues ya había visto la culpabilidad en los ojos de Cage. Lo que le dolía era haberse enterado a través de su padre.

—¡Miserable! ¡No se atreva a hablar de ella! —Cage estalló con la fuerza de un toro salvaje.

—¡Padre! —protestó Ripley, llena de odio hacia los espías del hospital que jamás le decían nada bueno. Y llena de odio hacia su padre—. Creo que deberías irte.

—Caroline...

—¡Y, por amor de Dios, llámame Ripley!

Era obvio que, en ese momento, Howard deseaba haber mantenido esa conversación por teléfono; de ese modo, habría podido colgar y darla por finalizada.

—Ya veo que tendremos que continuar con esto cuando recuperes el sentido común. Te llamaré, Caroline —se dio media vuelta y se alejó sin mirar atrás una sola vez.

Ripley lo observó con el mismo deseo de siempre. «Ojalá todo fuera diferente. Ojalá él fuera diferente». Pero desearlo nunca lo había hecho realidad y no creía que fuera a hacerlo ahora.

Respiró hondo y miró a Cage.

—Lo siento mucho. Yo...

—Preferiría no hablar de ello. Vamos a tomar ese café y volvamos al trabajo. Creo que deberíamos revisar todo el departamento en busca de radiactividad.

Y se metió en la cafetería, dejándola allí de pie.

Sola.

Capítulo 7

«Eso es lo que le pasó a su primera mujer». Las palabras de Howard Davis no dejaron de martillearle la cabeza a Cage, mientras pasaba el detector Géiser por la última caja de bolsas de salino. Tenía clavada en la mente la mirada de desprecio que le había lanzado el padre de Ripley.

Y el horror en los ojos de ella.

No le había sorprendido que en el hospital se supiera el papel que había jugado en la muerte de Heather, lo que sí le sorprendía era la vergüenza que lo había invadido por no haber sido él el que se lo contara a Ripley. Había tenido que enterarse por su padre, un hombre que ni siquiera se dignaba a llamar a su hija por el nombre que ella había elegido.

El dolor que había visto en su mirada. lo había alertado con más elocuencia que cualquier palabra; debía protegerla de más cosas aparte del peligro del Boston General, tendría que protegerla de lo que había nacido entre ellos.

Y también se protegería a sí mismo.

—Bueno, aquí no hay nada —concluyó Ripley—. Aunque supongo que los datos negativos son datos al fin y al cabo —añadió, poniendo los brazos en jarras y haciendo que la camiseta le marcara los pechos firmes y generosos.

Las palabras retumbaron en el almacén, pues eran las primeras que habían intercambiado desde que ella se había disculpado por el comportamiento de su padre y él había cortado la conversación tajantemente.

—Sí —asintió, con la voz ronca por falta de uso.

Cage se aflojó un poco el cuello de la camisa, de pronto tenía muchísimo calor. El termostato de aquella sala debía marcar cien grados centígrados. Ése era el único motivo por el que estaba tan acalorado; no tenía nada que ver con cómo los vaqueros de Ripley se le ajustaban a las caderas marcando cada curva con todo detalle, ni el rizo negro que se le había escapado de la cola de caballo.

«No puedes», se dijo a sí mismo. «Vas a protegerla hasta que podáis encontrar alguna prueba que obligue a Gabney a llamar a la policía. Después saldrás de su vida antes de que hagas daño a otra mujer».

—Vamos a revisar el cuarto de los productos de limpieza —sólo un ligero titubeo en la voz de Ripley delató las pocas ganas que tenía de entrar allí.

—Estaré a tu lado —aseguró Cage, para reconfortarla—. Y recuerda que tengo la llave. Además, no podemos hacer otra cosa hasta que consiga localizar a George Dixon y me diga todo lo que recuerda de ese material radiactivo —le pasó el brazo

por los hombros y salieron del almacén.

Enseguida le quitó el brazo sin poder quitarse a su padre de la cabeza. Sabía que ella merecía algo más que un hombre que ya le había fallado a la mujer a la que había jurado proteger, a su esposa.

El dolor seguía clavándosele en el alma, con la misma fuerza que cinco años atrás, aunque creía que ya se había acostumbrado a su presencia. Si cerraba los ojos, veía nítidamente la lápida de granito con su nombre grabado; y sin embargo la imagen de Heather cada vez la recordaba más borrosa, como una fotografía tomada hacía ya mucho tiempo. La idea de que quizá la estaba perdiendo para siempre lo destrozaba.

Y al mismo tiempo le hacía desear estar más cerca de Ripley y protegerla como no había protegido a Heather.

Estaba agotado, decidió cerrando los ojos. Por eso había deseado apagar la luz en el almacén y tumbarse en el suelo con Ripley a su lado. Ésa era la única razón por la que quería abrazarla y contarle lo que le había sucedido a su esposa.

—¿Cage? —le tocó el brazo y el pegó un bote provocado por la descarga que sentía siempre que se rozaban.

—Estoy bien —respondió él escuetamente, a pesar de que ella no le había preguntado—. No es nada.

Pero la eléctrica sensación no desapareció, mientras caminaban por los pasillos hasta el cuarto de la limpieza. Seguía tratando de ver la imagen de Heather, pero el pelo rubio se convertía en moreno y su piel pálida adquiría al instante un tono oscuro que demostraba que ésa no era su esposa.

—¡Maldita sea! —abrió la puerta con tal fuerza, que asustó a Ripley.

—¿Cage? —él se volvió a mirarla y tuvo que hacer un esfuerzo por no dejarse llevar por la urgencia de estrecharla en sus brazos y tomar algo que no le había ofrecido—. ¿Estás bien? —pero él no contestó, así que tuvo que hablar ella—: Siento mucho lo que te ha dicho mi padre. No tenía derecho alguno. Sé que no quieres hablar de ello, pero quería que supieras que siento mucho lo de tu mujer. Debías amarla mucho.

Ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiera sido mejor marido. Quizá ahora todavía tendría una familia, y seguiría siendo aquel muchacho con gorra de béisbol.

Apretó los dientes para no dejar salir el dolor de tantos recuerdos. ¿Por qué surgían en ese momento? Hacía ya mucho que su mujer había muerto y él había continuado con su vida.

¿O no lo había hecho?

—¿Cage? —quizá era su instinto de médico, o quizá el de mujer, pero Ripley buscó sus ojos con preocupación—. Dime algo, Cage —la mano que le había puesto en el brazo fue subiendo hasta acariciarle la mejilla.

Pero el dolor que había en sus ojos se intensificó, con una humedad que le

resultaba poco familiar. El ruido de unos pasos que se acercaban lo impulsó a arrastrar a Ripley al interior del cuarto y cerrar la puerta. No se encontraba con fuerzas para mantener una conversación formal o superficial con nadie.

Nada más cerrar la puerta se dio cuenta de que había cometido un error. Se habían quedado los dos pegados el uno al otro en un cuarto a oscuras. Cage levantó la mano en busca del cordón que colgaba de la bombilla; tiró de él pero no pasó nada. La luz no funcionaba y ninguno de los dos hizo el menor amago de abrir la puerta a pesar de que los pasos ya se habían alejado. Cage cerró los ojos y notó cómo desaparecía el dolor de cabeza dando paso a otro tipo de tensión.

Por encima del ligero olor del cloro, podía notar el aroma de su champú, el de la chocolatina que había comprado en la cafetería para Milo y el de su piel. En aquella habitación en la que Ripley había estado a punto de morir el día anterior, Cage descubrió algo definitivo. Ella no tenía nada que ver con los médicos que había conocido. A ella le importaban de verdad sus pacientes; sentía su dolor, los comprendía. Y era, precisamente esa comprensión, lo que había traspasado la barrera que él había construido alrededor de su corazón.

—Fui muy mal marido —admitió por fin en mitad de la oscuridad, pero le ayudaba saber que ella estaba allí, escuchándolo—. Siempre estaba viajando y no pasaba nada de tiempo en casa con ella, que era donde debería haber estado. Solíamos hablar de las cosas que haríamos cuando yo dejara de jugar al béisbol en cinco o quizá ocho años. Entonces seríamos una pareja normal —«y tendríamos hijos», añadió su conciencia retorciéndole el corazón.

Bajó la cabeza y se encontró con que su frente encajaba perfectamente en la coronilla de Ripley. Y aunque sabía que estaba mal, le hacía sentir tan bien. Suspiró hondo y sus respiraciones se unieron en el aire.

—Mi padre era igual cuando yo era una niña. Cuando decidió abandonar el Boston General, mi madre ya se había marchado de casa. Se cansó de esperarlo para cenar, así que cuando yo me marché a la universidad, ella escapó.

Era extraño, pero aquella comparación hizo que Cage se pusiera furioso. Se había culpado cientos de veces de desatender a Heather, pero no le gustaba que Ripley estableciera un paralelismo entre él y Howard Davis.

—Yo no soy tu padre, Ripley —susurró, agarrándola por la cintura.

—Ni yo tu esposa —contraatacó ella—. Y sin embargo noto cómo me comparas con ella cada vez que me acerco a ti. Antes de que mi padre dijera nada, yo ya sabía que siempre la tenías en la cabeza. Aunque yo quisiera que hubiera algo entre nosotros, sé que sería inútil... porque ninguna mujer podría estar a su altura.

Cage agachó la mirada porque sabía que tenía razón en una cosa, en otra no. Era cierto que la había comparado con Heather una y otra vez, pero no era ella la que no estaba a la altura.

—Ripley, yo...

—No importa, Cage —le dijo suavemente acercándose más a él—. Yo no quiero

que haya nada serio entre nosotros. No quiero nada serio con nadie, no merece la pena —le tocó el rostro, encendiendo su pasión con cada roce.

La oscuridad los unía más y más. Se oyeron más pasos afuera. Cage sintió el miedo en el cuerpo de Ripley.

—No te preocupes, yo estoy aquí.

Hasta que no se oyeron otros pasos y después una conversación entre dos mujeres, Cage no se dio cuenta de lo cerca que estaban Ripley y él. A sólo unos milímetros. Y al oír que las mujeres se alejaban, Cage se inclinó hacia ella, o ella se estiró hacia él, y sus labios se juntaron.

Y se desató la pasión.

Cage estuvo a punto de perder el equilibrio, cuando Ripley lo abrazó y lo besó como si su vida dependiera de ello. Esa vez habría podido prever la fuerza, la nostalgia agrídulce que le provocaba besar a otra mujer. Heather estaba muy presente en su cabeza en ese momento. La habitación estaba muy oscura. Habría podido imaginar que era la respiración de su mujer la que sentía en su boca, que era su mano la que lo guiaba hasta tocarle el pecho por encima de la fina tela de la camiseta.

Que era su pezón lo que notaba en la palma de la mano.

Pero en realidad sabía que era el sabor de Ripley lo que notaba en la lengua y sus dedos los que se sumergían en su pelo a medida que el beso se hacía más intenso y él ponía una pierna entre las de ella. Necesitaba estar aún más cerca de su calor.

Llevaba demasiado tiempo enfrentándose a la frialdad de la vida.

—¿Estás segura? —le preguntó, alejándose sólo lo justo para poder hablar.

—Estoy harta de tener miedo, Cage. Estoy cansada de mirar hacia atrás y de pensar que cualquiera puede ser un asesino. Necesito esto, aquí y ahora —dijo entre besos mientras le desabrochaba la camisa y su boca iba bajando hasta su pecho—. Necesito sentirme viva. Necesito sentir que hay algo más en la vida aparte del hospital. ¿No lo entiendes?

Vaya si lo entendía. Pero también entendía que la realidad seguía ahí fuera. Aunque allí se sentían seguros y, en cuanto sacara la llave del bolsillo y cerrara la puerta, nadie podría abrir por fuera, del lado de la realidad.

—Claro que lo entiendo —respondió, del mismo modo que respondía a sus besos. Todo estaba ocurriendo tan deprisa. De pronto aquel cuarto le parecía muy pequeño, necesitaba apoyarse en algo, pero no en las estanterías en las que estaban los productos de limpieza, así que se llevó a Ripley hasta la puerta y se apoyó en busca de equilibrio—. Pero, Ripley, no puedo prometerte nada.

—No quiero ninguna promesa, Cage. Eso era lo que hacía mi padre, le prometía muchas cosas a mi madre. Yo no quiero eso, tampoco quiero estar sola ahora mismo. Quiero que tú estés conmigo.

Cage no estaba seguro de que ella misma supiera lo que estaba diciendo, pero como sus besos eran cada vez más apasionados, dejó de preguntárselo. Tuvo que

apoyar ambas manos en las paredes porque no creía que las piernas fueran a aguantarlo mucho más, toda la sangre de su cuerpo parecía haberse concentrado en un mismo punto.

Se echó hacia atrás y la ayudó a que lo envolviera con sus piernas alrededor de la cintura. Ahora sí estaban perfectamente compenetrados, sus cuerpos se tocaban en casi todos los puntos y, desde luego, en los más importantes.

¿De dónde había salido tanta necesidad? Sí, él también sabía muy bien lo que era estar solo y lo bien que hacía dar rienda suelta a la pasión.

Coló las manos por debajo de la ropa hasta encontrar sus pechos coronados por la dureza de unos pezones que enseguida quiso saborear... y lo hizo, y la habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor cada vez más rápido.

Ripley bajó las piernas y acto seguido Cage oyó el ruido de la cremallera de sus pantalones y sintió una mano que lo liberaba de la presión de la tela y lo acariciaba haciéndole perder la cabeza. Cinco años de necesidad parecían concentrados en un mismo lugar.

Si no la poseía allí mismo, se moriría. Pero las circunstancias no eran las más adecuadas.

—Espera. Yo... no tengo... —por amor de Dios, aquello era un hospital. Tenía que haber un preservativo en algún sitio.

—No te preocupes, no lo necesitamos —dijo ella, besándole los labios una última vez porque después su boca volvió a bajar hasta el pecho y más abajo...

Cage apretó los puños y abrió las piernas para sujetarse.

—No. No tienes que hacer si no quieres...

Pero parecía que sí quería. Todo su cuerpo se estremeció cuando los labios de Ripley se cerraron sobre él en un solo movimiento. Apretó las nalgas y tuvo que hacer un esfuerzo por no gritar cuando ella comenzó a mover la boca con maestría, deshaciendo todas sus barreras.

Sumergió los dedos en su cabello. Se sentía cuidado, curado, deseado.

Y necesitado. Eso era lo más peligroso.

Tiró de ella hacia arriba y, de algún modo le bajó los vaqueros hasta las rodillas. Sus bocas volvieron a juntarse mientras sus manos se buscaban. Cage encontró el húmedo centro de su cuerpo justo en el momento en que ella comenzaba a acariciar lo que antes había saboreado.

—Cage...

—Sí —casi inconsciente por el placer que su mano le estaba dando, encontró el botón rodeado de piel aterciopelada y lo acarició una y otra vez hasta hacerle lanzar un grito ahogado y responder dándole el mismo placer a él.

El clímax llevaba consigo un sentimiento punzante de dolor, pues Cage sintió que acababa de perder una parte de sí mismo. Un segundo más tarde ya no le importaba.

No le importaba estar medio desnudo en un cuartito lleno de productos de limpieza. No le importaba tener los pantalones a la altura de los tobillos ni que ella no le hubiera desabrochado el primer botón de la camisa. Sólo le importaba la mujer que tenía entre los brazos, todavía agitada por el placer. Su aroma lo rodeaba, embriagándolo.

¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan relajado, tan completo? El fantasma que se alojaba en lo más hondo de su cerebro sabía la respuesta, pero él prefirió no escucharla. No quería pensar en el pasado, sólo en el presente.

Le dio un beso en la frente y la estrechó contra su pecho. Ella murmuró algo y se acurrucó con tanta dulzura que Cage no pudo evitar sonreír con la certeza de que algo muy importante acababa de suceder entre ellos. Y también dentro de él.

—Cage —susurró ella, como si leyera sus pensamientos.

Él volvió a sonreír y también susurró su nombre.

Entonces sintió su mano alejándolo bruscamente y dejándolo boquiabierto, pero no tanto como la bofetada que le dio inmediatamente después.

—¿Qué demonios te ocurre? —preguntó, apoyándose en la pared de enfrente—. ¿Qué pasa? Yo pensé que...

—Pues te equivocaste —espetó antes de añadir la puñalada final—: Imbécil —se subió los pantalones, abrió la puerta y, estaba a punto de salir, cuando se volvió a decirle una última cosa—: Lo voy a decir una vez más. ¡Me llamo Ripley!

Y se fue dejándolo allí de pie, con el trasero al aire. Unos segundos después, rugió y maldijo en voz alta, al darse cuenta de que había hecho algo imperdonable.

La había llamado Heather.

Ripley estaba tan indignada, que iba corriendo por los pasillos sin mirar a su alrededor y chocó con el ayudante de Cage. Inmediatamente, el miedo sustituyó a la indignación. ¿Cómo había podido olvidar ni siquiera un instante lo que estaba ocurriendo en su departamento?

—¿Qué haces aquí? —más que hablar, ladró. Al principio pensó que había habido alguna llamada de emergencia, pero después cayó en la cuenta de que para ser alguien que no trabajaba los fines de semana, Whistler ya había hecho dos visitas al hospital en lo que iba de fin de semana.

—¿He venido a recoger unos informes que olvidé el viernes? —respondió el técnico ostensiblemente sorprendido por su tono de desconfianza.

—¿Me lo preguntas o me lo dices? —aquella era una pregunta propia de su padre, y eso no le gustaba nada—. Lo siento, estoy de un humor de perros.

—No importa. A mí tampoco me sienta bien trabajar los fines de semana.

Y sin embargo había acudido ambos días.

—¿Y por qué has venido exactamente?

—Por culpa del nuevo jefe —respondió el joven, señalando los papeles que llevaba en la mano—. Y por esos cuerpos contaminados. Por cierto, ¿ha visto a Cage? Su chaqueta está en el despacho, pero no lo encuentro por ningún lado.

Su nombre provocó en Ripley una reacción que contenía deseo, ira y culpabilidad a partes iguales. No podía perdonarle que la hubiera llamado con el nombre de su esposa, pero era una mujer adulta que sabía que seducir a un hombre con pasado era el camino más seguro hacia el desastre.

Afortunadamente para ella, sus sentimientos no parecían estar en peligro.

—Hemos estado revisando el almacén con el detector Géiser.

Una de las carpetas se le cayó de las manos y Whistler se agachó inmediatamente a recogerla farfullando una disculpa.

—¿Sabe dónde está ahora?

—En el cuarto de la limpieza —respondió, con cierta inquietud.

Cuando se hubo despedido del técnico, comenzó a recordar el modo en que Cage la había abrazado y acurrucado contra su pecho. Recordó también que, en aquel momento, se había preguntado si no sería ése el sentimiento al que le cantaban los poetas, lo que podía unir a dos personas hasta el punto de estar dispuestas a dar la vida por salvar al otro.

Recordó haber pensado que quizá eso era lo que conducía al triunfo del amor.

Pero después recordó que la había llamado con el nombre de otra mujer, el nombre de su esposa muerta... Ya no se sintió culpable; de hecho, deseó que Cage siguiera con los pantalones bajados cuando Whistler llegara al cuarto de la limpieza.

El apartamento de Ripley parecía muy vacío sin el gato maullando junto a la puerta al verla llegar. Pero todavía no podía ir a buscarlo porque su vecina estaría en el bingo, como la mayoría de sus vecinos.

La luz del contestador era el único movimiento que podía apreciarse en el salón. Ripley apretó el botón con nerviosismo. No quería ni pensar en otro mensaje sin palabras.

Afortunadamente, no era el caso. Lo que oyó fue la voz de su amiga Tansy:

«¿Rip? Quería decirte que mañana llegaré tarde. Tengo... algo que hacer. Así que te veré a la hora de comer».

Ripley encontró la voz de su amiga un poco extraña y notó que había hecho una larga pausa antes de colgar el teléfono. Lo mejor sería que la llamara, quizá ahora estuviera preparada para hablar de lo que la tenía tan preocupada. Con un estremecimiento, Ripley pensó en la casualidad de que la muerte de ida Mae y los problemas de Tansy hubieran coincidido.

La máquina volvió a sonar para dar entrada a otro mensaje, con otra voz familiar. Esa vez, sólo tuvo que oír una palabra antes de borrar el mensaje de su padre llamándola Caroline de nuevo. Estaba a punto de parar la cinta del contestador

cuando oyó la voz de Cage en otro mensaje.

«¿Ripley? ¿Estás ahí? Si estás ahí, contesta». Hubo una pausa durante la que Ripley se dispuso a borrar el mensaje, pensando en que no podía permitir que sucediera de nuevo lo que ese día había ocurrido. Ella había necesitado la liberación que el encuentro le había proporcionado, pero eso era todo.

«¿No estás?» Continuó el mensaje sin que pudiera hacer nada: «Lláname cuando llegues a casa para que sepa que estás bien. Por favor. Quiero hablar contigo». Dejó un número de teléfono y a Ripley le sorprendió que no le resultara familiar. Resultaba curioso conocer el sabor de un hombre, sin siquiera saber su número de teléfono.

Con el ruido de fondo del mensaje de alguien que quería venderle algo, Ripley recordó sonrojada lo íntimamente que conocía ahora a Cage. ¿Qué se había apoderado de ella para hacer una cosa así? Ella no solía hacer esas cosas, al menos no con los hombres con los que salía, que por cierto, últimamente no habían sido muchos; pero tampoco con alguien a quien acababa de conocer y que ni siquiera estaba segura de que le gustase.

Pero había deseado tanto hacerlo, había sentido la imperiosa necesidad de tocarlo, saborearlo. Tener aquel enhiesto terciopelo la había excitado más que la más lujosa cena a la luz de las velas. ¡Y eso que todo había sucedido en un cuarto de la limpieza! De hecho, la ropa seguía oliéndole a desinfectante. Emitió un sonido que era una mezcla de risa y sollozo y pegó un bote cuando sonó el teléfono inalámbrico que tenía en la mano.

—¿Sí? —respondió de manera automática.

—Caroline, yo... —le sentó bien ser ella la que colgaba, era como una inyección de poder.

Ya estaba harta de las intromisiones de su padre; en realidad estaba harta de su padre. Si Leo y él querían convertirse en el Hospital del Año, por ella se podían ir al infierno con el premio.

El teléfono volvió a sonar sólo unos segundos después.

—Padre, no quiero...

—¿Crees en los ángeles, Ripley? —era un susurro etéreo, ni masculino ni femenino, que hizo que Ripley se estremeciera asustada.

—¿Quién es?

—Los ángeles están entre nosotros. Pero no los que murieron en paz, los otros, los furiosos olvidados por Dios. Los vemos todos los días, pero no nos damos ni cuenta, ¿verdad?

—¿De dónde has sacado mi número? No...

—No figura en la guía, lo sé —sus palabras estaban llenas de satisfacción y de una especie de nostalgia—. No te asustes. No quiero hacerte ningún daño, estoy de tu parte. Sólo quiero ayudarte. Pero Cage... Cage no entiende nada. Tienes que alejarte de él, Ripley. Lo estropeará todo.

Aunque quería cortar la comunicación, Ripley parecía incapaz de colgar el teléfono. Aquella voz estaba cargada de dolor y tenía una cadencia que le resultaba familiar, pero que no conseguía identificar.

—¿Quién es usted?

—Un amigo —dijo, después de una pausa—. Que quiere advertirte. Líbrate de Cage y pon fin a la investigación... o morirás.

Ripley se quedó mirando fijamente el teléfono, mientras el corazón le daba botes dentro del pecho y aquella voz susurrante la invadía por dentro dejándola vacía.

Sola.

Asustada.

El repentino sonido del timbre la dejó helada. Dios. Miró a la ventana, por la que vio la calle lluviosa y oscura. El timbre sonó de nuevo y después llamaron con los nudillos.

—¿Ripley? Abre, soy yo.

—¡Cage! —abrió el cerrojo y abrió la puerta sin poder hacer otra cosa, aunque sabía que él era casi tan peligroso como la sombría voz.

Ella, que tanto se preciaba de su independencia, podría acabar enamorándose de Zachary Cage y atarse a él como lo había hecho su madre a su padre. Y seguramente con el mismo desastroso resultado.

Él se había convertido en su debilidad.

Allí estaba él, con el pelo empapado y la camisa pegada al pecho que ella misma había besado hacía tan sólo una hora. En la puerta de la casa, no había ningún coche desconocido y Ripley se preguntó cuánto tiempo llevaría caminando.

—Nunca me dijo que estaba enferma —le dijo con la voz quebrada como si llevara días sin hablar—. No quería preocuparme, así que iba sola al médico. Su hermana la llevó a que le quitaran el tumor del pecho y su madre a la primera sesión de radioterapia. Cuando comenzó el ardor se lo comunicó a los médicos, pero le recetaron una loción y la mandaron a casa. Según ellos, no podía haber ningún error. El programa del acelerador lineal era perfecto. Pero mentían —su voz ahora era neutra, sin vida.

Ripley respiró hondo, mientras sus ojos la miraban con un dolor indescriptible. Recordaba la historia de aquellas mujeres que habían muerto por culpa de un virus informático, que había provocado que les dieran unas dosis de radiación letales, cuando sólo un par de sesiones les habrían salvado la vida.

—Cage —le tendió una mano para sacarlo de debajo de la lluvia, pero no había acabado.

—Por fin me llamó dos días después. Yo estaba en una cena y le dije que la llamaría más tarde —Cage levantó el rostro hacia el cielo, como si la lluvia pudiera borrar aquellos recuerdos—. Mi vuelo de regreso sufrió un retraso de un día y medio.

Llamé a todo el mundo, a su familia, a los médicos, a todo el mundo. Pero ella seguía empeorando. Llegué justo antes de que muriera —dió un paso hacia atrás hasta que las sombras de la noche lo engulleron y su voz le llegó a Ripley desde la oscuridad—. No debería haber venido, Ripley. Pero siento mucho lo de antes, lo que te dije. Supongo que... pensé que merecías saber algo más sobre ella. Pensé que deberías saber cómo le fallé.

La luz de un relámpago lo iluminó cuando se disponía a marcharse, Ripley encontró la voz que creía haber perdido y lo llamó por encima del estruendo del trueno.

—¡Cage! —cuando se dio media vuelta, ella abrió la puerta de par—. Entra, por favor.

Capítulo 8

Cage entró en el acogedor apartamento hasta el que la había seguido el día anterior. La sencilla elegancia del lugar le hizo sentir aún peor. Ripley merecía algo más que un cuarto de la limpieza.

—Lo siento —volvió a decirle, pero ella no dio más respuesta que la que le había dado durante su explicación. Simplemente se quedó allí de pie, con el teléfono inalámbrico en la mano—. ¿Ripley?

Lo miró y sus ojos cálidos y oscuros se le clavaron en el alma.

—Cage. Lo siento mucho —su ternura llegó hasta Cage, dándole una lección de humildad.

¿Cómo había podido considerarla fría? Qué equivocado había estado. Aquella mujer sentía todos y cada uno de los dolores de sus pacientes, todos y cada uno de los desplantes de su padre.

Y ahora parecía que fuera a echarse a llorar en cualquier momento. Por él. Hacía mucho que no le había importado a nadie hasta el punto de provocarle el llanto.

—Oye, no te he contado eso para ponerte triste —le dijo acariciándole la mejilla—. Simplemente he pensado que merecías saberlo —y quería que comprendiera por qué, lo que había entre ellos, no podía llegar más lejos de lo que ya había llegado; porque él era material defectuoso. Había sido un mal marido y ahora lo sería aún peor. Llevaba ya cinco años retirado del juego, había vuelto a estudiar y le había dado un rumbo nuevo a su vida. Lo que tenía en la actualidad era una existencia temporal, yendo de hospital en hospital en busca de médicos negligentes a los que castigar.

Su vida era un largo viaje, pero sin el beneficio de volver a casa de vez en cuando. Y ahora que comenzaba a confiar en Ripley, que se había dado cuenta de que era diferente a los demás, sabía que merecía algo mejor, mucho mejor. Y desde luego, en ese momento, necesitaba su protección, no sus sospechas. Y desde luego no necesitaba que tener a su lado un corazón herido y confuso.

—No es sólo la historia que me has contado, Cage. Es algo peor —le mostró el teléfono como si tuviera vida—. Acabo de recibir una llamada.

Aquellas sencillas palabras no deberían haberle provocado una náusea, pero eso fue exactamente lo que sintió Cage al oírla y ver la expresión de su rostro. La había llamado el asesino. Ripley leyó en sus labios que había adivinado de quién había sido la llamada.

—No sabría decir si era hombre o mujer. El caso es que me dijo que moriría si no me encargaba de parar la investigación —explicó, poniéndose la mano en los labios

—. Ahora que lo pienso, Leo Gabney dijo algo parecido, sólo que él me amenazó con despedirme en lugar de matarme.

Intentó bromear, pero estaba demasiado asustada, igual que él.

—¡Maldita sea! ¿Qué demonios está ocurriendo en tu hospital, Ripley? Y no me digas que nadie sospechó nada hasta que descubrimos que el cuerpo de Ida Mae estaba contaminado. Sabes que eso es sencillamente impensable. Ha habido cinco cuerpos contaminados en los últimos seis meses, ¿no me digas que nunca sospechaste nada!

Estaba gritando y no le importaba hacerlo; era como si hubieran explotado todas las emociones contenidas de los últimos días. El sentimiento de culpabilidad que le provocaba desear de eso modo a Ripley, se había unido al recuerdo de Heather y a la contundente prueba de que había un asesino cerca. De pronto se volvió implacable y despiadado, sin importarle que sólo unos segundos antes ella hubiera estado a punto de llorar por él. Ahora no quería ni sus lágrimas, ni su comprensión. En realidad no sabía lo que quería de ella, pero desde luego no era lástima. Todavía podía oler el olor a sexo en ella, lo cual le hacía consciente de que no tenía la situación tan controlada como creía. Y eso lo enfadaba aún más.

—¿Qué sabes del material radiactivo del cuarto de la limpieza, Ripley? No me digas que Leo no sabe algo más de lo que dice. Claro que lo sabe, y seguramente tu padre también; por eso quieren hacernos callar, porque tienen otras prioridades, ¿verdad? Quieren que el Boston General se convierta en el hospital del año, pero no les importa lo más mínimo cuántos pacientes mueran en su centro —el recuerdo del Albany Memorial servía de acicate a su ira—. Pero, ¿cuál es tu prioridad, doctora Davis? Tú también sabes algo, si no, no habrías recibido esa llamada. Dime.

De los ojos de Ripley había desaparecido cualquier rastro de comprensión y habían surgido chispas.

—No sé nada, estúpido —le dio un golpe en el pecho, que hizo que él le agarrara ambas manos por las muñecas, para que no siguiera; pero lo que consiguió fue que sus cuerpos se quedaran demasiado cerca.

Fue entonces cuando Cage se dio cuenta de que tenía miedo por ella, pero también de ella. Le daba miedo lo que pudiera hacerle desear, lo que podría pasar con su misión si caía en la tentación de su cuerpo, de su aroma y de sus besos...

—Dime, Ripley —susurró, tratando de aferrarse a la cordura—. ¿Qué sabes de la radiactividad?

—Nada.

Veía la negación en sus ojos y creyó ver también algún secreto, pero no esperó a que dijera nada más, soltó una maldición y se inclinó hacia delante.

En cuanto sus labios se rozaron, supo que la ira no era la única manera de dar rienda suelta a sus emociones. La boca de Ripley sabía a furia y perdón, una combinación que metió a Cage en un torbellino de sensaciones para el que no estaba preparado. De pronto sabía que, aquella mujer, además de ser médico, se preocupaba

por curar; sus pacientes le importaban mucho, quizá demasiado. Igual que ella podría acabar importándole a él.

Era una insensatez, porque alguien que vivía en la carretera no tenía derecho a amar. Le había costado años aprenderlo, pero por fin lo había hecho.

—¡Espera! —exclamó, retirando la cara a pesar de lo que le pedía el cuerpo—. Ripley... no puedo. Yo no puedo darte lo que necesitas —podía darle pasión, pero eso era todo lo que tenía. Y ella merecía más.

—Di mi nombre otra vez —le pidió, pasándole la mano por el pecho por encima de la camisa.

—Ripley.

Asintió, le tomó la mano y se la llevó al rostro, donde el deseo seguía ensombrecido por el miedo. Él sentía lo mismo que lo que veía en ella, excitación y temor al mismo tiempo.

—Eso es todo lo que quiero que me des, Cage. Es todo lo que necesito de ti.

Mientras se sumergía en su boca y sus lenguas se juntaban como si hubieran tenido tiempo para echarse de menos, Cage no pudo evitar preguntarse si eso bastaría para cualquiera de los dos. Después dejó de hacerse preguntas. La dolorosa frustración se apoderó de su cuerpo y condujo sus manos por aquel torso que sólo había comenzado a explorar.

Ella se echó hacia atrás, rendida a sus besos y a sus caricias y le clavó las uñas en el hombro cuando notó que su boca se afanaba en saborear sus pezones, primero uno y luego el otro, que ya lo recibió erecto de placer. Cage sintió el poder de aquel cuerpo y quiso olvidarse del mundo entero al menos por unas horas.

Los dos necesitaban aquello y el resto del mundo tendría que esperar.

Un busca pitó a modo de protesta. Ripley reaccionó alarmada.

—¿Es el mío?

—No, el mío —Cage miró a la pantalla y comprobó que no se trataba de ninguna emergencia, sólo un número de teléfono que apenas reconocía—. Creo que es Whistler.

Ripley se deshizo de sus brazos y comprobó que no había ningún mensaje en el suyo.

—Yo no tengo nada, así que no se trata de ningún paciente.

Se quedó parada al pie de una escalera que Cage supuso conducía al dormitorio y esperó.

¿Cuántas veces había puesto su trabajo por encima de Heather? Hacía ya tiempo que había perdido la cuenta y esperaba haber aprendido la lección. En su interior se libró una batalla dura pero corta. No creía que el asesino fuera a atacarla en su propio apartamento, y menos si él estaba allí. Les había pedido a los de seguridad que doblaran la vigilancia en la Unidad de Oncología; había hecho todo lo que estaba en

su mano por el momento. Volvió a colocarse el busca en el cinturón y fue hasta Ripley.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó, tomándole el rostro entre las manos—. No creo que vaya a volver a someterme al «hasta que la muerte os separe».

—¿No es una suerte entonces que yo no crea en «fueron felices para siempre»? No busco nada para siempre, Cage. Para mí, esta noche es más que suficiente.

Quizá le habría preguntado qué significaba eso si ella no lo hubiera cubierto de besos y de una ternura que parecía parte integrante de su ser y que lo llenaban de esperanza y de dulzura. Por eso no dijo nada, sólo la levantó en brazos y subió las escaleras iluminadas únicamente por la luz de la farola de la calle.

Si el vello se le puso de punta al pasar al lado de una ventana, le echó la culpa a los besos que ella le daba y si el ruido de la lluvia golpeando el cristal le hacía estremecerse, dio por hecho que era porque llevaba la ropa empapada y hacia frío. Sin embargo aun cuando se tumbaron en la cama, se encargó de dejar el teléfono móvil al alcance de la mano. Después ya no pensó nada más, sólo sintió.

La furia ardiente que los había gobernado en el cuarto de la limpieza del Boston General, era ahora suavidad y ternura. Lucharon con la ropa mojada y con las sábanas que parecían querer ponerles impedimentos, pero por fin consiguieron estar desnudos, el uno junto al otro.

—Di mi nombre —le pidió ella, al ver que cerraba los ojos.

Cage abrió los ojos y se echó a reír.

—Sé perfectamente con quién estoy, doctora Davis. Ripley, no lo dudes ni por un momento —y tomó sus labios con un ímpetu que la dejó sin respiración. Se había acabado el momento de la dulzura, ahora ambos estaban poseídos por la urgencia de satisfacer el deseo que los torturaba cada vez que estaban juntos.

Cage la levantó del colchón para sentarla a horcajadas sobre él, así comenzó la fricción de sus cuerpos que ninguno pudo soportar mucho tiempo.

—Cage. En el cajón —farfulló, murmurando algo después sobre que Tansy le había llenado el cajón con increíble optimismo. Al encontrar el arsenal de preservativos que había allí almacenado, Cage pensó que debía recordar darle un beso a la mejor amiga de Ripley la próxima vez que la viera.

Mientras él se peleaba con el escurridizo plástico del envoltorio, ella saboreaba su cuerpo como ya había hecho esa tarde, hasta dejarlo al límite del autocontrol. Después llegó el momento de que él la pusiera a ella al límite, aventurándose con su miembro crecido por la excitación en la húmeda cueva que lo esperaba ansiosa. Ella arqueó la espalda, abriéndose a él tanto como podía, pero él continuó con la dulce tortura de no introducirse en ella por completo.

—¡Cage!

Le suplicó, en un susurro desesperado con el que consiguió que él fuera adentrándose en su cuerpo un poco más. Pero cuando ella levantó las caderas para

permitirle llegar a lo más hondo, Cage renunció a hacer el amor lentamente y se zambulló con la pasión y el deseo que había acumulado desde la tarde.

En realidad, desde que la había visto por primera vez.

—Ripley —repitió su nombre una y otra vez como si fuera una oración y no lo hacía sólo por ella, también por él mismo.

Cuando sintió que sus piernas lo rodeaban y algo dentro de ella se contraía, Cage la siguió en aquel camino hacia el éxtasis, que le hizo sentir como si acabara de encontrar su hogar.

Después de años de entrenarse para despertarse al menor ruido, normalmente después de sólo unas pocas horas, Ripley despertó desorientada a la mañana siguiente y vio el sol radiante al otro lado de la ventana. ¿Estaría enferma?

Entonces lo recordó todo. Ida Mae. El señor Harris. El armario de los productos de limpieza.

Y Cage.

El dolor, de varias partes de su cuerpo, daba buena cuenta de lo sucedido. No, no estaba enferma, pero sí había cometido una imprudencia. Una sonrisa se asomó a sus labios al recordar que habían cometido otras dos «imprudencias» a los largo de la noche. Y, aunque seguramente estaba próximo el incómodo momento de decirse que ya se llamarían, lo cierto era que no lamentaba lo ocurrido.

La relación de sus padres le había enseñado a no esperar romanticismo, ni un amor imperecedero, pero después de una serie de relaciones de las que no se arrepentía, había comprobado que no sólo el amor era un mito, también el sexo. Al menos eso pensaba hasta esa noche.

Intentó apartar con suavidad el brazo que tenía sobre la cintura, pero al moverse, él la agarró con más fuerza.

—Todavía no estamos listos para despertar —murmuró, tirando de ella hasta que se quedaron acurrucados como un par de signos de interrogación. Tenían las manos entrelazadas—. Así está mejor —le susurró él al oído.

Por un lado, a Ripley le habría gustado dar un salto y correr hasta el hospital con tal de librarse de la conversación que empezaría «Me gustas mucho, pero...». Deseaba recordar para siempre el modo en que la había mirado al alcanzar el clímax, demostrándole que estaba con ella y con nadie más. Deseaba recordar cómo la piel de sus cuerpos se había unido y se había mezclado su aliento mientras se llevaban el uno al otro hasta lo más alto. Pero la parte más sensata sabía que pronto llegaría el momento en el que tales recuerdos quedarían empañados por la separación.

Sin embargo siguió acurrucada a su lado, en el calor de las sábanas, apretando su mano contra el pecho, disfrutando de la maravillosa sensación de seguridad. Y deseaba que la mañana nunca terminara, por eso se dio media vuelta y lo besó en los labios. Cuando todo hubo acabado, sintió cómo una parte de aquel hombre se le colaba en el corazón y supo que todo aquello había sido un terrible error. No podía

permitirse sentir, no podía permitirse ser débil.

No podía permitirse alguien como Cage.

Siguieron tumbados, mientras Ripley trataba de encontrar algo sofisticado que decir, por mucho que temiera las palabras.

Afortunadamente, en ese caso el sonido del busca llegó en su ayuda. Y cuando se disponía a agarrarlo, se dio cuenta de que también el de Cage estaba pitando y le dio un vuelco el corazón. En el suyo sólo figuraba una extensión del hospital. No pudo llegar a llamar porque sonó el teléfono antes. Se quedó unos segundos paralizada ante la posibilidad de oír aquella voz asexual al otro lado. Pero por fin se decidió:

—Doctora Davis.

—Rip, tienes que venir al hospital inmediatamente —el alivio de reconocer la voz de Tansy no duró mucho porque enseguida adivinó que algo malo había ocurrido.

—¿Qué pasa? No será Milo, ¿verdad?

—No. Es la señora Cooper. Ha muerto y los de Protección Radiológica han acordonado su habitación —Tansy hizo una pausa—. Ripley, yo estuve ahí justo antes de que muriera y te prometo que estaba perfectamente. Estaba contenta y no paraba de hablar.

Ripley sintió que algo se le rompía por dentro. Janice Cooper había muerto antes de poder terminar el suéter de su nieta. Y seguramente su cuerpo estaba contaminado.

Dios. Mientras ella había estado revolcándose con el jefe del Servicio de Protección Radiológica, una de sus pacientes había muerto. Su departamento se estaba viniendo abajo y ella se entretenía en juegos sexuales.

Bueno, no creía que fueran a poder hacer nada. Con dos muertes tan seguidas, Gabney no tendría otra opción que llamar a la policía. Y su departamento, al igual que su carrera, pronto serían historia. Al menos así no morirían más pacientes.

—Ahora mismo voy para allá —consiguió decir, a pesar del nudo que le bloqueaba la garganta.

Agarró un traje y una camisa del armario y se dirigió al baño, donde se chocó con Cage. Era increíble, pero de pronto se había olvidado de su presencia.

—Ripley —le dijo, él tomándole el rostro entre las manos—. Mírame. No te preocupes. Ya nos las arreglaremos para solucionarlo todo juntos. Yo estoy de tu parte.

La experiencia hacía que le resultara muy difícil creerlo.

—¿Por qué?

—Porque confío en ti, Ripley —aseguró, juntando su frente con la de ella—. Si tú dices que no sabes nada de ese material radiactivo, yo te creo.

—No sé nada, de verdad. Ojalá no fuera así.

—Sí. A mí también me gustaría tener más información. Pero vamos a arreglarlo

todo, ¿de acuerdo? —dijo, dándole un beso en la nariz—. Ahora ve a vestirte. Voy a pasar por casa un momento para cambiarme, te veré en el hospital —estaba a punto de empezar a bajar las escaleras cuando se volvió a decirle algo más—: ¿Ripley?

—¿Qué?

—Ten cuidado, por favor, después hablaremos de todo. ¿De acuerdo? —su mirada explicaba perfectamente a qué se refería con «todo», pero a Ripley ya no le daba ningún miedo aquella conversación.

—De acuerdo.

Se puso el traje azul marino, que siempre la hacía sentirse al mando de cualquier situación y pensó que, aunque ella no creía en el «felices para siempre», quizá Cage y ella pudieran ser felices por un tiempo.

Quizá.

El pasillo de la habitación de Janice estaba abarrotado de gente cuando Ripley llegó al hospital, y mucha de aquella gente no tenía nada que ver con el departamento.

—Por favor, necesito que despejen esta zona de todo el personal que no sea estrictamente necesario —se le daba bien ocultar su inseguridad debajo de un buen gruñido, así consiguió que se fuera todo el mundo excepto Whistler, Tansy, las dos enfermeras que habían estado de guardia por la noche y Belle, que por cierto no le parecía personal esencial.

—La señora Cooper era uno de los suyos, ¿verdad, Belle? —la voluntaria tenía algunos pacientes a los que les dedicaba más atención; Milo era uno de ellos y Janice otra. Ripley siempre había pensado que Belle debía de sentirse muy sola para pasar tanto tiempo en el hospital, y siempre trataba de establecer ningún tipo de paralelismo con su propia vida.

—Era una mujer encantadora, doctora Davis —aseguró Belle, con la voz temblorosa—. Tenía tanta fe y estaba tan contenta de que fuera a venir su hija con su nueva nieta. Estaba feliz y en paz.

Ripley recordó el brillo que había visto en la mirada de la flamante abuela, mientras le enseñaba las fotos de la niña. Ahora estaba muerta.

—Gracias, Belle. Puedes seguir con tus cosas.

La mujer se alejó después de echar un último vistazo al símbolo amarillo y negro que habían colocado en la puerta de la habitación y que advertía del peligro.

Radiactividad.

—Ponme al corriente —la voz procedía de detrás de Ripley, por lo que tuvo algo de tiempo para no reaccionar de un modo muy evidente a su llegada.

—Cage —le dijo con un gesto de complicidad que no le pasó desapercibido a su amiga Tansy.

Ya se lo explicaría más tarde, cuando Cage y ella decidieran qué demonios iban a

hacer.

—Mujer blanca de sesenta años —comenzó a explicar Whistler—. En radioterapia por cáncer de mama. La paciente tuvo un fallo cardiaco alrededor de las nueve de la mañana y resultó imposible reanimarla. No hay antecedentes de problemas cardiacos, ni había habido complicaciones previas.

Ripley miró a Whistler sorprendida. Su presentación era propia de un residente, por lo que se preguntó dónde habría estudiado medicina y por qué había acabado como técnico de radiología. Y si estaba contento con el cambio y por qué había estado en el hospital durante el fin de semana. Dos veces.

Justo en ese momento se encontraron sus miradas, la de Whistler era muy dura. Ripley no supo interpretarla pero le dio miedo.

—¿Se trata del mismo tipo de contaminación? —preguntó Cage.

Whistler asintió y se quedó dándole la espalda a Ripley, que no pudo evitar preguntarse si acababa de imaginar tal tensión.

—En sangre, no superficial. Aunque esta vez hay rastros de radiactividad en la vía intravenosa y en el puerto de inyección —añadió el técnico, para más detalle.

Cage soltó un juramento mirando a Ripley. Por fin habían encontrado la prueba que tanto necesitaban, pero Janice Cooper había tenido que morir para proporcionársela.

Era un precio demasiado alto, pensó Ripley al tiempo que luchaba por no derramar las lágrimas que le llenaban los ojos. Lloraba por sí misma y por una abuela que no podría disfrutar de su nieta y estuvo a punto de dejarse llevar por la debilidad del llanto. «Vaya, padre, me siento débil».

Entonces oyó a Whistler susurrándole algo a Cage:

—Tengo que hablar contigo. Es importante.

—Te veré en mi despacho en cuanto termine aquí.

Whistler se alejó de ellos, no sin antes lanzarle una última mirada a Ripley que la dejó muy inquieta.

—Cage, yo no...

Pero antes de que pudiera terminar, Tansy le puso una carpeta en las manos, era la autopsia de Ida Mae. Cage no tardó en acudir a su lado y eso la tranquilizaba e intranquilizaba al mismo tiempo. Pero, como cualquier buen científico, Ripley se concentró para dejar a un lado cualquier tipo de sospecha y enfrentarse a los hechos.

—¿Ves algo? —le preguntó él.

Ripley notó su respiración en el cuello y le recordó todos los sitios en los que había estado su boca la noche anterior.

—Sólo el rastro de los antibióticos, pero eso era de esperar. El resto es normal.

—¿Y no hay ninguna prueba de que fuera asfixiada o estrangulada? —Ripley

negó con la cabeza—. Entonces ¿qué la mató si no fue la radiactividad?

Ripley miró la puerta cerrada y acordonada y pensó en voz alta:

—Ida Mae llevaba bastante tiempo muerta cuando nos dimos cuenta de que estaba contaminada, después se retrasó la autopsia hasta que se pudiera proteger el lugar. Quizá fuera algo que se metaboliza rápidamente, o que se descompuso justo después de la muerte.

—Una sustancia con una vida media muy corta —resumió Cage—. Parece lógico —el roce de su mano en la espalda fue breve pero muy significativo, pues demostraba que su relación había cambiado aunque siguieran siendo compañeros de trabajo, lo cual complicaba las cosas tanto como las solucionaba.

Cage se volvió a hablar con la enfermera jefe, que andaba por allí:

—Póngase un traje de protección y extraiga sangre de la señora Cooper inmediatamente, por favor. Cuando tenga la muestra, llévela al laboratorio para que hagan todo tipo de análisis, pero recuérdelos que es material radiactivo y que nos llamen después para descontaminar la sala.

La enfermera desapareció, dejando a Ripley con una sospecha en la cabeza.

—Cage, hay algo que deberías saber. Yo...

El pitido del busca la interrumpió una vez más.

—Es Whistler otra vez. Dijo que quería enseñarme algo. No importa, ¿qué me estabas diciendo?

Ripley se sintió algo tonta, se trataba de Whistler, un tipo de veintitantos años, con el pelo cortado al rape y un pendiente en la oreja. No parecía muy peligroso. Seguramente su cerebro estaba haciéndole ver sombras donde no las había, lo mismo que pensaba que algo totalmente temporal podría ser duradero.

—Déjalo. Ve a ver a Whistler. Pero... cuídate, por favor —hundió las manos en los bolsillos para frenar el deseo de acariciarlo, porque sabía que no era el lugar más apropiado para hacerlo o darle un beso.

Él debió pensar lo mismo, porque se quedó unos segundos con la mirada fija en sus labios.

—Nos vemos después en tu despacho, tenemos que decidir qué hacer a partir de ahora.

Ripley no sabía si hablaba de la investigación o de su relación, pero asintió igualmente y se dio media vuelta para no caer en la tentación de quedarse observando cómo caminaba.

—A tu despacho. Inmediatamente —ordenó Tansy agarrándola del brazo—. ¿Qué demonios ha ocurrido mientras yo no estaba?

Una vez sentada, o más bien derrumbada, en la silla de su despacho, Ripley no sabía si reír o llorar. Dejó caer la cabeza sobre el escritorio y dijo:

—¿Por dónde empiezo?

—Por Cage, claro. Vamos, cuéntamelo todo.

Tansy se sentó frente a ella y cruzó los brazos. Parecía mucho más contenta y tranquila; Ripley pensó que lo que la hubiera estado preocupando se había solucionado y respiró aliviada. Daba por sentado que sospechar de su amiga era mucho más absurdo que sospechar de Whistler, y sin embargo...

Alguien estaba matando a sus pacientes y tenía que ser alguien que conocía. Alguien en quien confiaba.

—¿Qué has averiguado de los otros cuatro pacientes que te dije? —le preguntó Cage a Whistler una vez ambos estuvieron sentados en su despacho frente a frente.

Su ayudante rebuscó entre los papeles hasta dar con una hoja doblada de la que leyó:

—Incluyendo a Janice Cooper, tenemos a seis pacientes de Oncología Radioterápica contaminadas, se trata de mujeres blancas de edades comprendidas entre cincuenta y cinco y sesenta y nueve años. Dos de ellas estaban aquí por cáncer de ovario y las otras cuatro por cáncer de mama. Todas ellas murieron de manera inesperada, aunque en sus informes de defunción figura el paro cardíaco como causa de la muerte y se citan también causas naturales.

—Eso sólo quiere decir que no se encontró nada en las autopsias —observó Cage—. Lo que no entiendo es cómo Dixon no se dio cuenta de que estaban contaminadas. Especialmente después de haber encontrado ese material radiactivo en el cuarto de la limpieza; lo lógico habría sido que investigara qué estaba ocurriendo —Whistler se encogió de hombros sin saber qué decir—. Volveré a llamarlo. Alguna vez tendrá que hablar conmigo —aunque su primera impresión había sido que su predecesor no era más que un vago mujeriego, ahora se planteaba que quizá ocultara algo más. Levantó la vista y se encontró con Whistler hojeando los papeles—. ¿Hay algo más?

Había pensado que su ayudante querría discutir de las cosas en común que tenían todos aquellos casos y que recordaban a las historias de asesinos en serie en hospitales. Locos que mataban a una persona tras otra, solían ser enfermeras, doctores...

Como los que habían matado a Heather.

«No», se dijo a sí mismo. «No empieces con eso». No todos los médicos eran así, sólo tenía que mirar a Ripley. Ella era diferente. Sólo acordarse de ella, le transmitía una agradable y cálida sensación que no llegaba a comprender. Lo que sí sabía era que entre ellos había algo muy, muy especial.

En lugar de contestarle, Whistler le mostró uno de los papeles en los que Cage leyó inmediatamente algo que atrajo su atención.

Doctora Ripley Davis.

—¿Qué demonios es eso?

—Los archivos de radioterapia que me pidió que examinara. Vine ayer a

buscarlos. ¿No es eso lo que quería?

—Sí, pero pensé que no encontrarías nada. ¿Lo has hecho?

No era posible que le hubiera mentido, ella no podía haberle mentido. Ripley se preocupaba por sus pacientes y, la noche anterior, él mismo había pensado que también se preocupaba por él. Pero vio, con pánico, cómo asentía su ayudante.

—Estaba muy escondido, pero sí, he encontrado algunas irregularidades.

—¿Qué tipo de irregularidades? ¿Mala letra? ¿Fechas equivocadas —Cage había creído que Ripley sería muy escrupulosa en su trabajo, pero un fallo era perfectamente perdonable. «Por favor, que sea sólo algo ilegible escrito con letra de médico».

—No. Remesas desaparecidas.

—¡Dios mío! ¿Cuántas? —de pronto desapareció la cálida sensación de su cuerpo, aunque tampoco podía hacerse a la idea de lo que estaba ocurriendo. Ella le había jurado que no sabía nada.

Como los médicos del Albany Memorial, que habían jurado sobre la Biblia no saber que el acelerador lineal estaba defectuoso. Y habían mentido.

—Faltan cuatro ampollas de material radiactivo, que se supone que llegaron a la Unidad de Oncología Radioterápica en el último año —dijo, señalando los papeles—. En nuestros informes figuran como enviados y aquí no aparecen como recibidos.

Le había mentido, pensó Cage con una furia que le revolvía el estómago. Tiró de los papeles que le mostraba Whistler y se dio cuenta de que había páginas que parecían más recientes que otras, como si hubiera cambiado la información recientemente.

¿Quizá la noche antes de la investigación?

—¡Maldita sea! —exclamó, poniéndose en pie. Miró al reloj y pensó que Ripley lo estaría esperando en su despacho. Estupendo porque tenía unas cuantas cosas que decirle.

Agarró todos aquellos documentos y salió de allí. Iba a tener una conversación que la doctora Davis nunca olvidaría. Después cerraría su departamento y le diría a Leo que la despidiese.

Capítulo 9

Mientras esperaba a Cage, Ripley echó un vistazo a los documentos que había solicitado al departamento de personal con la identificación de su padre. Cuando se enterara, Howard Davis iba a ponerse como una fiera, pero ella no tenía manera de recabar dicha información y él sí.

Sacó los informes de todos los miembros de su departamento, así como de los técnicos de Protección Radiológica, con la idea de que la persona que había inyectado radiactividad a Janice Cooper tenía que ser alguien que ella conocía y, por tanto, debía pertenecer a alguno de los dos servicios.

Con un escalofrío sacudiéndole el cuerpo, miró a la puerta deseando que Cage no tardara mucho. Si bien no sabía qué iba a pasar con su relación, lo cierto era que él la hacía sentirse segura, protegida. Y sin su presencia se sentía sola.

—Estupendo —sin darse cuenta, lo había dicho en voz alta y la palabra retumbó en la habitación vacía—. Enseguida estarás poniendo la mesa para dos aunque sepas que él no vendrá a cenar. Contrólate, Davis. Estás muy bien sin él. No lo necesitas —«mentirosa», le dijo su conciencia.

Lo mejor sería concentrarse en el trabajo y dejar todas esas elucubraciones a un lado. Por eso sacó el archivo de Whistler. Su verdadero nombre era Elmer Holyrood, pero lo que la sorprendió fue lo que leyó a continuación. Efectivamente, había pasado dos años en la facultad de medicina, que había abandonado por «motivos personales». Dos años después, Dixon lo había contratado para que formara parte del Servicio de Protección Radiológica, pero no había ningún dato de lo que había hecho entre ambas cosas. No había más estudios, ni experiencia laboral. Aquellos años estaban en blanco.

Ripley frunció el ceño pues sabía que no era suficiente, era un indicio, pero no había ninguna prueba. Una prueba contundente eran los restos de radiactividad encontrados en la vía de Janice Cooper, o los altísimos niveles de adrenalina que habían hallado en sus muestras de sangre. Seguramente, los otros cuerpos también habían tenido esos mismos niveles de adrenalina, pero habían desaparecido después de la muerte.

Alguien les estaba inyectando a sus clientes un cóctel mortal de adrenalina y radiactividad. La dosis de adrenalina les paraba el corazón. ¿Y la radiactividad?

No tenía ni idea, era una locura, pero estaba claro que el responsable de esas muertes tenía que ser un loco.

Echó los papeles a un lado. No podía hacerlo sola, estaba demasiado inquieta y demasiado débil. Por primera vez, no le daba vergüenza admitirlo, de hecho se sentía

liberada.

Estaba a punto de agarrar el teléfono cuando lo vio entrar por la puerta. La sonrisa del rostro de Ripley se desvaneció al ver la expresión de Cage. ¿Qué habría ocurrido? Pensó angustiada.

—¡Cage! —exclamó, después de que él cerrara con un portazo—. ¿Qué pasa? —entonces se dio cuenta de que llevaba los documentos de su departamento bajo el brazo—. ¿Qué haces tú con mis archivos?

No tenía motivos para temer que hubiera leído esos informes, pero cualquier cosa la hacía inquietarse.

—Ripley... —era increíble cómo sólo una palabra podía estar tan cargada de decepción y desconfianza. En sus ojos oscuros no había nada más que ira. Una vez más, parecía el oscuro guerrero que vio por primera vez en el vestíbulo del hospital... el hombre que odiaba a los médicos, especialmente a los de oncología.

—Cage, háblame, dime qué ocurre —se aventuró a dar un paso hacia él aunque desde luego la expresión de su rostro no parecía invitarla a hacerlo—. ¿Hay algún problema con los informes de radiación? —aunque sabía que no podía ser; ella era muy escrupulosa y se encargaba de que lo fueran también todos los miembros de su departamento.

—Ripley, hay doce anotaciones que concuerdan con los datos del Servicio de Protección Radiológica. De hecho, parece que alguien los hubiera cambiado hace poco —añadió, lanzándole una mirada envenenada—. Whistler ha encontrado material radiactivo que no figura en los informes de llegada. La radiactividad que hemos encontrado en tus pacientes procede de tu departamento.

Aquellas palabras la golpearon como un mazazo, igual que lo hacía la mirada que había en sus ojos. Por un momento se quedó paralizada. ¿Cómo era posible que la radiactividad de sus pacientes fuera suya? ¿Alguien había alterado sus informes sin que ella se enterara siquiera? ¿Cómo era posible que hubiera pasado por alto algo semejante?

Después de la sorpresa llegó la ira. ¿Cómo se atrevía Cage a entrar en su despacho y acusarla de ese modo? Estaba mirándola como si ella fuera la asesina.

Pues Cage se podía ir al infierno.

Sin embargo, y a pesar de la impotencia que le provocaba sentirse acusada, también le dolía que lo hiciera después de haberla abrazado tan tiernamente toda la noche. Habían hecho el amor maravillosamente y ahora eso. Apretó los puños y contuvo las lágrimas, ahora no podía mostrarse débil con él; él mismo había renunciado a tal derecho.

—Cage, ¿no creerás de verdad que yo tengo algo que ver con la manipulación de esos informes? —le preguntó, dándole una última oportunidad para echarse atrás y recapacitar sobre lo que estaba diciendo—. Yo pensé que me creías.

Cage la interrumpió con un gesto de rabia.

—Compruébalo con tus propios ojos —la retó, mostrándole uno de los papeles.

Ripley no estaba segura de qué le dolía más, leer los datos que alguien se había atrevido a cambiar y que demostraban que uno de sus empleados era un asesino, o que Cage pensara que ella estaba implicada.

—Después de todo lo que ha pasado en los últimos días. Después de lo de Harris, del gas, del susto en la capilla, de la llamada... —«de habernos acostado»—. Sigues pensando que puedo estar relacionada con esto.

No iba a llorar por mucho que le costara.

—Tú misma dijiste que todo eso podía tener otra explicación. Y yo no estaba allí cuando recibiste esa llamada. Pudiste... —no terminó la frase, pero quedó claro lo que iba a decir.

«Pudiste inventártelo todo».

Había perdonado su recelo inicial, sus groserías; hasta le había perdonado que la llamara Heather. Pero jamás le perdonaría que volviera a desconfiar de ella en ese momento. Le dolía demasiado.

—Muy bien —comenzó a decir Ripley cerrando de golpe la carpeta que contenía todos los documentos—. Después de incitar al señor Harris para que me atacara, me encerré en el cuarto con el cloro y fingí el ataque de pánico de la capilla, ¿es eso lo que crees? —se acercó a él con el deseo de gritarle, golpearlo, hacerle daño por hacerla sentir así.

Hacía sólo unos días que lo conocía, pero desde el principio había sabido que el final era sólo cuestión de tiempo. ¿Entonces por qué le dolía tanto?

—Yo...

—¿Doctora Davis?

Cage y Ripley levantaron la vista igualmente sobresaltados, haciendo que el hombre que había en la puerta se echara atrás.

—Lo siento. ¿Llego en mal momento? Puedo volver más tarde, sólo quería... necesito disculparme con usted, doctora Davis.

Ripley cerró los ojos, respiró hondo y trató de encontrar dentro de sí la tranquilidad que tanto había practicado desde que era médico.

Imposible. Estaba demasiado confundida por lo que sentía por Cage y por la decepción que le provocaba que, siquiera por un momento, hubiera llegado a creer que le haría daño a algún paciente o encubriría algo tan grave como el extravío de material radiactivo.

—Señor Harris. Pase, por favor —consiguió decir con voz temblorosa, pero sin llorar.

—Doctora Davis, quiero que sepa cuánto lamento lo que ocurrió el otro día. Apenas lo recuerdo; sólo sé que usted me llamó para decirme que Ida Mae había fallecido, después todo está borroso. Los médicos me han dicho que intenté atacarla

—las arrugas de su rostro eran más profundas que la semana anterior. Ripley sintió que se le partía el corazón al observar el dolor que reflejaban sus ojos.

Si eso era lo que se sentía cuando se amaba a alguien, ella no quería experimentarlo. Quizá después de todo había tenido suerte al presenciar la relación de sus padres, y la desconfianza de Cage era una señal divina para sacarla de aquella relación, antes de sentir algo más profundo. Podría escapar con el corazón intacto. O casi intacto.

—No hay nada que perdonar, señor Harris. Su mujer ha muerto, a veces el dolor nos hace actuar de manera incomprensible —le ofreció una silla, pero él la rechazó con un gesto que le puso a Ripley el vello de punta.

Quería decirle algo, pero era evidente que tenía miedo.

—Señor Harris, ¿qué ocurre?

—Yo... quería que supiese... —miró hacia fuera, como si tuviera miedo de que lo oyeran.

—¿Que supiese el qué? —intervino Cage, inclinándose ansioso por resolver un misterio. Aunque se suponía que ya lo había resuelto y la había condenado a ella.

—El director ese, el calvo que fue a visitarme dijo que yo estaba borracho, que no había sucedido nada de eso. Dijo que mi cerebro lo inventó para darme una excusa para atacarla —se quedó mirándose los nudillos con profunda tristeza—. Pero es cierto. Recibí una llamada la mañana después de que Ida Mae... la mañana después de su muerte. Una voz me dijo que la doctora Davis había matado a mi esposa. Dijo algo más, pero no lo recuerdo bien. Algo así como que debía recibir un castigo, que debía esperarla junto a los ascensores después de comer, porque siempre iba a por un café a esa hora —levantó la mirada hacia Ripley—. Claro que estaba borracho, pero no tanto como para inventar algo así.

La habitación comenzó a dar vueltas a su alrededor, pero en lugar de apoyarse en Cage como habría necesitado, Ripley se dejó caer sobre el sofá, mientras oía al fondo la voz de Harris preguntándole:

—No es cierto, ¿verdad, doctora? Ida Mae murió por culpa del cáncer, ¿no es así?

Sentía la mirada de Cage clavada sobre ella, esperando a que mintiera. Esperando que dijera «a veces pasan estas cosas». Y era cierto que a veces pasaban, pero no esa vez.

Alguien había asesinado a Ida Mae.

—La autopsia todavía no se ha completado —optó por darle una verdad a medias—. Tan pronto como sepa la causa exacta de la muerte, lo llamaré, señor Harris. Se lo prometo.

Unos segundos más tarde lo vio marcharse, mientras deseaba con todas sus fuerzas poder decirle algo más. Y poder sentir menos.

Se puso en pie y agarró su chaqueta del respaldo de la silla.

—Me voy a casa.

Los dedos de Cage se le clavaron en el brazo, transmitiéndole la cólera que hacía vibrar todo su cuerpo.

—¡De eso nada! ¡Tenemos que hablar de esto! Hay que elaborar un plan y llamar a la policía. Estás en peligro, Ripley. No puedes irte a casa.

—¿Entonces ahora me crees? —no llegó a gritar, pero su tono de voz era más que airado—. Bueno, pues vete al infierno. No tienes ningún derecho a decirme lo que tengo que hacer, desde el momento en el que llegaste a pensar que yo podía tener algo que ver con la manipulación de esos informes. Yo no soy uno de los médicos que se equivocaron con el tratamiento de tu esposa, Cage, y tampoco soy tu esposa —añadió, poniéndose la chaqueta sobre los hombros—. ¿Quieres llamar a la policía? Adelante. Cuéntaselo todo y espera a ver cómo Leo lo retuerce todo hasta hacerte quedar como un loco. Espera a ver cuánto tiempo está tomándole el pelo a la policía mientras siguen muriendo pacientes. ¿Es eso lo que quieres?

—Por supuesto que no, pero...

—Pero nada —Ripley sentía cómo se le iba encorvando la espalda—. Estoy muy cansada, Cage; tanto que apenas puedo pensar. Ida Mae y Janice están muertas. Voy a dar el alta a todos los pacientes que pueda, no voy a darles la oportunidad de seguir asesinando a nadie.

«Excepto a mí». No lo dijo, pero las palabras quedaron en el aire, entre Ripley y Cage, como una fuerza tangible.

Él se acercó y levantó una mano destinada a acariciarle la mejilla, pero ella se apartó.

—Al menos quédate conmigo, Ripley. Mi edificio tiene vigilancia, es más seguro. Conmigo estarás a salvo.

En su casa, pensó Ripley con una mezcla de atracción y rechazo. El lugar en el que había vivido con la mujer a la que todavía no había olvidado. ¿A salvo? Quizá estuviera a salvo del asesino, pero desde luego nada la protegería del loco deseo que, incluso en ese momento, la impulsaba a aceptar su invitación. No estaría a salvo de sí misma.

Negó con la cabeza y se alejó de él.

—Sinceramente, preferiría quedarme con mi padre.

Cage la vio marchar, mientras se odiaba a sí mismo por desconfiar de ella cuando Whistler le había enseñado esos papeles. Se despreciaba por no haberle dado la oportunidad de explicarse, de defenderse. Y la odiaba a ella por hacerle cuestionarse los principios básicos que lo habían guiado los últimos cinco años.

La odiaba por hacerle preocuparse por alguien, por hacer que alguien le importara.

—Maldita sea —dejó el resto de los papeles sobre su escritorio y corrió tras ella.

Ripley no parecía darse cuenta de que la seguía en su coche por las calles que los condujeron hasta la enorme casa de Howard Davis. Una vez allí, Cage aparcó y esperó, aunque no sabía a qué. No había transcurrido mucho tiempo cuando un guardia acompañado de un pastor alemán se acercó a él. Cage bajó la ventanilla consciente de que el guardia había salido de la casa de Davis.

—¿Sí?

—Señor Cage, la doctora Davis quiere que se vaya a casa. Dice que no necesita su ayuda y que no quiere que esté aquí —su tono de voz no dejaba lugar a la discusión y la pistola que llevaba en el cinturón tampoco.

—Vaya. ¿Y le ha dicho que hay un asesino en el hospital que la ha amenazado de muerte?

El rostro del guardia cambió de expresión automáticamente, algo en su reacción indicaba que era un ex militar y seguramente ofrecería buena protección.

—No, señor, no lo ha hecho.

—Me lo imaginaba —respondió Cage algo más relajado—. Cuide de ella, ¿de acuerdo? Y llámeme si hubiera algún problema —añadió, dándole su tarjeta.

—No estoy autorizado a hacer eso, señor —pero sí agarró la tarjeta y se la guardó en el bolsillo—. Es una mujer encantadora, señor Cage. Le aseguro que no permitiré que le ocurra nada.

Mientras ponía en marcha el motor, Cage no podía dejar de repetir en su cabeza aquellas palabras «Es una mujer encantadora». Sí, una mujer encantadora que lo estaba volviendo loco, una mujer encantadora que, además, era médico. ¿Qué demonios le ocurría? Una investigación de la que no podía informar a la policía, una mujer a la que no quería desear y que no quería desearlo a él.

Cage se maldijo a sí mismo varias veces antes de parar en el aparcamiento de un supermercado, sacar el teléfono móvil y marcar un número que ya se había aprendido de memoria.

—Maldita sea, Dixon. Sé que está ahí. Tengo su dirección y estaré ahí en diez minutos, con la policía, si no responde ahora mismo.

Ripley esperó el gesto de Rico indicándole que Cage se había marchado, antes de salir de su coche. En realidad le había gustado que la siguiera, aunque también la intranquilizaba porque no sabía qué significaba. ¿Seguiría pensando que estaba implicada en los asesinatos? ¿La habría seguido con la esperanza de que fuera a reunirse con un cómplice? ¿O estaría intentando protegerla mejor de lo que lo había hecho con Heather?

Si se había unido al Servicio de Protección Radiológica con la intención de salvar a su mujer una y otra vez, parecía lógico pensar que a ella la protegía por la misma razón.

—Me llamo Ripley —susurró mientras subía los escalones de la enorme puerta de

entrada—. Ripley. Ni Heather, ni Caroline. Ripley —repitió aquello a modo de mantra antes de enfrentarse a su padre y volver a perder el equilibrio automáticamente.

—Caroline.

—Padre —no hubo abrazos ni besos, sólo la conciencia de que le había vuelto a fallar.

—¿Qué es eso que he oído de que ha habido otra muerte inesperada en tu departamento? Francamente, Caroline, eso no da una imagen muy profesional de tu departamento. Y podría afectar a las posibilidades del Boston General en la votación de la semana que viene. Leo está muy preocupado.

—Tiene motivos para estarlo —respondió tajantemente y después respiró hondo. Necesitaba contárselo a alguien, ya no podía apoyarse en Cage por mucho que le doliera. Se lo contaría a su padre, quizá esa vez se pusiera de su lado—. Janice Cooper no era la segunda muerta, padre, era la sexta. Alguien está matando a mis pacientes con una combinación de radiactividad y adrenalina. Y quienquiera que sea me quiere muerta. Pero Gabney quiere escurrir el bulto hasta después de la votación. Dice que lo hemos inventado todo.

Durante una décima de segundo, el rostro de Howard no fue el de siempre. Por un momento parecía triste, vulnerable, preocupado... todo lo que Ripley había deseado ver en su padre durante tanto tiempo. Después se aclaró la garganta y fue como si ese momento nunca hubiera existido.

—Ya conozco esa historia —gruñó, frunciendo el ceño—. Recuerda que tengo fuentes de información. A mí me parece que tú alteraste los archivos del departamento para encubrir la desaparición de cierto material radiactivo y te has inventado esa ridiculez para ocultar la verdad; es decir que no tienes la menor idea de por qué están muriendo tus pacientes.

Sus palabras se le clavaron como un puñal. Así era cómo iba a retorcer la historia el director. Se sentía estúpida por haber creído que su padre se pondría de su parte.

—Siento mucho que pienses eso, padre —dijo, haciendo un esfuerzo por no darle la satisfacción de verla llorar—. Había pensado quedarme aquí esta noche, pero está claro que no es buena idea. Voy a buscar un par de cosas en mi antiguo dormitorio y me iré a un hotel.

Había empezado a subir las escaleras cuando su voz la detuvo.

—Caroline —parecía que le temblaba la voz, pero ella no se volvió—. Te quedarás aquí. Y... por si hubiera algún peligro, Leo y yo hemos decidido que será mejor cerrar tu departamento después de la votación del premio. Comenzarás a trabajar en mi clínica a principios del mes que viene. No en la Unidad de Oncología, por supuesto, pero estoy seguro de que la medicina general te parecerá igual de gratificante.

Entonces sí se giró a mirarlo y se quedó petrificada al ver la expresión cercana a la súplica que había en el rostro de su padre. Quería que dejara de trabajar en el

departamento, siempre lo había sabido. Pero había algo más.

Claro, ahora lo comprendía todo. Gabney la creía. Sabía que había un asesino en la Unidad de Oncología y había decidido cerrar el departamento en lugar de abrir una investigación. «Qué desgraciado».

—Ya entiendo —le dijo a su padre en tono desafiante, al tiempo que volvía a acercarse a él—. Ha decidido dejar escapar al asesino. ¿Y qué pasa con mis pacientes? ¿Qué pasará con los próximos pacientes? ¿Es que a ti tampoco te importa, padre?

Howard palideció hasta que su piel adquirió un color casi gris. Se llevó una mano al brazo izquierdo justo en el momento en que se oyó a lo lejos un timbre, pero Ripley estaba demasiado enojada para reparar en ello. Bajó otro escalón hasta quedarse casi a su altura.

—¿Es que yo no te importo?

Su padre retrocedió como si le hubieran dado una bofetada, pero no contestó.

—La cena es dentro de una hora —anunció, con la voz ahora ostensiblemente quebrada—. Espero que te vistas adecuadamente.

El ruido que hizo la puerta de su despacho al cerrarse, ahogó el sonido del único sollozo que se le escapó a Ripley. Corrió escaleras arriba a refugiarse en la habitación en la que había crecido.

El color naranja de las paredes le llevó a la memoria la cara de su madre cuando ella escogió la pintura y añoró aquella época, cuando sus padres al menos compartían el mismo dormitorio. Su madre y ella habían estado muy unidas, pero el tiempo y la distancia habían debilitado el vínculo.

Una lágrima le recorrió el rostro y Ripley maldijo, pues sabía que lloraba por Cage, por sus padres y por sí misma. Al menos ahora estaba segura de que su padre sabía que estaba en peligro, aunque había elegido meter la cabeza bajo la tierra como un avestruz y esperar a que el peligro se fuera, igual que había hecho su esposa.

Sin embargo, Cage ni siquiera la creía.

—No vas a llorar por él —se dijo a sí misma, a pesar de que ya lo estaba haciendo—. No se lo merece. Hace ya mucho tiempo que sabes que el amor no triunfa nunca. Los médicos no pueden tener relaciones.

Iba a darle una buena lección, decidió Ripley mientras pensaba en los detalles de una idea que la hizo sentir un poco menos de autocompasión. Les iba a dar una lección a los dos, a su padre y a Cage. Iba a encontrar la solución a aquel problema y, si hacía falta, haría que cerraran el Boston General, todo con tal de proteger a sus pacientes. Rebuscó entre las revistas médicas que había acumulado durante la adolescencia y encontró una vieja agenda telefónica que abrió por la letra D. Allí estaba, el número de George Dixon.

Si alguien sabía qué estaba sucediendo en el Servicio de Protección Radiológica, ése era Dixon. Sabía que había estado evitando a Cage, pero ella tenía un arma que

Cage no tenía.

Ella tenía pechos.

Sacó el teléfono móvil y vio que la habían llamado Tansy y Cage; prometió llamar a su amiga más tarde y borró el mensaje de Cage, sin escucharlo siquiera. Nada que él pudiera decirle podría interesarle en ese momento. Ni siquiera si pretendía disculparse y pedirle perdón. Ripley no creía en las segundas oportunidades. Su madre le había dado a su padre cientos de ellas y él las había desperdiciado todas llegando tarde a casa o no llegando. Ella no tenía la menor intención de seguir los pasos familiares, por mucho que la idea de no volver a ver a Cage le rompiera el corazón. Iba a salir de aquello sola. Como siempre había hecho.

Marcó el número esperando que Dixon no se hubiera mudado después de abandonar el hospital. Lo dejó sonar y, cuando contestaron, puso la voz más sexy que pudo impostar:

—Hola, George. ¿Qué tal estás? Como hace tanto tiempo que no nos vemos, me preguntaba sí...

—¿Quién es? —parecía agobiado y bastante enfadado, pero al menos había contestado.

—Soy Ripley Davis, del Boston General —dijo con su voz habitual—. No se atreva a colgar.

—Ah, eres tú. ¿Qué quieres? —hizo una pausa, tras la cual, el enfado se había convertido en curiosidad—. Déjame adivinar, quieres saber algo del material radiactivo que encontré en ese cuarto. Igual que ese cretino que no deja de llamarme.

¿Cretino? Ah, debía de ser Cage. En sus labios apareció una ligera sonrisa.

—¿Qué me dices, George? ¿No quieres que charlemos un rato? Por los viejos tiempos.

—Tendrás que pagarme.

—¿Cuánto? —repasó el estado de sus cuentas bancadas en una décima de segundo.

—Dos copas y tres bailes... lentos.

—Está bien —accedió, deseando que le hubiera pedido dinero—. Pero si tu lengua roza siquiera cualquier parte de mi cuerpo, se acabó el trato. En serio, George.

Dixon se echó a reír y la citó en una hora en uno de los peores antros de los alrededores del hospital.

—Y ponte guapa —añadió, justo antes de colgar, como si se hubiera propuesto darle aún más asco.

Ripley se repitió una y otra vez que «el Pulpo», como llamaban a Dixon en el Boston General, era su única oportunidad para averiguar algo más sobre la radiactividad. No podía hacer otra cosa, su padre ya le había dejado claro cuáles eran sus prioridades y las de Leo.

Y Cage... bueno, a Cage ya no le podía volver a pedir ayuda.

Su mente la traicionó recordándole con qué ternura le había hecho el amor esa misma mañana, pero después recordó también el brillo acusador de sus ojos. Ni siquiera se había dignado a darle una oportunidad.

Cuando terminó de cambiarse de ropa, se miró unos segundos al espejo. Había elegido una minifalda vaquera que llevaba guardada en ese armario desde el instituto, una camisa ajustada y unos zapatos planos, por si tenía que salir corriendo. Aquel pensamiento la hizo sentarse en la cama y ponerse las manos en la cara.

¿Qué demonios estaba haciendo? Alguien estaba tratando de matarla y ella se iba a una discoteca vestida como una prostituta. ¿Qué había sido de las noches tranquilas en las que hablaba con su gato y veía documentales de animales en la televisión? ¿Y por qué, de pronto, esas noches le parecían tan solitarias? La imagen de un hombre de pelo oscuro aparecía una y otra vez en su mente llenándola de rabia y de deseo al tiempo.

¿Por qué no podía decir «Bueno, ha estado muy bien» y continuar con su vida, como había hecho muchas otras veces? Cage era un tipo muy complicado; seguía amando a su mujer y, después de tantos años, continuaba empeñado en vengar su muerte. Ripley no quería un guerrero conflictivo en su vida. En realidad no quería ningún hombre en su vida. ¿Entonces por qué no podía dejar de pensar en él?

«El amor es un mito», se recordó a sí misma, «una debilidad».

El sonido del viejo reloj de pared de su abuelo la sacó de sus pensamientos. Tenía que marcharse. Pero antes debía hacer otra cosa. Sacó el teléfono móvil del bolso y marcó un número al que no solía llamar. Estaba a punto de colgar cuando contestaron.

—¿Sí?

Aquella voz tan familiar la obligó a tragar saliva e intentar deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Madre? —le salió una voz aguda y forzada, así que probó de nuevo—: Madre, soy Ripley. Tengo que pedirte una cosa.

Capítulo 10

Aunque nunca había visto a aquel tipo, Cage reconoció, inmediatamente, a Dixon gracias a las nada agradables descripciones que le habían dado algunos empleados del hospital. Era un hombre con poco pelo, nulo sentido del gusto y una clara afición por las bebidas alcohólicas de color rosa; en resumen, no parecía ser la fuente de información más prometedora del mundo, pero Cage estaba demasiado desesperado para ponerse exigente.

Después de comprobar que Ripley quedaba a salvo en casa de su padre, había vuelto al hospital a leer los informes que ella había conseguido utilizando el nombre de su padre, pero no había descubierto nada. Había vuelto a inspeccionar el cuarto de los productos de limpieza, donde Ripley y él habían dejado tal jaleo, que habían arruinado cualquier pista que pudiera explicar dónde había estado la radiactividad, o cómo habían caído los dos productos de limpieza para mezclarse de modo tan letal. Tampoco las muestras de adrenalina ni el cuerpo de Janice Cooper habían aportado nada, excepto más dudas. Había dejado la vía intravenosa a buen recaudo, pero sin la ayuda de la policía, las huellas dactilares no servían de nada.

Entonces había ocurrido lo que ya había creído imposible; Dixon lo había llamado por teléfono para citarlo en un antro de mala muerte cerca del hospital. No era el tipo de local que Cage habría elegido, pero a esas alturas, habría caminado sobre cristales rotos si eso lo hubiera ayudado a resolver el misterio y mantener a Ripley con vida.

Atravesó la pista de baile y llegó a la barra, donde Dixon se encontraba en su ambiente.

—El señor Cage, supongo —lo saludó, alzando su copa.

—Dixon —se sentó en un taburete y pidió una cerveza que no tenía la intención de beberse—. Bonito lugar.

—Es mi preferido. ¿Ha traído el dinero?

—Sí —obedeciendo a su reputación, Dixon había fingido sufrir amnesia hasta que Cage había comprendido su estrategia y le había ofrecido dinero. Los tipos como él arruinaban el buen nombre del Servicio de Protección Radiológica, pensó mientras le pasaba el sobre.

Claro que tampoco él era ningún santo; había descuidado a su esposa, no había conseguido castigar a sus asesinos y, ahora que tenía la oportunidad de limpiar el Boston General, ¿qué había hecho? Se había acostado con una de las doctoras y después no había confiado en su inocencia. Si lo hubiera pensado tan sólo un minuto, se habría dado cuenta de que Ripley no habría sido capaz de manipular los informes,

pero no lo había hecho y ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse. La había acusado como habría hecho su padre.

No le gustaba nada parecerse a Howard Davis, pero la similitud era evidente. Tendría suerte si se dignaba a volver a dirigirle la palabra.

—Y aquí está la última invitada a nuestra pequeña fiesta —anunció Dixon.

Cage levantó la vista y se quedó boquiabierto. Se le aceleró el pulso y hasta le pareció oír cómo se le quebraba el corazón.

Ripley se hizo paso entre los bailarines. Llevaba un top muy estrecho que le marcaba los pechos de manera más que elocuente y una minifalda que dejaba ver sus esbeltas piernas. Primero la sorpresa, después unos celos incomprensibles al ver cómo la miraban los hombres de la pista de baile, se apoderaron de Cage.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo aquí? —le preguntó al oído agarrándola del brazo.

—¡Cage! —exclamó perpleja, pero en seguida reaccionó con la ferocidad de la mujer fuerte y testaruda que era—. Parece que lo mismo que tú —respondió mirando a Dixon y después otra vez a él.

—Sí, bueno, pero yo llevo algo de ropa —Cage se quitó la chaqueta y se la echó por encima—. Se suponía que estabas en casa de tu padre, sana y salva —¿por qué diablos no lo habría llamado el guardia de seguridad para decirle que se había marchado?

Ripley se sentó en el taburete con la chaqueta abierta y, al hacerlo, dejó que la minifalda se le subiera como para decirle a Cage: «muérete de rabia y déjame en paz». Él la miró sin saber qué le apetecía más si pelearse con ella o besarla.

—Muy bien. Parece que ya os conocéis —dijo Dixon, con una rastrera sonrisa en los labios—. Perdonadme por haberos citado al mismo tiempo, me temo que estoy muy ocupado.

Cage siguió mirando a Ripley, que siguió sin hacerle el menor caso y pidió una cerveza y otra bebida rosa con dos sombrillas para Dixon.

Debería haber supuesto que los dos pensarían lo mismo y, desde luego, que ella tendría más fortuna a la hora de conseguir hablar con Dixon. Él era su única oportunidad para conseguir información. A no ser, claro, que fuera el asesino. Pero no era probable porque, después de dejar el hospital, cualquiera lo habría reconocido si lo hubieran visto en la habitación de Ida Mae o de Janice Cooper.

—Aquí tiene su bebida —dijo Ripley dándole la copa—. Ahora cuéntame todo lo que recuerdes del material radiactivo que encontrarse en el cuarto de la limpieza.

—Yo también me alegro de verla, doctora Rip —respondió Dixon, irónicamente mientras su mirada se paseaba por el cuerpo de Ripley sin disimularlo siquiera—. ¿Cómo van las cosas en el departamento? He oído que Tansy Whitmore ya no sale con Metcalf. Es una lástima, tendré que llamarla para consolarla.

—Dixon —lo interrumpió Cage, furibundo—. Háblanos del material radiactivo.

El otro se echó a reír y después se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar. Yo tenía un... una cita con la enfermera O'Connell ese día; estaba esperándola en el cuarto de la limpieza cuando se fue la luz.

—Está claro que ese cuarto ha visto de todo —murmuró Ripley haciendo que Cage resoplara, pues no le gustaba la idea de haber seguido los pasos de Dixon. Después se preguntó cuántos más tendrían copias de la llave.

Y quién habría perdido la suya.

—A ella le gustaba que yo le pasara el detector Géiser por...

—¡George! —protestó Ripley.

—¿Sí, doctora?

—Ahórranos los detalles y continúa.

—Por supuesto, doctora —Dixon retiró las sombrillas de la copa, las chupó y las dejó en la barra antes de proseguir—. Como ya he dicho, estaba esperando a la enfermera O'Connell. Encendí el Géiser para que... se calentara antes de que ella llegara. Imagina mi sorpresa cuando empezó a pitar —sinceramente, Cage no quería imaginar nada relacionado con aquel gusano humano, pero prefirió no decírselo—. Encendí las luces e inspeccioné toda la habitación, pensando que alguien habría dejado por error alguna bata de laboratorio contaminada. Sin embargo, lo que encontré fue un frasco escondido detrás de la cera para el suelo. Estaba lleno hasta arriba de un líquido de color marrón claro que casi hace estallar el detector.

—Marrón —repitió Cage, mientras Dixon se bebía la mitad de la copa de un solo trago—. ¿Qué material es de color marrón?

—Ninguno —respondió Ripley—. Pero la mayoría vienen teñidos de rojo y de verde, dependiendo de la fuerza y de los isótopos. Pon los dos colores juntos y ya está: marrón.

Cage ya lo sabía, era jefe del Servicio de Protección Radiológica, por amor de Dios. Pero no tenía ningún sentido.

—Pero ¿para qué iban a poner dos materiales juntos? ¿Como si fuera un frasco de deshecho?

—Eso pensé yo —asintió Dixon, después de eructar—. Parecía como si alguien hubiera apurado varios frascos de desecho.

—Dios mío —por eso a Whistler le estaba resultando tan difícil identificar los isótopos que habían contaminado los cuerpos. Era una mezcla. ¿Cómo no se le había ocurrido? Porque había dado por hecho que el material radiactivo procedía de algún médico; pero los desechos pasaban por muchas manos—. ¿Qué departamento se encargaba de supervisar los residuos esa semana? —preguntó Cage aferrándose a la pista.

—Ni idea. Nunca se me ocurrió mirar —admitió Dixon, tranquilamente.

Si había algo peor que un mal médico, era un jefe de seguridad negligente. Cage

sintió cómo la ira se apoderaba de él y trató de controlarse. ¿Estaría tratando de obstaculizar la investigación o de verdad era tan mal profesional?

—¿Y por qué demonios no lo hizo? ¿Acaso no se le pasó por la cabeza que un frasco de residuos nucleares podría ser un problema?

Ripley le hizo una seña al camarero para que sirviera otro cóctel rosa y otra a Cage para que se calmara.

—Estoy segura de que George lo hizo lo mejor que pudo —opinó en tono conciliador.

Dixon asintió.

—Salí corriendo de allí y me choqué con un grupo de gente. Puede que se lo contara, no recuerdo. Fui a buscar trajes de protección, pero cuando volví el frasco había desaparecido.

—¿Y no volvió a verlo? —preguntó Ripley, acercándole la copa.

Esa vez se la bebió sin siquiera quitarle las sombrillas.

—No. Dos días después, Gabney me ofreció la posibilidad de dimitir y recibir una indemnización, si no me despediría y no me llevaría nada. Así que dimití.

—¿Y no se molestó en negociar? ¿No le contó a nadie lo que había encontrado? —preguntó Cage, con cierta incredulidad.

—Tengo un hijo, vive con su madre, pero sigue siendo mi hijo. ¿Qué pasará con él si no consigo otro empleo? No merece la pena. Ese tipo de cruzadas son para los que no tienen nada que perder —añadió agarrando su abrigo.

—¿Te marchas? —preguntó Ripley, sorprendida.

—Sí. Tendremos que dejar los bailes para otro momento, doctora. O puedes bailar con Cage. Yo ya he tenido bastantes emociones por hoy y, francamente, no creo que sea bueno para mi carrera que me vean con vosotros dos.

—Sólo una cosa más, Dixon —lo interrumpió Cage—. ¿Quién estaba en el pasillo cuando salió corriendo del cuarto?

—Unos cuantos técnicos de radiología que habían estado inspeccionando el departamento y un par de enfermeras. Puede que hubiera también uno o dos civiles.

—¿Qué enfermeras? —Cage se inclinó impaciente. Alguien se había llevado el frasco mientras Dixon había ido a buscar a Leo.

—No estoy seguro. Seguramente serían mayores porque no me molesté en mirarlas. Así que no eran guapas. Una era negra y la otra era bajita, no creo que las reconociera si tropezara con ellas.

Cage consideró la idea de seguir preguntándole, pero era obvio que tenía prisa por marcharse y no creía que fuera a decirles nada más.

—Llámeme si recuerda algo —le pidió, dándole su tarjeta—. Como los nombres de esas enfermeras o cualquier otra cosa que considere importante. ¿De acuerdo?

—Como quiera. Hasta pronto, doctora —se despidió, guiñándole un ojo—. Espero que no te molestes por que no hayamos bailado —y se marchó dejándolos solos.

—Maldita sea —protestó Ripley, tirando de la falda que insistía en subírsele una y otra vez—. Quería preguntarle por Whistler.

Cage volvió a sentarse a su lado.

—¿Por qué tendría tanta prisa por marcharse? ¿Crees que sabe algo más sobre tus pacientes?

—Lo dudo —Ripley se puso en pie, se quitó la chaqueta y se la devolvió sin mirarlo siquiera una vez a los ojos.

¿Seguiría enfadada con él por haber desconfiado de ella? Quizá estuviera preocupada o asustada. En lugar de agarrar la chaqueta, Cage le puso un dedo en la barbilla y le levantó la cara.

—Ripley, mírame.

Había dolor en sus ojos, y cansancio. Aquellos ojos lo atraían hasta hacerlo ahogarse en sus profundidades y desear poder prometerle algo, cualquier cosa. Quería decirle que la protegería, que no le haría daño.

Pero habría sido mentirle.

—Tengo que irme, Cage.

—Ripley, siento mucho lo que hice esta mañana —deseó que supiera que no decía aquellas palabras con mucha frecuencia.

Ella se detuvo, pero no se volvió a mirarlo.

—Debería haberte llevado los informes para estudiarlos juntos y buscar la solución entre los dos. Lo siento. La única excusa que tengo es que llevo mucho tiempo solo. No estoy acostumbrado a que haya alguien de mi lado.

Entonces sí se volvió, pero seguía sin adivinar el significado de su mirada.

—Yo también lo siento, Cage. Sé que sólo estás tratando de hacer tu trabajo. Yo deseo resolver todo esto tanto como tú, pero mis pacientes están muriendo.

—Y tu reputación está en el punto de mira —añadió sin pensar.

—No, Cage —lo contradijo, tajantemente—. Ahora mismo sólo me importan mis pacientes. Nada más. Siento mucho que sigas sin ver la diferencia que hay entre un buen médico y uno malo pero, sinceramente, estoy harta de repetir esta discusión una y otra vez. Buenas noches.

Cage la agarró del brazo antes de que pudiera marcharse.

—Lo siento. Hay algo en ti que me hace decir cosas terribles. Sé cuánto te importan tus pacientes. Maldita sea, te he visto con Milo —la soltó y se pasó una mano por la cara, deseando poder explicar lo que sentía, pero seguía habiendo demasiadas barreras, demasiado muros que traspasar. Así que terminó con algo

sencillo—: Sé que eres una buena profesional.

Pero resultó ser un comienzo.

—¿Eso quiere decir que quieres una tregua?

Sí, claro que quería una tregua. Quería estar con ella... para siempre. «¡No!» ¿Dónde tenía la cabeza? Seguramente era el efecto de la música melosa que estaba sonando y de sus esbeltas piernas.

—Claro —ya había sido un mal marido, no podía hacerle eso a otra mujer, especialmente a una que le importaba tanto—. ¿Podrías empezar la tregua llevándome a casa? He venido caminando.

Sus labios esbozaron una sonrisa, aunque sus ojos seguían sombríos.

—Muy bien.

La siguió hasta la calle, sin poder dejar de mirar sus piernas y de sentir cómo se le ponían de punta los pelos de la nuca. Como si trataran de hacerle prestar atención, como si hubiera alguien observándolos... O esperando.

Había parado de llover. Iba a sólo unos pasos de Ripley cuando oyó el ruido de un coche y vio una luz acercándose demasiado rápido.

—¡Ripley, cuidado!

Una moto torció la esquina y se dirigió hacia ella. Cage sólo tuvo tiempo de agarrar a Ripley de la cintura antes de que la moto pasara rozándolos. El conductor cambió de marchas haciendo rugir el motor y un segundo después había desaparecido y ellos estaban allí, empapados por el agua acumulada en la alcantarilla donde habían aterrizado. La calle se quedó tranquila, como si no hubiera sucedido nada.

Ripley había estado en peligro una vez más y él había estado a punto de llegar tarde. La rabia y el shock eran tan fuertes, que ni siquiera se dio cuenta del dolor del hombro hasta que vio que estaba inmóvil en el suelo.

—¡Cage! ¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Consiguió ponerse en pie apoyándose en uno de los coches aparcados.

—Estoy bien —mintió, perfectamente consciente de la punzada que le recorría el brazo—. ¿Tú estás bien?

—Sí —se había raspado las rodillas pero, aparte de eso, parecía ilesa.

Cage sintió el impulso de abrazarla y besarla para demostrarse que seguían vivos. Pero él mismo había renunciado a ese derecho con su actitud.

—Acaban de intentar matarnos —afirmó, con aparente tranquilidad, aunque la palidez de su rostro demostraba que no era calma, precisamente, lo que sentía.

—Sí. Vamos, será mejor que nos vayamos de aquí antes de que vuelvan.

—También podríamos llamar a la policía —sugirió ella, sin demasiada convicción.

—Podríamos, pero Gabney y tu padre lo negarían todo y pareceríamos unos

locos, como tú misma dijiste —la impotencia lo desgarraba por dentro. Otra vez el sistema era el que fallaba.

—Tienes razón —dijo, resoplando—. Vámonos.

Fueron en silencio hasta el edificio de Cage, un edificio preñado de dolor y frustración sexual.

—¿Por qué no subes y te quedas a dormir? —le ofreció Cage en cuanto se detuvieron frente al bloque de apartamentos—. Hay una habitación de invitados y yo me sentiría mejor sabiendo que estamos los dos a salvo en el último piso, protegidos por un férreo sistema de seguridad.

Ripley miró por la ventana y Cage deseó poder leer sus pensamientos. Le habría gustado saber qué era lo que sentía y qué sentía él también.

—No, gracias —respondió por fin—. En la mansión de mi padre también estaré bien.

—Ripley, no quería...

—Tranquilo, Cage —dijo, con una tranquilidad que lo dejó en silencio inmediatamente. Y casi lo agradeció porque no estaba seguro de qué había estado a punto de decir—. No puedo hacerlo. Fue un error intentarlo siquiera. Tú aún estás luchando por superar la muerte de tu esposa y yo... yo no quiero complicaciones. ¿Comprendes?

—Ripley, Heather se fue hace ya mucho. Me dedico a esto por cómo murió, no porque siga amándola —al mismo tiempo que lo decía, se dio cuenta de que era cierto. Los recuerdos de su esposa se habían ido borrando con el tiempo, incluso el sentimiento de culpabilidad se había mitigado, permitiéndole ver la relación como realmente había sido, sin idealizarla.

Él no había sido el marido perfecto, pero tampoco Heather había sido perfecta. O quizá había sido la unión de ambos lo que había estado destinado a fracasar desde el principio. Seguramente, nunca la había amado lo bastante.

—No tengo muchas esperanzas en el amor —admitió Ripley, con la mirada perdida en la calle, donde llovía de nuevo—. Y estoy muy cansada de hablar. Estaré bien en casa de mi padre y mañana volveremos a reunirnos con Gabney. Después de lo de la moto y de la prueba que hemos conseguido hoy, tendrá que llamar a la policía —sintió un escalofrío a pesar del calor que hacía dentro del coche.

—¿Y dónde nos deja todo eso? —preguntó Cage, sin saber qué quería oír como respuesta, sólo sabía que no quería subir a casa solo.

—Cuando todo esto acabe, tú te marcharás a otro hospital para seguir salvando al mundo de más médicos malvados. ¿No es así?

No hizo falta que respondiera, ella sabía la respuesta.

—Claro. ¿Dónde nos deja esto entonces? Tendremos un bonito recuerdo sin posibilidad de futuro. Así que no lo hagamos más difícil de lo que ya es. ¿Te parece?

—Tienes razón. No me gusta, pero sé que tienes razón —estaba profundamente decepcionado, aunque era consciente de que jamás podría darle lo que ella necesitaba. Sacó una de sus tarjetas y apuntó unos números antes de dársela—. Ten, mi número de móvil está aquí y el código de seguridad de mi casa es esto que he apuntado por detrás. Le daré tu nombre al portero. Si necesitas cualquier cosa, llámame. Y si buscas un lugar seguro, prométeme que vendrás.

Sus miradas se unieron intensamente.

—Está bien. El término seguro está empezando a resultarme bastante relativo. Ah, gracias por empujarme a la alcantarilla. Algún día te devolveré el favor —prometió, acariciándole la mejilla justo antes de que él se bajara del coche.

Aún se agachó a decirle una cosa más:

—Por favor, por favor, ten cuidado —cerró la puerta y la miró alejarse mientras deseaba que todo fuera diferente entre ellos. Que él mismo fuera diferente.

Se quedó allí varios minutos para asegurarse de que no la seguía ninguna moto. La calle estaba desierta, pero seguía teniendo el vello de la nuca de punta. Había alguien cerca. Esperando.

Lo primero que oyó al entrar en casa de su padre fue una voz grave:

—Caroline Ripley Davis, ¿dónde demonios has estado? —su padre estaba en el vestíbulo y parecía... preocupado.

El miedo que la había acompañado en el trayecto hacia la casa, fue reemplazado por una extraña sensación de tranquilidad. Howard se había preocupado por ella, quizá había pensado que estaba en peligro.

—He... salido. Siento mucho si...

La interrumpió un rápido gesto y después el modo en que la miró de arriba abajo.

—Te has perdido la cena... ¿Qué es eso que llevas puesto? ¿Te ha visto alguien así?

Otra vez volvía a ofenderla. No se había preocupado por ella, sino por sí mismo, como siempre.

—Sí, he estado en un lugar público así vestida —respondió, tan escuetamente como pudo—. Y no, no me duelen mucho las rodillas, gracias por preguntar —el orgullo le impedía cojear y la terquedad le impedía llorar. Debería haberse quedado con Cage, quizá así su padre se hubiera preocupado. Claro que seguramente no—. Me voy a dar una ducha y a dormir —dijo, subiendo el primer escalón.

—¡Caroline, baja aquí ahora mismo! Tenemos que hablar de tu trabajo en la clínica y hay que ver cómo evitar una demanda por los casos de Harris y Cooper. Una demanda por negligencia no sería nada buena para los Davis.

Quizá era la presión y el cansancio, o quizá se trataba del último insulto de una serie interminable. O quizá fuera la fuerza que le había dado mantenerse firme con Cage. Fuera por lo que fuera, Ripley sintió cómo la ira se hacía con el control de su

cuerpo y de su mente y decidió no frenar una emoción que siempre había considerado infantil.

—No, padre. No vamos a hablar de nada, nunca lo hacemos. Tú decides y yo escucho, y eso no es hablar.

—Bueno, Caroline. Ya veo que no estás dispuesta a ser razonable. Ya hablaremos en otro momento.

—¡No te atrevas a marcharte, padre! —le gritó Ripley, y tuvo el placer de verlo mirarla con los ojos abiertos de par en par—. Si te vas, yo me iré de esta casa y no volveré jamás. Puede que no creas que esté en peligro, pero es cierto. O empiezas a escuchar lo que digo, o me voy. ¿Comprendes lo que te estoy diciendo?

Howard frunció el ceño.

—Caroline, de verdad...

—¡Me llamo Ripley!

En mitad de un silencio ensordecedor, Ripley oyó un ruido que los hizo mirar a una puerta lateral. Y se quedó helada.

La esbelta mujer morena, se pasó una mano por el cabello mientras con la otra sujetaba una enorme bolsa de golf.

—No habré llegado demasiado pronto, ¿verdad?

Ripley se vio sacudida por un intenso dolor de cabeza, que la hizo cerrar los ojos y volver a lamentar no haber aceptado la invitación de Cage. La idea de mirar al techo de su habitación de invitados, mientras recordaba todas y cada una de sus caricias era más apetecible que aquella situación.

Pero cuando abrió los ojos, seguía en la escalera de mármol de la mansión de su padre y Eleanor Caroline Davis seguía en el vestíbulo. Su padre se había quedado petrificado y con la boca abierta, así que Ripley habló por él.

—Hola, madre. Bienvenida a casa.

Capítulo 11

Una hora y varias aspirinas después, Ripley todavía no había conseguido acostarse, aunque su padre había desaparecido inmediatamente después de la reunión familiar del vestíbulo. Ella se sentía vacía, seguramente por los altibajos que habían sufrido sus emociones en los últimos días. Se sentía vacía y sola.

—Cuéntame algo de ese hombre que mencionaste por teléfono —con su pijama de seda blanca, la madre de Ripley era la personificación de la elegancia.

—Ya no importa —intentó encontrar una postura cómoda en el sofá, pero cada vez le dolían más las rodillas—. En realidad ni siquiera sé muy bien por qué te llamé —probablemente porque quería comprender por qué dos personas no podían ser felices juntas para siempre y había pensado que quizá su madre lo supiera.

—Supongo que merezco esa respuesta —susurró Eleanor, con gesto apesadumbrado.

—No pretendía ofenderte —aseguró Ripley tomándole la mano—. Lo que quiero decir es que no es tan importante como para hacerte tomar un avión en medio de un torneo —lo cual había sido una sorpresa, para la que ni ella ni su padre habían estado preparados—. De todas maneras, lo que había entre Cage y yo ha acabado. Hemos decidido que lo mejor es que mantengamos una relación profesional y nada más.

Sin embargo, todavía le hormigueaba la piel que él había acariciado y sentía el sabor de su boca en los labios.

—¿Y ese problema del hospital del que me hablaste? Supongo que será eso lo que tiene a Howard tan alterado.

No era la primera vez que Ripley se preguntaba por la relación que había entre sus padres. No se apreciaba ningún enfado en la voz de su madre, sólo tolerancia y quizá algo más. Algo que Ripley no había percibido cuando era niña.

—Ahí sigue —admitió Ripley—. Pero no quiero que intervengáis ni papá ni tú. Yo me las arreglaré sola.

Por acuerdo tácito, ni Howard ni ella le habían dado demasiados detalles a su madre. Probablemente era la primera vez que Ripley recordaba haber trabajado con su padre; el caso era que ninguno de los dos quería que Eleanor se acercara siquiera al Boston General. Ripley quería mantenerla a salvo y su padre quería mantenerla lejos, o al menos así era como ella había interpretado el frío silencio y la pronta desaparición de Howard.

—¿Estás segura? —la dulzura de su madre actuó como un bálsamo para Ripley—. Sé que llevo muchos años alejada, pero no soy tonta. Si tienes algún problema,

deja que Howard te ayude. Sé que a veces puede ser un poco torpe, pero sólo quiere arreglar las cosas porque te quiere.

—No. Lo que quiere es que no lo deje en mal lugar. No trates de interceder, madre. Ya me sé la canción.

En lugar de responder, Eleanor se quedó mirándola largo rato, hasta que la hizo sentir incómoda.

—He estado lejos demasiado tiempo, Ripley, y lo siento. Pensé que lo comprendías.

¿Qué había que comprender? Howard era un tirano y su mujer había preferido viajar por el mundo jugando al golf antes que seguir a su lado. Eso era todo y era todo lo que Ripley quería que fuese, porque si existían otros factores, quizá tendría que reconsiderar el concepto que tenía de las relaciones. Del amor. Y de ser vulnerable a un hombre como Cage.

De pronto ya no podía seguir allí sentada por más tiempo, así que se puso en pie con gran dolor y miró la pantalla de su busca, aunque sabía que no había sonado.

—Lo comprendo, madre. Ahora tengo que marcharme, ¿estarás aquí mañana?

—Sí, aquí estaré —respondió con resignación—. Quizá entonces quieras hablar.

—Sí —asintió, aunque estaba segura de que su madre ya habría oído antes cualquier cosa que ella pudiera decirle—. Hablaremos mañana.

Ya en su dormitorio, se puso los pantalones con cuidado de no rozarse las rodillas y una sudadera. Al salir por la puerta lateral, para no tener que pasar por delante del despacho de su padre, Ripley creyó oír voces en la sala de billar; seguramente su madre había encendido la televisión pequeña.

La otra alternativa le resultaba demasiado increíble como para considerarla siquiera.

Una vez en la calle, se dio cuenta de que no había pensado adonde ir. Sólo sabía que tenía que salir de aquella casa. No podía ir a su apartamento porque el asesino ya la había llamado allí una vez y tampoco podía ir al de Tansy, pues estaba en un edificio sin protección alguna. Además, tenía la sensación de que su amiga tenía sus propios problemas.

Tuvo la sensación de que el coche se dirigía solo hacía la torre de apartamentos que había visitados unas horas antes. A pesar de eran casi las dos de la mañana, el guardia de seguridad del aparcamiento la dejó entrar sin ponerle ningún inconveniente, y el portero del edificio la saludó sonriente en cuanto le dijo quién era. El ascensor la llevó hasta el último piso y la dejó en un vestíbulo cubierto de moqueta.

Ya en la puerta del apartamento, Ripley se quedó paralizada preguntándose qué estaba haciendo allí. Le resultaba inimaginable que el tosco y directo jefe del Servicio de Protección Radiológica viviera en el ático de uno de los mejores edificios de la ciudad. Las paredes eran de mármol oscuro y todo el vestíbulo estaba lleno de plantas

que, a juzgar por su frondosidad, seguramente tendrían una persona encargada exclusivamente de cuidarlas. Era exactamente el tipo de vivienda que habría comprado su padre de vivir en el centro de la ciudad. Razón suficiente para marcharse.

Tenía el dedo en el botón de llamada del ascensor cuando oyó que se abría la puerta a su espalda.

—¿Ripley?

Y entonces dejó de parecerle extraño estar allí. Allí estaba él, sin camisa y con unos pantalones de deporte anchos y con aspecto de Cage. No parecía el multimillonario propietario de varios edificios, ni el hombre que había luchado y perdido contra el Albany Memorial. No parecía el joven pitcher que había visto en los recortes de prensa que le habían enseñado Milo y Liwy, ni el hombre que se había casado con una mujer llamada Heather.

No, aquel hombre de aspecto cansado y desaliñado no se parecía en nada a la persona que había sido en otro tiempo; se parecía al hombre que tan bien había llegado a conocer Ripley en tan poco tiempo. La piel morena de su pecho y la fuerza de sus músculos la hicieron pensar de pronto que podría confiar en él para que la protegiera de cualquier cosa. De todo.

—Cage —susurró y por primera vez, su nombre le pareció demasiado formal.

Y, como si hubiera sentido lo que pensaba, él dijo:

—Si quieres puedes llamarme Zachary, o Zach —se hizo a un lado y le tendió una mano—. ¿No vas a entrar?

Ripley siguió inmóvil, sabiendo que aquel paso era inevitable, pero al mismo tiempo consciente de que era la decisión más importante de su vida. Por fin entró en el apartamento y lo primero que pensó fue que Cage había compartido aquel lugar con su esposa. Él debió percibir su preocupación, porque la agarró del brazo y la llevó hasta el salón.

—Me he deshecho de la mayoría de las cosas de Heather y las que quedaban las metí en cajas. No hay muchas cosas, sólo un par de muebles y algunos trastos —hizo una pausa—. Pero no hay mucho del espíritu de Heather, ni del mío tampoco —Ripley pensó que no estaba hablando sólo del mobiliario.

Asintió mientras caminaba hasta el centro del amplio y elegante salón.

—Esta mañana me has hecho mucho daño, Cage. Deberías haber confiado en mí.

—Lo sé y lo siento mucho —admitió, con los ojos oscuros como el carbón—. Pero si me dieran la misma información de nuevo, probablemente volvería a actuar del mismo modo. Ripley, mi trabajo es defender a los pacientes.

—A eso lo llamo yo ser sincero —murmuró, acercándose a él para ponerle una mano en la mejilla—. Y te admiro por ello, aunque a veces me vuelva loca —le rozó los labios con los suyos y después sonrió—. Me vendría bien un amigo, Zach.

Con un profundo suspiro, Cage bajó la cabeza hasta apoyar la frente en la de ella.

—A mí tampoco me vendría nada mal —dijo, besándole la nariz—. Me alegro de que hayas venido. La habitación de invitados está a tu disposición.

Pero ella no quería la habitación de invitados. Lo quería a él, quería sentirse viva y segura a su lado, como si el resto del mundo no existiera. Le pasó los brazos alrededor de la cintura y se dio cuenta de que cuando intentó abrazarla, se le escapó un gesto de dolor.

—¿Qué te ha pasado en el hombro?

—Una vieja lesión que vuelve a dar guerra, eso es todo.

Ripley besó el lugar de dicha lesión, donde se podían ver las señales de varias operaciones.

—Pero me has salvado la vida.

—Más o menos —tenía la respiración entrecortada y más aún cuando ella volvió a besarle el pecho desnudo—. Ripley... lo de la habitación de invitados...

—¿Tú crees en el felices por un tiempo, Zach?

—¿En qué? —sintió cómo se le aceleraba el corazón y eso le valió como respuesta.

—Olvídalo. Y no te preocupes por lo de la habitación de invitados. Podemos compartir la tuya.

Como si hubiera estado esperando su permiso, la boca de Cage reclamó la suya y Ripley se sumergió en un beso apasionado con el que mandó a paseo al mundo entero. Ahora estaba en sus brazos y no le importaba nada más, ni siquiera si serían felices para siempre.

Ya era feliz ahora.

En la intensa oscuridad que precedía al amanecer, Cage se dio media vuelta sobre el hombro herido y gruñó de dolor. Entonces se dio cuenta de que no estaba solo en aquella enorme cama y volvió a tumbarse boca arriba para intentar organizar sus pensamientos.

Sólo veinticuatro horas antes, se había despertado abrazado a Ripley, después de una noche tan intensa que creía que todavía no había asimilado. Ahora volvían a estar juntos en la cama, pero no era lo mismo. Ella le daba la espalda, estaba acurrucada como un ovillo que la aislaba del mundo. Aunque habían hecho el amor durante la noche, ahora parecía tener la necesidad de almacenar las sensaciones para recordarlas una vez hubiera terminado todo.

Y pronto lo haría.

Ripley murmuró algo en sueños, se dio media vuelta y le puso la mano sobre el pecho con una aprobación que no era habitual en ella cuando estaba despierta. Él le apartó un mechón de pelo del rostro mientras se preguntaba qué pasaría con ellos cuando acabara todo aquello.

Del mismo modo que la muerte de Heather le había cambiado la vida, Cage se preguntaba si el empleo en el Boston General iría a dejarlo marcado para siempre. Y le daba miedo no tener la fuerza necesaria para volver a reconstruir su existencia una vez más. Abandonaría el Boston General en cuanto el Servicio de Protección Radiológica funcionara con normalidad, y buscaría otro centro en el que la vida de los pacientes estuviera en peligro.

Pero sabía que cuando se marchara, dejaría allí una parte de sí mismo.

Ripley protestó al sentir que él se levantaba de la cama, pero no llegó a despertarse. Cage se vistió en silencio y alivió un poco el sentimiento de culpabilidad dejándole una nota en la almohada en la que la citaba para desayunar juntos en el hospital. Sin embargo, mientras subía las escaleras del hospital todavía tenía la sensación de haber huido como un cobarde.

Ella merecía algo mejor, pero claro, ése precisamente era el motivo por el que trataba de no implicarse del todo en la relación. Ripley merecía un hombre que confiara en ella, la amara y la protegiera.

—¡Vaya, señor Cage! Llega usted muy pronto esta mañana.

Aquella voz femenina lo sacó de su estupor.

—Lo mismo podría decir yo, Belle —le respondió Cage a la voluntaria—. ¿Va a ver a Milo?

—Sí, ahora mismo iba para allá. Sus padres volvieron a faltar ayer, pobrecito mío. Pero está muy contento por lo del partido de hoy.

—¿Qué partido?

—Sí, el partido de béisbol en la cancha que les cede la organización benéfica —explicó sorprendida de que él no lo recordara—. Pensé que Milo había dicho que usted los acompañaría.

Cage recordó vagamente que el muchacho se lo había pedido, pero también recordaba haberle dicho que no; en ese momento no le había parecido importante. Y seguiría sin serlo a menos que...

—¿Irás la doctora Davis?

—¡Por supuesto! Es la animadora principal.

Y suponía que no habría manera de convencerla para que no asistiera, dado que quizá aquella fuera una de las últimas veces que vería a sus pacientes. Cage estaba seguro de que les resultaría muy difícil mantener abierto el departamento una vez que se hicieran públicos los asesinatos. Así que asintió.

—Sí, entonces iré al partido.

Hacía cinco años que no se había acercado siquiera a un campo de béisbol, desde que Heather lo había llamado aquel día para decirle que se encontraba mal y él le había pedido a los organizadores del evento que le tomaran el mensaje. Los remordimientos seguían atormentándolo. Si hubiera recibido antes el mensaje, si

hubiera llegado a casa más pronto... Heather seguiría muerta. Los médicos la habían desahuciado en el momento en que la habían puesto bajo aquel acelerador lineal y le habían dado una dosis letal de radiación.

—Milo se pondrá contentísimo —añadió Belle, alejándose antes de que Cage tuviera la oportunidad de preguntarle qué demonios hacía allí a las seis de la mañana.

Ripley le había dicho una vez que le parecía que Belle se sentía muy sola después de la muerte de sus padres, y lo cierto era que parecía necesitar a los pacientes tanto como ellos la necesitaban a ella. Si no más.

Estaba a punto de llegar al departamento de protección radiológica, cuando otra voz lo interrumpió:

—Hola, jefe. Usted tampoco podía dormir, ¿verdad?

Whistler parecía contento, pensó Cage mientras se preguntaba si él era el único empleado del hospital al que le parecía que llegar antes de las nueve un lunes por la mañana era una locura. Entonces se le pasó otra cosa por la cabeza. ¿Sería Whistler uno de los técnicos con los que se había encontrado Dixon aquel día al salir del cuarto de la limpieza?

—Oye, ¿te acuerdas de cuando Dixon encontró el material radiactivo en el cuarto de los productos de limpieza? —le preguntó, como sin darle importancia.

—Sí, ¿por qué?

—¿Quién más estaba en el pasillo?

El joven se quedó pensando unos segundos.

—Hiram y yo, creo que también estaba Joney y un par de enfermeras.

—¿Qué enfermeras? —siguió indagando.

—Lenore, de la UCI de Pediatría y... creo que la otra era esa bajita que siempre está con su novia. ¿Por?

Tansy. Cage identificó a la segunda enfermera, que en realidad era doctora, pero seguramente ni su ayudante ni Dixon habrían reparado en la diferencia... Entonces se detuvo en la palabra «novia», los hombres adultos no tenían novias. Tenían... amantes, prometidas, esposas, familia.

Apretó la mandíbula lleno de rabia. Él ya había tenido todo eso, ahora se dedicaba a otra cosa. Su misión era proteger a los pacientes, algo más importante que formar una familia, aunque él lo hacía por la familia que había perdido. Por los hijos que nunca tendría.

Se alejó de Whistler sin contestarle y se metió en su despacho, pues necesitaba estar solo un momento. Pero nada más abrir la puerta, se quedó paralizado al ver el brillo de un cristal roto y el directorio del personal del Boston General abierto por la letra D sobre su mesa y manchado de rojo. La bolsa de plasma que había en la papelera confirmaba que el líquido rojo era lo que parecía.

Sangre.

Bajo la fotografía manchada de Ripley, habían garabateado unas palabras que decían:

No interfiera en el trabajo del Señor.

Aquella visión y el desagradable olor le revolvieron el estómago.

—¡Dios mío! ¡Ya está bien! ¿Quién demonios eres? ¡Enseña la cara, cobarde!

—¿Jefe? ¿Pasa algo? —Whistler fue a asomarse, pero, en un acto reflejo, Cage se interpuso para ocultar el aspecto de su escritorio.

—No, no pasa nada. Ahora mismo salgo —¿le había parecido ver un brillo de satisfacción en los ojos del joven? Cage ya no estaba seguro de nada. No sabía en quién confiar salvo en sí mismo, e incluso eso a veces le resultaba difícil.

Ripley. Aquel monstruo estaba obsesionado con ella. ¿Quién sería? Tenía que ser alguien del hospital, obviamente. Alguien que tenía acceso a Oncología y a Protección Radiológica.

Cage agarró todas las pruebas de la amenaza y se dirigió al despacho de Leo; pero no tardó en darse cuenta de que no eran ni las siete de la mañana. Leo no llegaría hasta varias horas después. Tenía el estómago revuelto por el miedo y la impotencia. Ripley era el blanco del asesino, eso lo habían tenido claro desde el principio, pero cada vez era más patente que se trataba de un peligro más que real. Tenía que averiguar quién la estaba amenazando.

Se detuvo en el pasillo, al ver que la cafetería estaba abierta y, sorprendentemente, también la tienda de regalos. El dependiente se sobresaltó cuando Cage puso sobre el mostrador los pedazos de la rosa de cristal que había encontrado en su escritorio junto a la fotografía ensangrentada de una mujer que, a pesar de lo que le decía el sentido común, cada vez le importaba más.

—Dígame quién ha comprado alguna rosa como ésta desde el viernes.

Aún medio dormida, Ripley miró al teléfono móvil sin comprender por qué oía la voz de su madre.

—Cariño, ¿dónde estás? Estábamos preocupados.

—¿Madre? —¿por qué la llamaba por teléfono su madre?

Entonces echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que la pregunta que debía hacerse era ¿dónde estaba? Y entonces lo recordó todo. Ida Mae Harris. Janice Cooper. Cage. Había dormido en su casa y habían hecho el amor. Era por la mañana y él no estaba.

—Estoy bien, madre —respondió automáticamente, mientras leía la nota que había encontrado sobre la cama. Seguramente tendría que agradecerle que le hubiera dejado una nota, pero en realidad le molestaba enormemente. Parecía que no merecía despertar acompañada más que una vez.

—¿Dónde estás? —repitió Eleanor—. Estábamos preocupados.

—No te preocupes, madre. Estoy bien —Ripley se preguntaba si estaba hablando en plural mayestático o si era posible que sus padres hubieran hecho algo juntos, como preocuparse por su única hija—. Dile a papá que no voy a trabajar en su clínica y no se os ocurra venir a verme al hospital, ¿de acuerdo?

Aunque llevaba años peleándose con ellos, Ripley no quería imaginar siquiera que el asesino pudiera hacerles algún daño a sus padres. Quizá su padre se negara a creer que estaba en peligro, pero ella no iba a permitir que nadie le hiciera daño.

—Tenemos que hablar contigo, cariño. ¿Cuándo puedes venir a casa?

—Hoy no, madre. Puede que mañana. Ahora tengo que dejarte. Adiós —Ripley colgó rápidamente, antes de que el dolor de cabeza se hiciera aún más fuerte.

Sus padres ya eran difíciles por separado, pero los dos juntos eran demasiado. Y eso era algo a lo que no podía enfrentarse en ese momento. No quería hablar con ellos todavía y no quería preocuparse de si estaban bien. Volvió a mirar la nota mientras pensaba que Zachary Cage era otra de las cosas a las que le gustaría no tener que enfrentarse, lo mismo que Leo Gabney, el Boston General y el asesino que había puesto su vida en peligro.

Aquel pensamiento le provocó un escalofrío, un terrible dolor en las rodillas, donde tenía las heridas que se había hecho al caer en la calle, después de que Cage le hubiera salvado la vida una vez más. Eso la hizo acordarse del señor Harris y de su mirada cuando le había preguntado por qué había muerto su esposa. No podía seguir allí más tiempo, por muy cómodo y seguro que fuera aquel apartamento y muy negro que viera su futuro inmediato.

Fue a su apartamento a darse una ducha, pero no pudo relajarse ni un segundo. A cada rato creía oír algún ruido extraño o ver una sombra por el rabillo del ojo. Se sentía muy débil y más después de haber pasado la noche con Cage. Él le daba estabilidad, por no hablar del deseo sexual que despertaba en lo más profundo de su ser.

—Pero no pienses que puedes depender de él —se dijo a sí misma—. Ayer ya te demostró cómo es realmente.

Sin embargo, se vistió rápidamente y salió del apartamento impaciente por llegar al hospital, o quizá sólo necesitaba salir de aquel apartamento. Estaba parada en un semáforo cuando le sonó el busca, el mensaje era sencillo.

«Café. Ahora».

Con la adrenalina reventándole las venas, condujo hasta el hospital demasiado deprisa, salió del coche corriendo y se dirigió a la cafetería. Pero Cage no estaba de humor para conversar. Estaba esperándola en la puerta, allí le dio una taza de café para llevar y le hizo un gesto para que lo siguiera escaleras arriba.

—Buenos días para ti también —murmuró ella a pesar de que se había prometido a sí misma tomarse las cosas con calma—. Sí, gracias, he dormido muy bien, salvo por lo de despertar sola.

Cage se volvió a mirarla muy serio.

—Te he dejado una nota.

—Es cierto.

Después de un momento de silencio, volvió a darse la vuelta y se puso la mano en el hombro. Parecía que aquella vieja lesión era más seria de lo que él fingía.

—¿Te interesa saber adonde vamos o vas a seguir con la rabieta?

—¿Adonde vamos? —se las arregló para preguntar entre dientes. No entendía por qué le resultaba tan difícil mantener un ambiente relajado cuando estaba con él. ¿Por qué quería más y al mismo tiempo quería olvidarse de todo lo que había entre ellos?

—A Protección Radiológica —respondió como si no fuera obvio, dado el camino que habían tomado—. Tenemos una reunión.

—¿Con quién?

—Con un técnico con conocimientos médicos que compró tres rosas de cristal, al día siguiente de que te atacaran —abrió la puerta de golpe y Ripley lo siguió al interior del Servicio de Protección Radiológica, deseosa de ver la cara del joven cuando Cage dijo con una voz fría como el acero:

—Hola, Whistler.

Capítulo 12

—¿Me ha llamado, jefe? —¿sería real la expresión de inocencia de Whistler? Cage no estaba seguro, igual que no estaba seguro de cómo debía enfrentarse al cambiante estado de ánimo de Ripley.

Con Heather nunca le había resultado demasiado difícil que estuviera feliz; siempre y cuando hubiera dinero y le reservara un sitio en el palco de las esposas, ella siempre había estado satisfecha. Sin embargo algo le decía que Ripley no era tan sencilla. De todos modos, ¿qué podría ofrecerle él? Las opciones eran una relación a distancia o cambiar de casa cada vez que él cambiara de hospital para seguir solucionando las equivocaciones de otros.

—¿Jefe? —la voz de Whistler, interrumpió unos pensamientos en los que Cage había empezado a considerar la relación con Ripley como algo duradero. Quizá destinada al desastre, pero una relación al fin y al cabo—. ¿Me ha mandado un mensaje para que viniera urgentemente?

—¿Cage? —esa vez era Ripley la que trataba de sacarlo de su ensimismamiento.

—Sí, perdón —dijo por fin, tomando asiento y haciéndole un gesto a Ripley para que hiciera lo mismo.

Whistler los miró a los dos.

—No se trata de ninguna emergencia, ¿verdad? ¿Qué ocurre? ¿Me va a despedir? —después de una pausa, continuó hablando con el mismo gesto inocente—. Sé que no he sido muy cordial, pero puedo intentarlo. Dixon me caía bien, ya lo sabe. Era divertido ser su ayudante, y no me hacía trabajar tanto como usted.

Cage se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, haciendo caso omiso a las explicaciones del joven, y sacó el tallo de la flor de cristal. Tenía que concentrarse para no dejarse llevar por la ira. Nadie iba a amenazar a su Ripley. Nadie.

—¿Qué puede decirme de esto, Whistler?

Ripley se tragó lo que iba a decir y se limitó a tocar otro tallo de rosa, el que Cage le había dado nada más verse por vez primera y que ahora llevaba en el bolsillo. Cage esperaba que el hecho de que siguiera llevándolo significara algo.

—Que está roto —comentó el técnico, pero después pareció recordar algo—. ¡Es de una de esas rosas! ¿De dónde la ha sacado? Yo compré tres el otro día en la tienda de regalos. Mi novia colecciona flores de cristal, ¿sabe? El próximo fin de semana es nuestro tercer aniversario y se las voy a regalar escondidas en un ramo de rosas de verdad.

Eso sonaba... creíble. Cage frunció el ceño, con una mezcla de decepción y

alivio. Quería encontrar al asesino, pero no quería que fuese Whistler. El muchacho pertenecía a su equipo, era uno de los buenos.

—¿Dónde están las rosas que compraste?

—En mi taquilla, envueltas en papel para que no se rompan. ¿Por qué?

—¿Por qué dejaste la facultad de medicina? —intervino rápidamente, Ripley.

Whistler parpadeó sorprendido antes de responder.

—La parroquia de mi padre se quedó sin dinero más o menos al mismo tiempo que a mi madre le diagnosticaron un cáncer de mama. El seguro no cubría el tratamiento, así que dejé de estudiar y acepté dos trabajos para mantener a la familia —entonces se miró las manos—. Sólo tenía cincuenta y dos años cuando murió y mi padre nunca llegó a superarlo. Si le hubieran dado un tratamiento mejor...

Las pacientes muertas eran todas mujeres enfermas de cáncer que tenían entre cincuenta y sesenta y pocos años. ¿Estaría el asesino tratando de castigar a alguien? ¿O quizá intentaba salvarlo?

La manera en la que Ripley respiraba, le dijo a Cage que ella también había establecido la misma conexión. Quizá Whistler estaba vengándose a través de otras mujeres que habían tenido una oportunidad de la que su madre no había podido disfrutar. Parecía verosímil. Pero seguían sin tener pruebas y lo cierto era que Cage no veía a Whistler cara de asesino.

Aunque, ¿qué cara se suponía que tenían los asesinos? No todos llevaban batas blancas y un estetoscopio colgado al cuello.

—¿Podríamos ver las rosas, Whistler? —le pidió Cage, poniéndose en pie.

—Todo esto es por los cuerpos contaminados, ¿verdad? —de pronto había una veta de miedo en sus ojos—. ¿No creerán que soy el culpable? Porque eso sería una verdadera locura. Yo jamás inyectaría radiactividad a nadie —él también se puso en pie y se echó hacia atrás, hasta apoyar la espalda en la pared—. ¿Por qué yo? ¿Sólo porque sé cómo poner una vía? Vamos, el noventa por ciento de la gente que hay en este edificio puede hacerlo también.

—Whistler, nadie te está acusando de nada —dijo Cage, aunque los tres sabían que era mentira—. Sólo queremos ver esas rosas.

—Es una locura —espetó Whistler, dirigiéndose a toda prisa hacia el vestuario, Cage intentó detenerlo pero al final sólo pudo seguirlo hasta la taquilla, que abrió de golpe. Después se quedó helado—. Dios mío.

—No están, ¿verdad? —debería haberse sentido aliviado porque Whistler le caía bien, pero lo cierto era que Cage estaba más confundido que nunca.

El joven técnico palideció hasta quedarse lívido.

—Le juro que no he hecho nada malo, señor Cage. Compré las rosas para mi novia, de verdad, colecciona flores de cristal —repitió, apretando unos papeles que podían haber contenido unas rosas—. Él próximo fin de semana es nuestro tercer

aniversario. Puede llamarla y preguntárselo. De verdad.

—¿Quién más tiene acceso a la taquilla? —preguntó Ripley, sin dejarse ablandar—. ¿Quién tiene la combinación?

—El cerrojo no funciona, doctora. Ya estaba roto cuando me dieron la taquilla, pero el señor Dixon me dijo que no me preocupara, por eso no lo hice —Whistler parecía más joven y más asustado por momentos. ¿Estaría fingiendo o sería real? Cage ya no sabía qué pensar.

—¿Cualquiera puede entrar aquí libremente? —la voz de Ripley denotaba una censura que no hizo sentir bien a Cage; parecía estar criticando las medidas de seguridad de su departamento.

Pero no era a él al que se le estaban muriendo los pacientes, ¿verdad? Nada más tener tan desconsiderado pensamiento, Cage sintió una terrible vergüenza. Estaba claro que había llegado el momento de pedir ayuda, porque Ripley y él no podían llevar todo aquello solos. Ni siquiera deberían haberlo intentado.

—Sí —respondió a la pregunta—. Nunca ha habido necesidad de que fuera de otro modo. Hoy tienes que recoger todos los residuos sólidos, ¿verdad? —dijo dirigiéndose a Whistler, que asintió con cara de preocupación—. Adelante, ve a trabajar, pero no hables con nadie ni de las rosas ni de esta conversación. ¿Entendido?

—Sí, señor. ¡Muchas gracias! —corrió a la puerta, dejando caer algunos de los papeles que supuestamente habían envuelto las rosas.

—¿Vas a dejarlo marchar? ¿Es que no has oído lo que ha dicho sobre su madre? ¡Encaja perfectamente, Cage! La enfermedad de su madre le impidió cumplir su sueño de ser médico. Además, lo vi aquel día cerca de la capilla. Podría haber entrado después de mí. ¿Qué más necesitas? —Ripley estaba como loca y Cage no sabía si hacerla callar con un beso o amordazándola.

—Pues no nos vendría mal alguna prueba —respondió, haciendo un esfuerzo por ser razonable—. Y, que yo sepa, sufrir por la muerte de un ser querido no lo convierte a uno en asesino.

—¡Esto no tiene nada que ver contigo, Cage! —aunque el parecido era más que obvio.

—Tienes razón —asintió, agarrándola del brazo para llevarla hacia la puerta—. Pero tampoco tiene nada que ver contigo, se trata de tus pacientes y de su bienestar. Trata de recordarlo, doctora.

Se hizo un largo silencio, durante el que se quedaron mirándose a los ojos hasta que la furia pareció abandonar a Ripley.

—Lo siento, Cage. He sido muy dura y muy injusta. Sé que estás haciéndolo lo mejor que puedes.

—Los dos estamos haciendo todo lo que podemos —aseguró rindiéndose a la tentación de poner la frente contra la de ella—. Y si has terminado de gritarme, puedes llamarme Zach.

Ripley suspiró profundamente, al tiempo que le ponía las manos en la cintura.

—¿Y qué hacemos ahora? No tenemos ningún otro sospechoso y, no sé tú, pero yo tengo la sensación de que se nos acaba el tiempo.

—Yo también —le dio un beso en la punta de la nariz—. Creo que tenemos que hablar con Leo otra vez.

—¿Crees que ahora nos hará caso?

—Ya encontraremos el modo de hacerle escuchar —prometió él, aunque no estaba tan seguro como le habría gustado.

—Y si no nos escucha, tendremos que avisar nosotros a la policía.

—¿Aunque eso signifique el fin de nuestras carreras? —preguntó Cage levantando una ceja.

—Sí —respondió ella con total convicción—. El bienestar de los pacientes es más importante que la carrera personal de un médico. ¿No es eso lo que tú siempre dices, Zach?

—Sí, pero...

El sonido del busca de Ripley los interrumpió y, al ver el mensaje, Ripley protestó con cólera.

—¿Algún paciente?

—No. Peor que eso —dio un paso hacia la puerta pasándose las manos por la cara—. Son mis padres. Están abajo, esperándome en la cafetería a pesar de que les pedí encarecidamente que no se acercaran al hospital.

—¿Tu madre también? —preguntó sorprendido.

—Sí —dijo ella con gesto de contrariedad—. Apareció anoche después de que yo cometiera el error de llamarla en un momento de debilidad. Ahora están los dos empeñados en salvarme la vida.

—Es porque te quieren. Eso no es malo.

Ripley esbozó una triste sonrisa.

—Mis padres no saben el significado de esa palabra.

Cage la agarró del brazo, impidiéndole alejarse más. Podía sentir la tensión creciendo dentro de ella y deseó poder tranquilizarla hasta que desapareciera la arruga que se le hacía entre las cejas.

—¿Por qué insistes tanto en que el amor no existe? ¿Por qué te asusta tanto la idea?

—No tengo miedo de casi nada, Cage, y no creo que tú precisamente puedas hablar del tema —le dijo desde la puerta, pero antes de salir, se volvió hacia él—. ¿Por qué no vienes a ver nuestra emocionante reunión familiar con tus propios ojos? Seguro que así lo entiendes todo mejor.

Cage pensó en las tres rosas de Whisder, de las cuales dos seguían sin aparecer. Pensó en que tenía que ver a Leo y en que todavía no le había pedido a Ripley si podría no ir al partido de béisbol.

Después pensó en despertar junto a ella y en la pasión con la que habían hecho el amor la noche anterior. Y en la certeza de que ella aceptaba cada noche como se presentaba, sin plantearse jamás el futuro, cosa que él había empezado a imaginar.

Y asintió y le tendió una mano.

—Muy bien. Guíame.

Aquello era muy, muy mala idea, pensaba Ripley mientras caminaban hacia la cafetería. Debería haber hecho como que no había visto el mensaje del busca. Alguien estaba intentando matarla, no tenía tiempo para dramas familiares. Llamar a su madre había sido un tremendo error, el último de una larga serie que había comenzado en el momento que había visto a Cage.

—¡Cariño! —su madre se puso en pie para darle un beso antes de volverse a mirar a Cage—. ¿Y quién es él?

—Soy Zachary Cage, señora Davis —se presentó besándole la mano y Ripley se echó a temblar al ver la sonrisa de su madre.

—¡Ripley, me encanta!

—A mí no —gruñó Howard Davis, sin levantarse de la silla.

—Bueno, no importa porque ahora mismo tú tampoco me gustas mucho a mí — declaró Ripley sentándose frente a su padre—. ¿Qué hacéis aquí? Os dije que no vinierais y también dije que no voy a trabajar en tu clínica. ¿Por qué os resulta tan difícil de entender?

Su tono de voz rozaba la beligerancia, pero se debía sobre todo al miedo. Su padre no creía que el peligro existiera pero si algo le ocurría, Ripley jamás se perdonaría. A veces era una molestia, pero era su padre. Así de simple. Y así de complicado.

En ese loco momento de claridad, Ripley vislumbró lo que debía de ser para Cage aguantar la culpabilidad día tras día. Entonces notó que él le agarraba la mano bajo la mesa y se la apretaba fuerte.

De pronto miró a su padre y lo vio más pequeño que el día anterior y, con verdadera sorpresa, cayó en la cuenta de que se estaba haciendo viejo. Tenía más arrugas y el color de su piel no era muy bueno.

—¿Te encuentras bien, padre? —le preguntó con repentina culpabilidad.

Pero él esquivó la pregunta con la maestría que lo caracterizaba.

—Anoche tu madre y yo nos quedamos despiertos hasta tarde. Solucionamos un par de cosas, pero ella insiste en que tú y yo tenemos que hablar.

Ripley notó cómo acechaba el dolor de cabeza de siempre.

—¿Podemos dejarlo para más tarde, padre? Cage y yo tenemos que hacer algo, así que ahora no tengo tiempo para discutir.

—Yo no tengo intención de discutir contigo, Caroline —el nombre arruinó la dulzura que pretendiera transmitirle—. Ésa nunca es mi intención —aseguró poniéndose la mano en el hombro izquierdo—. Sólo quiero lo mejor para ti.

Allí estaba el dolor de cabeza, taladrándole entre los ojos hasta el punto de nublarle la visión por un momento. Se puso en pie retirándose la mano con la que Cage trató de impedirselo.

—No, padre. Quieres lo que tú crees que es mejor para mí. Hay una gran diferencia —se volvió a mirar a su madre con un rencor que no había sentido jamás—. ¿Y a ti qué te da el derecho de decirme nada? Tú me enseñaste que el matrimonio eran dos personas sin nada en común, condenadas a vivir bajo el mismo techo. Después contrataste un cocinero y te marchaste.

—Ripley —Cage le agarró la mano—. A lo mejor éste no es el mejor momento o el mejor lugar para esto.

—Esa frase es digna de mi padre —le dijo mirando a Howard, que se había puesto en pie agarrándose el brazo izquierdo—. ¿Qué vas a hacer ahora? —volvió a dirigirse a Cage—. ¿Vas a quedarte conmigo o te vas a largar dejándome otra nota?

Ripley era consciente de la angustia que desfiguraba el rostro de su madre y la atención con la que los miraban la gente que había a su alrededor en la cafetería. «Un Davis nunca hace una escena»—. Os dije que no vinierais, marchaos a casa. Os llamaré dentro de unos días —prometió haciéndole un gesto a Cage para que la acompañara—. Vamos, tenemos que hablar con Gabney.

Al principio creyó que el estruendo que oyó a su espalda cuando se disponía a salir de la cafetería era su padre golpeando la mesa. Pero cuando volvió la mirada lo único que vio fue el caos.

La silla de Howard Davis seguía en su sitio, pero él estaba tendido en el suelo rodeado por una multitud.

—¡Padre! —en sólo un instante, Ripley estaba de rodillas junto a su padre. Tenía los labios morados y la mano derecha aferrada al brazo izquierdo.

«Qué idiota. Cómo no me he dado cuenta». Lo había visto, pero no había identificado las señales.

—Que alguien traiga una ambulancia y llame a Cardiología —le gritó a los que la rodeaban y, al ver que nadie se movía añadió—: ¡Ahora mismo! —se aseguró de que le dejaban aire y maldijo en voz alta cuando vio que no le encontraba el pulso—. ¡Compresiones! Necesito que alguien le haga compresiones.

—Yo lo hago —inmediatamente, Cage empezó a presionar el pecho con el ritmo adecuado—. Tú ayúdalo a respirar.

Los movimientos eran automáticos. Levantarle la cabeza, taponarle la nariz, inspirar, espirar. Ripley parpadeó para apartar las lágrimas que le llenaban los ojos.

—¡Doctora Davis! —alguien tiraba de ella, intentando apartarla, pero ella sabía que tenía que respirar por él. Tenía que salvarlo—. ¡Doctora Davis!

—¡Ripley! —fue la voz de Cage la que le llegó—. Ya respira. Deja que lo suban a Cardiología. Ya respira —repitió apartándola dulcemente—. Lo has conseguido. Se va a poner bien.

Asintió como atontada y tomando aire para compensar todo el oxígeno que le había dado a su padre. Su madre la abrazó fuerte.

—Gracias, Ripley. Gracias.

La emoción que vio en Eleanor la sorprendió casi tanto como las lágrimas que le cubrían los ojos. Después observó anonadada cómo su madre iba junto a la camilla en la que se llevaban a Howard Davis, y lo llevaba agarrado de la mano.

—Vamos, Rip. Salgamos de aquí.

Cage la condujo por los pasillos vacíos del hospital y entonces ella comenzó a derrumbarse.

—Dios mío, Cage. He estado a punto de matarlo —le flaqueaban las rodillas y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero Cage la levantó en brazos, aunque protestó por el dolor del hombro. Pero el sonido parecía muy lejano.

La imagen de su padre en el suelo parecía no borrarle de la cabeza.

Ya en su despacho, ambos se dejaron caer sobre el sofá, abrazados.

—Lo has salvado, Rip.

—Pero antes me había portado muy mal con él. Y con mi madre —metió la cabeza bajo su barbilla para no tener que mirarlo a la cara—. Y contigo —las lágrimas amenazaban con desbordarle los ojos—. Soy una persona horrible. Horrible.

Le pareció oírlo reír antes de romper a llorar de lleno, después oyó un suave susurro.

—Todos somos personas horribles en algún momento, doctora Davis. A eso se le llama ser humano... Lo que cuenta es lo que haces cuando te sientes culpable —hizo una pausa para abrazarla aún más fuerte—. Al menos eso es lo que yo me digo una y otra vez.

—¡De eso nada! —Leo Gabney pegó un puñetazo a su escritorio, como si el mueble fuera el culpable de los problemas que le habían expuesto Cage y Ripley—. Se trata de un problema interno y lo resolveremos internamente.

—¡No es un problema interno! —protestó Cage—. Alguien está matando a los pacientes de este hospital con un cóctel de adrenalina y residuos radiactivos. Si eso no es motivo para abrir una investigación criminal, no sé qué puede serlo.

—Bueno, ambos sabemos que su juicio ha sido puesto en duda en alguna otra ocasión. ¿Acaso no desestimaron un caso en Nueva York por falta de pruebas? Esos médicos no mataron a su esposa, y la doctora Davis no mató a Ida Mae Harris y a

Janice Cooper. ¿No es así, doctora Davis?

Cage lanzó un juramento, mientras que Leo siguió dirigiéndose a Ripley.

—¿Está segura que quiere seguir adelante con esto? Acuérdense de que si el Boston General no gana el premio al Hospital del Año, no habrá fondos para mantener la Unidad de Oncología Radioterápica.

—¿Es que no tiene el más mínimo sentido de la responsabilidad hacia sus pacientes? —replicó Ripley, con una vehemencia que sorprendió a Cage. Después de haberse lavado la cara y comprobado que su padre estaba bien, se había quedado muy tranquila, casi con pasividad.

Pero parecía que se había estado reservando para luchar contra Gabney y Cage observó, con orgullo, cómo ella se inclinaba hacia delante y Leo reculaba, al menos físicamente.

—Esto es un hospital —apuntó el director—. Los enfermos vienen a que los atiendan, algunos de ellos mueren. Nuestro índice de supervivencia es uno de los mejores del país y usted, doctora Davis, debería estar orgullosa de ello.

—Seguro que usted alteró las estadísticas —espetó ella, antes de volver a sentarse junto a Cage.

—Claro, usted sabe mucho de eso. Como demuestran los informes de su departamento —añadió con una sonrisa de satisfacción—. Ninguno estamos libre de pecado, doctora. Así que se lo preguntaré de nuevo, ¿está segura de que quiere llamar a las autoridades sin mi apoyo? —le preguntó apretándose los nudillos—. Sería una lástima que toda esta mala publicidad le salpicara a su padre; especialmente ahora que van a someterlo a un bypass.

Cage se puso en pie de un salto.

—¡No se atreverá!

—Claro que lo haré y lo sabe. Este hospital va a ser el mejor del año y los diez millones de dólares del premio servirán para construir el nuevo Ala Gabney. Pero —hizo una pausa y levantó un dedo a modo de advertencia—, estoy de acuerdo en que tenemos un problema que hay que resolver. Con discreción. Así que les propongo un trato.

Cage puso su mano sobre la de Ripley para tranquilizarla, pues podía sentir la furia a punto de explotar dentro de ella.

—¿Qué clase de trato? —preguntó él.

—Ustedes dos dan una buena imagen al comité que se reúne esta tarde y yo me pondré en contacto con un amigo del departamento de policía para que nos asesore —otra teatral pausa—. Sí, creo que si actuamos bien, podríamos darle la vuelta a este incidente para que contara a favor del hospital.

—¿Darle la vuelta? —preguntó Cage, al mismo tiempo que Ripley decía:

—¿Qué es lo que pasa esta tarde?

—Esta tarde tiene que llevar a todos esos encantadores niños enfermos al partido de béisbol, ¿recuerda? He contratado a un fotógrafo y he organizado una rápida reunión con el comité del premio antes del partido. Los miembros del comité se sentarán a su lado, doctora —y se volvió a mirar a Cage—. Yo estaré acompañado por un ex pitcher de la liga nacional, que tampoco está nada mal —añadió con esa deplorable sonrisilla.

—Desgraciado —dijo Cage, entre dientes.

—El presidente del comité era un gran fan suyo, Cage. Sabe Dios el motivo, porque usted sólo jugó un año. Pero si su presencia nos ayuda a conseguir el premio, habrá merecido la pena contratarlo. A pesar de que ha convertido el Servicio de Protección en un caos mayor que el que dejó Dixon —declaró antes de señalar a la puerta—. Les sugiero que vayan a prepararse para el partido. El autobús sale dentro de media hora.

Se pusieron en pie lentamente. Ripley se apoyó de nuevo sobre su escritorio, pero esa vez Gabney no se echó atrás.

—Si le seguimos el juego hoy, usted pedirá que se abra una investigación policial. Sin más trucos. Usted llama a la policía y deja el nombre de mi padre al margen. Quiero que lo prometa.

Leo sonrió victorioso.

—Doctora Davis, lo único que me importa es el Ala Gabney. Ayúdeme a ganar ese premio, y no sólo llamaré a la policía, sino que la dejaré conservar su departamento. Pero si me juegan una mala pasada —dijo, cambiando el tono de voz hasta el extremo más siniestro—, están ustedes acabados. ¿Entendido?

Cage asintió y llevó a Ripley hacia la puerta.

—Entendido.

De camino al ascensor, la oyó murmurar.

—Y si tengo algo que decir al respecto, será él el que lo tenga que entender.

En los labios de Cage se dibujó una sonrisa.

—Exactamente lo que yo estaba pensando.

Capítulo 13

—¿Está despierto? —Ripley se quedó en la puerta.

No era muy habitual que le resultara incómodo entrar en la habitación de un paciente. Pero claro, el paciente era Howard Davis, que no habría estado en esa cama, atado a un montón de máquinas, de no haber sido por ella.

—Entrad —les pidió Eleanor a Ripley y a Cage y sonreía orgullosa como si su hija fuera una heroína y no la terrible desagradecida que era—. Está medio dormido, pero el doctor García, que por cierto es encantador, dice que es normal.

—Estoy perfectamente despierto y ese García acaba de salir de la facultad —gruñó una voz desde la cama y, por primera vez desde hacía mucho tiempo, al oírla Ripley no se puso inmediatamente a la defensiva.

—Hola, padre. Me alegro de que estés despierto —consiguió sonreír y probablemente perdonarlo. Quizá los dos deberían haberlo intentado hacía años—. Sabes perfectamente que el doctor García es uno de los mejores especialistas del país.

—Claro que lo sé. Por eso lo contraté hace diez años —entonces frunció el ceño—. Estás muy amable conmigo, Caroline. ¿Eso quiere decir que me estoy muriendo o estás tomando fuerzas para volver a gritarme?

Para su sorpresa, Ripley oyó cómo su madre se echaba a reír.

—Dios, había olvidado lo mucho que os parecís —comentó, dándole un golpecito en la mano a su hija—. Yo voy a dar un paseo mientras vosotros charláis —y se marchó. Una vez más.

Quizá Ripley se habría marchado también, si no hubiera sido porque se lo impedía la presencia de Cage y la ligera expresión de vergüenza de su padre. Por no hablar de las máquinas que lo ayudaban a seguir vivo, después de la escenita que ella había montado en la cafetería. Así que respiró hondo y tomó fuerzas para hablar.

—Padre, no voy a trabajar contigo; ni ahora ni nunca. Me gustaría que lo entendieras —aquello no era lo que había ido a decirle, pero las palabras salieron de su boca involuntariamente.

—Lo sé, Caroline —miró hacia otro lado un momento, seguramente para controlar su ritmo cardiaco—. Creo que lo sabía desde hace tiempo, pero no había querido admitirlo.

—Lo siento —de pronto se sentía muy pequeña y muy joven, como si de pronto pudiera tomar de nuevo todas las decisiones que habían marcado su vida.

—Yo también. Sólo quería protegerte de todo esto. Quería tenerte cerca, cosa que no pude hacer con Eleanor.

Aquella contundente verdad fue como un golpe. Se tambaleó, pero el brazo de Cage alrededor de su cintura la sujetaba.

—Entonces ¿por qué no querías creer que estaba en peligro? ¿Por qué no me has ayudado?

—¡Te estaba ayudando, maldita sea! —el gruñido de Howard no tenía su vigor habitual—. Estaba intentando sacarte del Boston General. Después resolvería todo lo que hubiera que resolver, pero primero quería que te alejases de aquí. ¿Es que no lo entiendes? Para mí no hay nada más importante que tú —se recostó de nuevo sobre la almohada, casi sin fuerzas—. Ni el Boston General, ni ninguna otra cosa.

Había imaginado cientos de veces a su padre diciéndole cuánto la quería, pero nunca habría pensado que en un momento así ella desearía matarlo. Aunque lo que valía era lo que le había dicho.

—¿Yo soy importante? —preguntó, acercándose a la cama—. ¿De verdad te importo? Bueno, es un momento estupendo para darte cuenta, padre. Ahora que hay alguien por ahí asesinando a mis pacientes. ¿Qué pasa con ellos, padre?

—Ripley —le susurró Cage a su espalda, recordándole que su falta de control había sido lo que le había provocado el fallo cardíaco.

Pero lo cierto era que en ese momento Howard no parecía nada débil.

—Tenías razón, Caroline, y yo me equivoqué. Sólo puedo decir que estaba tratando de proteger a mi única hija.

—Bueno, pues deja de protegerme y empieza a proteger a los pacientes que dependen de nosotros.

Howard asintió.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

Aquello dio pie a que Cage se sentara a un lado de la cama y Ripley a otro. Y se dispusieron a elaborar un plan.

En la puerta principal del hospital, el ruido era cada vez más ensordecedor. Cage hizo una mueca provocada por un molesto dolor de cabeza que lo había estado amenazando durante todo el día. Demasiada tensión y pocas horas de sueño. Demasiada preocupación y demasiado miedo. Tenía miedo de que la próxima vez quizá no fuera lo bastante rápido para salvar a Ripley, le daba miedo que el asesino la alcanzara antes de que Howard Davis tuviera tiempo de convocar una reunión de emergencias del Consejo de Administración del hospital, despedir a Leo Gabney y abrir una investigación oficial.

Pero también le asustaba pensar que, una vez que la investigación concluyera, su trabajo habría acabado y llegaría el momento de marcharse del Boston General. Y de dejar a Ripley.

Miró hacia donde ella se encontraba. Estaba ayudando a los niños a subir a las furgonetas de la organización benéfica que organizaba el partido de béisbol, y pensó

que cuando todo aquello hubiera acabado, le gustaría llevársela a un lugar cálido y pasar una semana en la cama con ella. No necesariamente durmiendo.

—¡Señor Cage! ¡Va a venir con nosotros! —gritó Liwy, con su peluca morada bajo la gorra—. Milo no estaba seguro, pero yo le dije que usted vendría. Se sentará con nosotros, ¿verdad? —le dijo a todo volumen, a diferencia del silencio que guardaba Milo en su silla de ruedas.

Cage se agachó hasta estar a la altura del muchacho.

—Hola, Milo. ¿Qué tal estás?

El pequeño sonrió mientras tocaba el guante de béisbol que Cage le había regalado.

—Hoy voy a atrapar una bola que se les escape —susurró con un hilo de voz—. Mi padre dice que traen buena suerte.

—Claro que sí —respondió Cage, pensando cuánto necesitaba un poco de suerte ese chico. Parecía estar más débil que nunca. Fue hacia Ripley mientras trataba de encontrar en su cabeza alguien del equipo de Boston al que conociera lo bastante como para pedirle un favor—. ¿Milo está bien como para ir de excursión? —le preguntó una vez estuvo a su lado—. No tiene buen aspecto.

—Es por culpa de la quimioterapia, pero está bien —aseguró, rozándole la mano—. Por cierto, lo del guante fue un bonito detalle.

—Yo ya no lo necesito —miró a uno y otro lado para asegurarse de que no había ningún empleado del hospital que pudiera oírlos—. ¿Crees que tu padre podrá ayudarnos?

—Seguro que sí —respondió Ripley en voz baja, observando también a la gente que los rodeaba. Cage se preguntó si ella también tenía la sensación de que alguien los estaba observando todo el tiempo, observando y escuchando.

Ahora luchaban contra dos enemigos, el asesino y Leo Gabney, y no estaba seguro de cuál de los dos era más temible.

—En el Consejo de Administración sigue habiendo gente leal a mi padre —aseguró Ripley—. Normalmente, sólo se preocupan por decirle todo lo que hago mal, pero creo que harán lo que necesitamos. Si tenemos a Leo entretenido durante todo el partido, los lacayos de mi padre tendrán tiempo de reunir los informes y las muestras de los cuerpos contaminados que les hemos pedido. Y cuando termine el partido, se podrá convocar la reunión de emergencia.

—Y adiós Gabney —murmuró Cage—. Hola, investigación.

Una voz suave habló a la espalda de Ripley.

—Doctora Davis.

Cage pegó un bote, pues no había visto acercarse a aquella mujer entre la gente, pero se relajó al ver de quién se trataba.

—Belle, ¿qué tal está hoy? ¿Va a venir al partido?

—Muy bien gracias, señor Cage. Y sí, voy a acompañar a los niños —dijo lanzándole una sonrisa a Ripley—. Los veré allí.

La marea humana se llevó a la voluntaria lejos de ellos, que continuaron distribuyendo a los niños entre las furgonetas. Sólo les quedaba esperar que el asesino no actuase con el departamento prácticamente desierto y Ripley lejos de los pocos pacientes que quedaban. Si conseguían que no pasara nada en todo el día, seguramente en unas horas la investigación quedaría en manos de profesionales.

Hasta entonces sólo podían esperar.

Una vez en marcha hacia el campo, Cage se acercó a Ripley y le dijo al oído:

—Tú también lo sientes, ¿verdad? Como si estuviéramos esperando a que ocurriera algo. Como si alguien nos estuviera observando.

Ripley bajó la voz para recordarle que cualquier médico o enfermera de los que los rodeaban podían ser leales a Gabney.

—¿Qué hará Whistler mientras nosotros no estamos para vigilarlo?

—No creo que sea él, Ripley. Pero he ordenado a los de seguridad que lo tengan controlado. Va a estar haciendo papeleo todo el día y el jefe de seguridad, Mike, me llamará si pasa cualquier cosa —la miró a los ojos intensamente—. Estamos haciendo todo lo que podemos. Sólo tenemos que esperar hasta esta noche, después todo habrá acabado —añadió, mientras ella tenía la mirada perdida en el exterior—. Ripley, sobre lo que he dicho en la habitación de tu padre...

No se volvió a mirarlo y Cage deseó con todas sus fuerzas saber qué estaba pensando. ¿Estaría triste por que él hubiera rechazado el empleo que le había ofrecido su padre justo antes de marcharse? ¿O se sentiría aliviada? Tampoco su respuesta le aclaró nada cuando dijo:

—No importa, Cage. Lo comprendo.

—Me pilló por sorpresa. No esperaba que fuera a ofrecerme el puesto de Gabney. Además, yo no sabría cómo dirigir un hospital —quería acariciarle la mejilla, pero había demasiada gente y ella estaba demasiado tensa. Por su parte, él estaba confundido porque había sentido la repentina tentación de aceptar ese trabajo y quedarse en el Boston General. ¿Qué habría pensado Ripley de eso? ¿Estaban juntos o separados? Ya no tenía ni idea, lo único que sabía era que no estaba preparado para decir adiós. Ahora no, y quizá no lo estuviera nunca.

—Ya he dicho que lo comprendo. Una vez limpies el Boston General, dejarás paso al siguiente jefe de Protección Radiológica y te irás a otro hospital. La muerte de Heather te dio un objetivo, una motivación. Mi padre no sabía eso cuando te ofreció quedarte. Siento que te haya puesto en una situación comprometida.

Resultaba irónico, pero la calma de Ripley le hizo sospechar.

—¿Eso es todo? Entonces una vez tu padre se encargue de todo y la policía abra la investigación, ¿lo nuestro habrá acabado? Sin resentimientos ni despedidas tristes, ¿no es eso?

—Sss —le pidió Ripley, al ver que iba subiendo el tono de voz peligrosamente—. Claro que no ha acabado, así que no empecemos con despedidas, ¿de acuerdo? Antes tenemos que aguantar hasta el final del partido y esperar a que mi padre haga lo suyo.

En ningún momento dejó de mirar por la ventana y, después de aquello, pasaron el resto del viaje en silencio. Cage deseaba acariciarla y hacerle decir lo que estaba pensando. Pero no se atrevió a hacerlo por miedo a oír algo que no le gustara.

Cuando llegaron al estadio, Cage sintió un vuelco en el estómago, quizá era la sensación de que, las cosas, no iban a resultar tan tranquilas como ellos planeaban. Quizá fuera el olor del campo de béisbol, de los sueños que habían muerto hacía cinco años.

O quizá fuera la leve sospecha de que Ripley ya se había despedido la noche anterior en su cama.

Se dijo a sí mismo que lo mejor era olvidarlo hasta más tarde, pero cuando la vio salir de la furgoneta sin mirarlo siquiera, algo saltó dentro de él. La agarró del brazo y la llevó a un lateral de la furgoneta.

—¿Qué pasa, Cage? —preguntó mirando hacia atrás.

—Sólo quería recordarte algo —le dijo consciente de que estaban rodeados de compañeros del hospital.

—¿El qué? —le preguntó ella, ahora sí, mirándolo a los ojos y, como si hubiera presentido su intención, se pasó la lengua por los labios.

Estaba preparada para recibir un beso fuerte que disiparía parte de la tensión que había entre ellos, pero cuando Cage se inclinó sobre ella y rozó levemente sus labios con los suyos, quedó claro que no esperaba tanta dulzura.

Cage le acarició el rostro con el reverso de la mano y volvió a besarla haciendo que ella le retorciera el faldón de la camisa de manera involuntaria. La envolvió en sus brazos mientras su lengua le decía: «si estuviéramos solos, te haría esto y después quizá esto otro».

Ripley se rindió con un gemido, le echó los brazos al cuello y le dio lo que buscaba; la sensación de estar juntos, el placer de saborear el vínculo que los unía, un vínculo no hablado y seguramente no deseado. Pero irremediable.

—Zach —susurró, con el corazón latiéndole dentro del pecho como un pájaro que intentara escapar—. No deberíamos hacer esto.

Cage la miró a los ojos.

—Podrías venir conmigo cuando me vaya. Cualquier hospital estará encantado de tener a una buena oncóloga.

Ella sonrió levemente, aunque sus ojos revelaban su sorpresa.

—Pensé que según tú, no existía oncólogo bueno salvo el oncólogo muerto.

—No digas eso ni en broma.

Ripley se retiró frotándose los brazos por dónde él la había estado agarrando.

—Supongo que no ha sido una broma muy oportuna. Vamos, deberíamos ir con los demás.

—Ripley.

Se volvió a mirarlo, pero no contestó.

—No hemos acabado, seguiremos hablando más tarde.

Pero ella continuó caminando y Cage protestó en silencio porque no había conseguido que respondiera a su pregunta. Ni tampoco le había pedido que se quedara.

A Ripley siempre le había gustado el béisbol de una manera bastante distante, pero aquel partido era diferente. Su atención se dividía entre multitud de factores y la tensión la hacía estar nerviosa e irascible.

Por una parte quería observar cómo calentaban los jugadores e imaginar a Cage en el campo. Cada vez que creía conocerlo, surgía un lado de él que la sorprendía. Al igual que ese hombre tosco y sin afeitar que vivía en un ático que sobrepasaba incluso el presupuesto de su padre, el ex jugador de béisbol seguro de sí mismo que se desenvolvía entre la multitud que rodeaba a Leo Gabney con total facilidad y un toque de camaradería había sido una verdadera sorpresa para ella.

Igualmente sorprendente había sido su oferta de marcharse con él. No podía hacerlo y él lo sabía. Ripley había creado su departamento partiendo de la nada y tenía cientos de éxitos que lo demostraban. Por eso estaba luchando tan denodadamente por mantenerlo abierto. No podía dar la espalda a sus pacientes y Cage lo sabía. Por tanto, le había pedido que se fuera con él porque sabía que jamás podría decirle que sí. Una vez que el Consejo de Administración acordara echar a Leo, la policía se encargara de investigar las muertes de sus seis pacientes y el futuro de la Unidad de Oncología Radioterápica estuviera asegurado, Cage podría marcharse con la conciencia tranquila. «Maldito sea».

—Doctora Rip, ¿éste es el mejor sitio?

Miró al pálido, aunque emocionado, muchacho y asintió.

—Sí, Milo. Éste es el lugar ideal para atrapar una pelota. ¿Ves qué cerca estamos del campo? —ayudó a Belle a subir la silla por la rampa que conducía a los asientos, mientras se maldecía a sí misma por echar un vistazo furtivo a donde se encontraba Cage.

Leo tenía el brazo sobre los hombros del jefe de Protección Radiológica, para lo cual tenía que ponerse prácticamente de puntillas, y estaba explicando algo a los miembros del comité del premio al Hospital del Año. Cage parecía agobiado, así que Ripley se dispuso a rescatarlo, pero entonces le sonó el teléfono.

—¿Sí?

—Caroline, ¿dónde estás?

Ripley apretó los dientes, recordando que debía alegrarse de que la voz de su padre sonara tan fuerte, como si, ahora que tenía algo que arreglar, el ataque al corazón se hubiera convertido en poco más que una pequeña molestia.

—Estoy en el estadio de béisbol. ¿Qué necesitas?

—Pensé que querrías saber que el consejo se reúne a las cinco en mi habitación —anunció triunfante.

Ripley se relajó un poco pensando que quizá, después de todo, conseguirían solucionar las cosas. Estaba deseando transferir el caso a la policía y tomarse algún tiempo libre hasta que descubrieran al asesino. Quizá Cage y ella pudieran tomarse ese tiempo juntos. Aunque quizá eso haría más dura la despedida, pensó con el corazón encogido. Frunció el ceño y repitió:

—Reunión del consejo a las cinco, allí estaré. Y Cage también —lo cual dejaría a los chicos sin dos de sus acompañantes, pero no podían hacer otra cosa.

Hubo una pausa antes de que la voz de Howard volviera a sonar al otro lado.

—Bueno, supongo que eso es todo. Hasta luego, Caroline.

—Espera. ¿Qué tal te encuentras, padre?

Otra pausa, esa vez cargada de sorpresa.

—Estoy bien. He mandado a tu madre a casa para que descansara un poco —se echó a reír—. Me ha costado bastante, pero finalmente he conseguido convencerla.

La dulzura de sus palabras era poco común en su padre y Ripley sintió un hormigueo en el pecho al darse cuenta de que, por primera vez desde hacía muchos años, deseaba que sus padres se reconciliaran. Aunque sabía que era imposible.

—Entonces ¿estás bien?

—Por supuesto. Cuídate, ¿de acuerdo? Te veré a las cinco.

Ripley se despidió y colgó, esperando que el intenso sol y la visera de la gorra de béisbol que llevaba puesta ocultaran la humedad de sus ojos. «Cuídate».

No era una muestra de amor incondicional, pero era un comienzo.

Cuando volvió a mirar a Cage, él también la estaba mirando. Sus ojos se unieron desprendiendo una energía que no era más que una pequeña muestra de lo sucedido la noche anterior. Ó sólo un rato antes, cuando se habían besado.

Siempre había sabido que encontraría en él esa pasión, desde el mismo momento en que lo había visto por primera vez. Pero nunca había previsto encontrar tanta ternura, tanta amabilidad. Y desde luego no había previsto que la idea de verlo marchar la llenaría de dolor. Pero no podía marcharse con él, y sabía que él no podía quedarse. Ya se lo había dejado bien claro a su padre... pero no podía pensar en eso ahora. Tenían que mantener a Leo entretenido para dar tiempo a que la gente de su padre pudiera hacer su trabajo en el hospital y esperar que el asesino no volviera a actuar.

El resto tendría que esperar.

—¿Va todo bien? —le preguntó Cage, que había dejado a Leo solo unos instantes.

—Sí. Está todo arreglado para la reunión de esta tarde. A las cinco en la habitación de mi padre —el ruido se intensificó abruptamente cuando los jugadores salieron al campo. Ripley miró a su alrededor—. No sé, Cage. Tengo un mal presentimiento, no sé si deberíamos estar aquí.

—Sí, lo sé —asintió él, antes de mirar hacia el palco en el que Leo seguía con los miembros del comité—. Está ocupado y Whistler está vigilado. Pero sigo teniendo la sensación de que hemos pasado por alto algo obvio.

Los dos primeros bateadores se acercaron a su posición y Cage se disculpó para agacharse junto a la silla de Milo.

—El que va a batear primero es uno de los mejores bateadores que vas a ver hoy, ¿lo sabías?

Milo asintió apretando el guante.

—Entonces no creo que se le escape ninguna bola, ¿no?

—Nunca se sabe.

Ripley vio cómo Cage guiñaba un ojo y sintió un estremecimiento mientras él levantaba al niño en brazos. El bateador hizo un gesto que repitió también el pitcher antes de lanzar una bola lenta y fácil de golpear. Sin embargo el mejor bateador del equipo lanzó la pelota directamente a las gradas, más concretamente al palco que ocupaban los niños y trabajadores del Boston General, que gritaron emocionados cuando Milo agarró la bola con la ayuda de Cage.

En la pantalla del marcador apareció la imagen del niño sonriente sujetando la pelota en los brazos de Cage.

Ripley recordó al hombre enfadado y herido que no había sido capaz de mirar siquiera a Milo a los ojos. Sólo hacía unos días. Ahora ella lo miraba invadida por una dulce sensación... de amor.

—¡Doctora Rip! ¡La he agarrado! —exclamó Milo emocionado—. ¡Voy a tener buena suerte!

—A lo mejor el próximo ciclo de quimio mata esas molestas células de leucemia y puedes probar en la liga infantil en primavera —gritó Liwy provocando un escalofrío a Ripley.

Una cosa era ser optimista y otra muy diferente dar falsas esperanzas. No era la terapia lo que estaba fallando, era Milo.

—Los milagros existen —le susurró Cage al oído, apretándole la mano—. Mira si no esa bola.

—Me da la sensación de que ese «milagro» ha tenido un poco de ayuda —respondió en el mismo tono de voz y, sin pensar en quién pudiera verlos, le dio un beso en la mejilla—. Gracias.

Las dos siguientes mangas discurrieron con rapidez y estaba comenzando la tercera cuando Belle le tocó el hombro a Ripley.

—Doctora Davis. A lo mejor conviene que eché un vistazo a Milo.

—Maldita sea —protestó Ripley, al ver la extrema palidez del niño y el sueño exhausto en el que había caído. Había creído que tendría fuerza suficiente para aguantar todo el partido.

—Si le parece bien, puedo irme con él en una de las furgonetas —sugirió Belle—. Así usted puede quedarse con el resto de los niños.

Ripley volvió a mirar a Milo y asintió.

—Muy bien. Necesita descansar. Lléveselo y llámeme si hay el más mínimo problema, ¿de acuerdo? El conductor de la furgoneta es técnico de urgencias, él la ayudará si pasa algo por el camino.

La vio marchar empujando la silla de ruedas y deseó poder hacer algo más. El tratamiento estaba matando las células cancerosas, pero parecía que Milo no tenía fuerzas para seguir luchando. Estaba demasiado silencioso, demasiado débil. Ripley había intentado que sus padres lo visitaran más a menudo, pero no podían permitirse viajar hasta allí siempre que querían, y sus otros hijos también los necesitaban. Era un problema terrible, pero común.

—¿Se van al hospital? —le preguntó Cage con un susurro que la estremeció con una sorpresa, pero sabía que era una sorpresa que su corazón no podía cumplir porque todavía no estaba preparado para dejar atrás los fantasmas.

Ripley asintió y volvió a centrar su mirada en el juego, fingiendo estar muy concentrada. Pero la tensión se escondía bajo su aparente calma, sobre todo cuando vio que Cage acudía a la llamada de Leo. Ella miró al reloj. Las tres y media. El día seguía su curso y las ansias por volver al Boston General iban aumentando. La sensación de peligro era cada vez más intensa. Cosa que no hizo más que aumentar cuando oyó el timbre del teléfono y después oyó la voz de Belle al otro lado.

—¿Qué ocurre? ¿Es Milo?

El miedo fue rápido y absoluto.

—Sí, lo siento. La enfermera Lockheart me pidió que la llamara. Su oncóloga está fuera de la ciudad y usted es la siguiente en la lista de guardia. Está como aletargado y le cuesta respirar.

—Ahora mismo voy para allá —Ripley cerró el teléfono inmediatamente y se dispuso a ponerse en pie—. Tengo que volver al hospital.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cage, agarrándole la mano y haciendo que a Ripley le resultara muy difícil marcharse. No debería acostumbrarse a estar con él porque pronto sería él el que se marchara.

—Era Belle. Milo no está bien —le informó con pesar y preocupación—. Lo veía venir, Cage. Parece que no quiere seguir luchando, es muy pequeño y está cansado.

—Si tú estás a su lado, no tendrá más remedio que ponerse mejor —mientras Ripley lo miraba sorprendida por la intensidad poco habitual de sus palabras, él miraba a su alrededor—. Vamos, tomaremos un taxi.

—No. Tú quédate aquí y mantén a Leo ocupado hasta que mi padre lo haya organizado todo para la reunión. Eso es lo más importante en este momento. Tendré cuidado, te lo prometo. Me quedaré en las zonas más iluminadas y concurridas del hospital. No me voy a acercar a la capilla, lo juro. Te veré a las cinco en la habitación de mi padre, ¿de acuerdo?

—¿Estás segura? No me gusta mucho la idea.

—A mí tampoco, Zach —admitió, besándole los labios—. Nos vemos a las cinco.

—Cuídate.

Mientras se dirigía al hospital no podía dejar de pensar en posibles tratamientos para Milo. Afortunadamente, el taxi fue a toda prisa y pocos minutos después estaba cruzando el vestíbulo, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo al pensar que sólo cinco días antes el marido de Ida Mae la había atacado en ese mismo lugar. Habían pasado tantas cosas desde entonces que apenas podía creerlo. Miró al reloj de nuevo, en poco más de una hora todo habría acabado. Leo Gabney sería destituido como director del hospital, su padre llamaría a la policía y el terror habría quedado en el pasado.

Y Cage sería libre de marcharse.

Prefirió no pensar en lo vacía que la hacía sentir tal idea y continuó caminando por los pasillos que conducían a Oncología con la sensación de que alguien la observaba. El puesto de enfermeras estaba vacío, lógico teniendo en cuenta que la mayoría de los pacientes estaban en el partido. Fue directamente a la habitación de Milo.

—¿Belle? ¿Estás ahí?

No hubo respuesta y el bulto que había bajo las sábanas no se movía.

—¡Milo! —atravesó la habitación corriendo y apretó el botón de emergencia antes de examinar al niño. Entonces descubrió dos cosas al mismo tiempo. La alarma no funcionaba y en bulto de la cama lo formaban unas almohadas—. ¿Qué demonios es esto?

Estaba de espaldas a la puerta cuando sintió un golpe en el hombro. Cayó de rodillas con la respiración cortada por el dolor y el pánico.

¡El asesino la había encontrado!

El segundo golpe lo recibió en la nuca y la hizo sumergirse en un túnel oscuro en el que no encontró ninguna sensación. Ni siquiera dolor.

Pero tampoco ninguna salida.

Capítulo 14

Cage no dejaba de pensar que debería haber ido con ella.

—¿Dónde está la doctora Davis? —le preguntó Gabney entre dientes—. El presidente del comité quiere hablar de la Unidad de Oncología.

—Ha ido a comprar un refresco —mintió Cage—. Volverá enseguida.

—Más le vale, si no es así, cancelaré el trato —amenazó el director con una falsa sonrisa dibujada en el rostro—. ¿Entendido? Mientras esperamos que ella vuelva, puede acompañarme usted y alabar un poco el funcionamiento de nuestro hospital. El partido es tan emocionante como tejer y los miembros del comité se están aburriendo.

Cage se salvó de tener que responder gracias al sonido de su teléfono, y contestó rápidamente con la esperanza de que fuera Ripley con buenas noticias sobre Milo.

—¿Sí?

—Señor Cage, soy George Dixon.

El mal presentimiento de Cage se agudizó.

—¿Ha recordado algo del día que encontró el material radiactivo? —le preguntó en un susurro, dándole la espalda a Gabney.

—No, es sobre otro día —Dixon hizo una pausa y respiró hondo como si acabara de tomar una decisión difícil—. Ésa no era la primera vez que encontraba material radiactivo en lugares que no correspondían. Hubo otra vez, unos tres meses antes.

Una furia desbordada invadió a Cage.

—¿Y no se lo dijo a nadie?

—Se lo conté a Gabney y me dijo que lo investigaría.

Cage miró de refilón al director del hospital, que parecía que ya llevaba algún tiempo jugando sucio.

—¿Dónde lo encontró aquella vez, en el cuarto de la limpieza también?

—No, eso es lo más curioso. Estaba examinando todo el centro, antes de una inspección oficial, y encontré material radiactivo en la capilla.

Un sudor frío cubrió el cuerpo de Cage. Ripley había creído ver a alguien en la capilla y no se había equivocado. Además encajaba con el mensaje que habían dejado junto a la rosa de cristal: «No interfiera en el trabajo del Señor».

El padre de Whistler había sido pastor hasta poco antes de la muerte de la madre. ¿Habría alguna relación?

Entonces recordó algo que había dicho Whistler sobre las enfermeras que habían

estado en el pasillo aquel día: «... esa bajita que siempre está con su novio». Cage había dado por hecho que se refería a Tansy, pero Dixon había dejado muy claro que las enfermeras «no eran guapas».

Tenía que salir de allí. Una vez en el taxi, marcó un número de teléfono frenéticamente.

—¡Contesta! Vamos... ¡contesta! —no hubo respuesta en la habitación de Howard y en el teléfono de Ripley le salió directamente el contestador. El miedo lo dejó paralizado al oír la grabación de su voz. Ripley nunca desconectaba su teléfono.

—Más rápido, por favor —le suplicó al taxista.

En cuanto alcanzaron la puerta del hospital, Cage le tiró un billete al conductor y salió del vehículo antes de que se hubiera detenido del todo. Atravesó el vestíbulo y se paro frente a la fuente. La UCI de Cardiología estaba a un lado, al otro la Unidad de Oncología Radioterápica.

Belle los había oído mencionar que Howard llamaría a la policía cuando estaban en el aparcamiento. Eso lo convertía en claro objetivo, además estaba indefenso, atrapado en la cama.

Pero Ripley también estaba en peligro y Cage no podía perderla.

—¿Señor Cage? —era el jefe de seguridad, que lo había alcanzado en el pasillo y que le hizo sentir levemente aliviado.

—Mike, necesito que localice a Whistler. Dígale que venga a...

El corpulento vigilante parecía avergonzado.

—Lo siento mucho, señor Cage. Pero tengo que pedirle que me entregue su identificación y sus tarjetas de paso —le dijo impidiéndole el paso con una mano, fue entonces cuando Cage vio a los otros guardias de seguridad que iban hacia él.

«Maldita sea». Leo había llamado.

Cage extendió las manos en señal de paz a pesar de que su corazón le gritaba «¡Corre! Ripley está en peligro y te necesita.

Ya le había fallado a Heather. No iba a fallarle a Ripley.

—No me hagas eso, Mike. La doctora Davis y su padre están en serio peligro. Necesito que me ayude. Al menos haga como que no me ha visto.

—No puedo hacer eso, señor Cage. Las órdenes me vienen de arriba. Si le dejas entrar, perderé mi trabajo. Vamos, entrégueme sus cosas.

Cage dio un paso atrás consciente de la indecisión de aquellos hombres con los que había tomado café en varias ocasiones.

—Mañana a estas horas, será Leo Gabney el que haya perdido su empleo, Mike, y tú estarás justo detrás de él en la fila de la oficina de empleo si me haces esto —se lanzaron una dura mirada el uno al otro hasta que Cage acabó por explotar—. ¡Maldita sea! Tú mismo dices que Gabney es un miserable al que sólo le importa el dinero, ¿por qué te pones de su parte? ¡Vamos! Si no me ayudas, morirá gente.

—Lo siento, señor Cage —pero había un brillo extraño en sus ojos—. Voy a contar hasta tres, si no me da la identificación y las tarjetas, nos veremos obligados a detenerlo —amenazó mirando hacia los ascensores—. Uno...

Cage se dio media vuelta y echó a correr.

—Dos...

Apretó el botón del ascensor deseando que las escaleras estuvieran cerradas.

—Tres...

Las puertas se abrieron y Cage entró. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que aquellos ascensores subían al ala oeste del hospital, no a la Este, por tanto sólo podía ir a Cardiología, pero no a Oncología.

—¡Deténganlo!

Los guardias de seguridad alcanzaron el ascensor justo cuando las puertas se cerraban y Cage presionaba el botón que lo llevaría a Cardiología. Se aseguraría de que Howard estaba bien y después encontraría a Ripley.

Sólo podía rezar para llegar a tiempo. Esa vez no podía fallar a la mujer que amaba. No podía.

Ripley no podía moverse, pero todavía no sabía si importaba. Había una luz por encima de ella, el resto estaba borroso. ¿Estaba muerta? La duda la llenó de resentimiento.

Iba a abandonar a Cage ahora que acababa de encontrarlo. Nunca sabría cuánto deseaba que se quedara en el Boston General porque ella nunca le había pedido que lo hiciera.

Alguien estaba lloriqueando y Ripley tardó unos segundos en darse cuenta de que era ella. Quizá sí estaba viva. Quizá le quedara una oportunidad para pedirle a Cage que se quedara a su lado. Que la amara.

Cuando intentó enfocar la vista, la luz se le clavó en los ojos como un puñal y la hizo girar la cabeza. Un intenso dolor la invadió amenazando con hacerle perder el conocimiento de nuevo.

—¡Dios! —intentó agarrarse la cabeza, pero no podía mover las manos. Poco a poco las imágenes comenzaron a tomar forma. Estaba tumbada sobre una superficie dura y tenía unas correas sobre el pecho y los tobillos. Le dolía mucho la parte de atrás de la cabeza, aunque podía soportarlo si no se movía ni abría los ojos. Pero así no llegaría a ninguna parte.

Abrió un párpado y examinó la habitación a pesar de los pinchazos de dolor que le recorrían la cabeza y el cuello. Alguien la había golpeado, ahora lo recordaba. Había ido a la habitación de Milo y allí había recibido el golpe. ¡Milo! No estaba en su cama, ¿dónde estaría?

¿Y dónde estaba ella? El miedo se hizo aún más intenso que el dolor cuando reconoció el lugar. Era la sala de radioterapia. Estaba tumbada sobre la mesa metálica

bajo un acelerador lineal A55 igual al que había matado a la esposa de Cage.

—¡Dios mío! —el terror hizo desaparecer el dolor en un abrir y cerrar de ojos—. ¡Socorro! ¡Cage, ayúdame! —comenzó a moverse para intentar aflojar las correas que la ataban a la mesa.

—¿Qué ocurre?

Ripley no había oído el ruido de la puerta al abrirse, pero se volvió inmediatamente al oír aquella voz suave.

—¡Belle! Gracias a Dios que está aquí. Rápido, ayúdeme a desatar esto. Luego se lo explicaré.

La pequeña mujer que, de pronto no parecía tan mayor como siempre la había visto, se acercó a la mesa sonriendo.

—¿Qué tenemos aquí? Esto se ha aflojado un poco y eso no está bien, ¿verdad, doctora Davis?

—¿Qué? —atontada por el dolor y los golpes, Ripley observó sin comprender nada cómo Belle apretaba las correas.

—Usted normalmente utiliza esas endebles correas, pero yo prefiero éstas de plástico duro, ¿no le parecen mucho más resistentes? —preguntó acariciando las ataduras—. No podemos permitir que se escape, ¿no cree?

—¡Belle! ¿Qué está diciendo? ¿Por qué? —el miedo hacía que Ripley tuviera la atención dividida entre aquella mujer y el artilugio que tenía sobre ella, acechándola como un enorme buitre metálico.

—Porque se empeñó en investigar la muerte de Ida Mae, por eso —respondió con una voz que nada tenía que ver con la de la Belle que ella conocía—. Todo estaba yendo muy bien hasta ese momento. Yo estaba haciendo mi trabajo y usted el suyo. ¿Por qué tuvo que meter las narices en mi trabajo? ¿Por qué? El índice de muertes del departamento seguía por debajo de la media, ¿qué importaba que yo ayudara a algunas almas necesitadas a encontrar la recompensa final? No hacía daño a nadie.

—¿Y a las pacientes? ¿No les hacía daño a ellas? —respondió Ripley tratando de relacionar a la maternal voluntaria que conocía con la mujer que veía ahora dirigirse al ordenador que controlaba el acelerador.

—No les hacía daño —insistió Belle violentamente—. Las estaba salvando de una agonía larga y dolorosa. Del dolor y la soledad de la muerte. Así es como termina siempre —sus dedos volaban sobre el teclado con una soltura que hizo que Ripley se preguntara cómo habría aprendido a manejar el ordenador—. Resulta irónico, ¿no cree? —dijo de pronto, volviéndose a mirarla con una sonrisa en los labios—. Al principio tenía pensado matarla con el tallo de una de esas rosas de cristal. Me pareció poético y haría que todo el mundo sospechara del marido de Ida Mae, o de Whistler. Es un tipo muy raro ese técnico. El hospital estaría mejor sin él.

—No lo haga, Belle —suplicó Ripley al ver que el brazo metálico del acelerador comenzaba a moverse sobre su cuerpo.

—Pero cuando conocí la historia de Cage y vi lo que sentía por usted, pensé que esto sería mucho más apropiado —el ordenador emitió un zumbido—. Es muy sencillo si se leen las instrucciones detenidamente —volvió a sonreír y entonces Ripley vio la locura reflejada en su rostro—. Cuando les oí hablar de su pequeño golpe de estado esta mañana, supe que tenía que actuar. Anoche fallé con la moto, pero hoy no lo haré con esta maquinita —aseguró, dándole unas palmaditas al ordenador—. A papá nunca le pareció bien que las mujeres estudiaran, dijo que eso las hacía creer que estaban por encima de la labor que el Señor les había encomendado. Pero al final me dejó hacer algunos cursos para que algún día pudiera trabajar de secretaria o de enfermera.

Sonrió una vez más mientras la máquina se calentaba.

—Poco antes de morir, papá llegó a comprender que yo estaba haciendo el trabajo del Señor aquí, y murió feliz —entonces miró a Ripley y frunció el ceño—. Sin embargo usted no entiende mi misión. Creí que lo haría, usted es médico, debería comprender que hay que ayudar a la gente a que no sufra, pero no lo entiende. Por eso tiene que desaparecer. Si no, acabará estropeándolo todo.

—No lo haga, Belle —advirtió Ripley—. Si me mata, Cage la encontrará, la hará pedazos y le entregará los restos a mi padre. Tiene que haber otra manera de solucionar todo esto. Suélteme y la protegeré de ellos, se lo prometo. Nos encargaremos de todo y le conseguiremos ayuda. Suélteme, Belle.

—Me parece que no, querida. Ellos no me preocupan. Ya me he encargado de su padre y tengo algo preparado especialmente para Cage. El Señor me ayudará a continuar con mi misión.

Belle apretó una última tecla que hizo que se abriera el ojo de buitre del acelerador lineal A55.

—Si tiene alguna oración, éste es un buen momento.

Cage llegó corriendo a la UCI de Cardiología y lo primero que vio fue que el puesto de enfermeras estaba desierto. Después se encontró con que la puerta de la habitación de Howard estaba cerrada con llave.

—Maldita sea.

El miedo se apoderaba de él y no dejaba de preguntarse si habría llegado tarde. ¿Estaría Belle esperándolo dentro o se habría ido ya? Intentó mirar por la ventana que daba al pasillo, pero estaba tapada por un enorme cartel que advertía del peligro de radiación. ¿Sería una broma siniestra de Belle?

Maldijo una vez más y después decidió arriesgarse. Golpeó la puerta con el hombro infligiéndose un dolor inaguantable y sin conseguir ningún resultado. Acto seguido pateó el picaporte con furia hasta que por fin cedió.

¿Dónde estaban las enfermeras? Debería haber al menos dos de servicio y alguien debería haber acudido al oír el ruido que estaba haciendo. A menos que no pudieran acudir, pensó mientras imaginaba a las enfermeras atadas y amordazadas en algún

lugar.

—¿Belle? ¿Señor Davis? —Cage entró en la habitación con el corazón en un puño—. ¿Señor Davis? ¿Howard? —gritó rezando por obtener una respuesta.

De pronto escuchó un ruido tras la puerta cerrada del baño.

La abrió de una patada y se encontró con Howard Davis, vestido y listo para la reunión del consejo; pero atado al inodoro, con una cinta tapándole la boca y una vía por la que Belle le había inyectado un líquido marrón verdoso procedente de una bolsa que estaba ya a la mitad.

—Esto le va a doler —le avisó antes de retirar la aguja que tenía metida en la vena—. ¿Está bien? —con un juramento de desesperación, le retiró la cinta adhesiva de la boca y lo desató—. ¡Howard! ¿Está usted bien?

—No, no estoy bien —tenía la voz débil, pero seguía resultando autoritaria—. Una voluntaria me dio las medicinas y lo siguiente que recuerdo es que desperté atado al inodoro y con un líquido repugnante entrándome por la vena. ¿Cómo le parece que me encuentro?

—No se preocupe, señor. Tengo que llevarlo a un sitio seguro y después debo ir a buscar a Ripley —lo levantó y lo llevó hacia la puerta mientras se preguntaba cómo alguien tan bajito como Belle habría conseguido arrastrarlo hasta el baño.

La adrenalina, recordó de pronto, podía hacer que una madre levantara un coche que tuviera atrapado a su hijo, así que seguramente también podía conseguir cosas más siniestras.

—¿Por qué tienes que ir a buscarla? ¿Es que no está contigo? —preguntó Howard, mirando hacia todos lados—. ¿Dónde demonios está? —se agarró el brazo izquierdo con fuerza—. ¿Está sola con esa mujer por ahí suelta? ¿Cómo lo has permitido, Cage?

—Yo...

—¡Quieto!

Aunque sabía que no llevaban armas, Cage se quedó momentáneamente paralizado por la llegada de tantos hombres de uniforme.

—Aléjese del paciente, señor Cage —ordenó Mike—. Y acompáñenos. El señor Gabney viene hacia aquí y quiere hablar con usted.

—Gabney se puede ir al infierno —espetó Howard quitándole a Cage las palabras de la boca—. ¿Sabe quién soy?

—Sí, señor —respondió Mike—. Y sentimos mucho que lo hayan molestado.

—¿Les gusta su empleo?

Los vigilantes asintieron al unísono.

—Bien. Pues si quieren conservarlo, vayan con Cage y encuentren a mi hija. Si le pasa algo, los despediré a todos, ¿entendido?

Cage ya había salido por la puerta antes del último «Sí, señor». Sólo esperaba que no fuera demasiado tarde.

—Belle, no tienes por qué hacerlo —Belle estaba peleándose con el ordenador y Ripley hizo un esfuerzo por parecer tranquila mientras intentaba sacar el tallo de cristal de su bolsillo sin que Belle la viera. Cuando lo consiguió, lo movió adelante y atrás sobre la correa que le cruzaba el pecho. Adelante y atrás. Adelante y atrás.

—Este estúpido ordenador... ¡ah! Ya lo tengo. No se preocupe, lo he programado para que le lance un rayo de alta intensidad directo al corazón. No morirá tan lentamente como lo hizo la pobre mujer de Cage. Usted me cae demasiado bien como para hacerle algo así —el acelerador, que se había quedado mudo hacía unos minutos, volvió a rugir con fuerza. Belle sonrió serenamente—. Pero por mucho que usted me guste, doctora Davis, no puedo permitir que se interponga en mi misión. Lo entiende, ¿verdad? Claro que, ahora que lo pienso, seguramente ustedes los médicos no vean mi trabajo con buenos ojos. Ustedes sólo ven las estadísticas y se olvidan de los pacientes. No tiene ni idea de lo duro que es para ellas cuando vuelven a casa con su marido y sus hijos sin pelo y con una enorme cicatriz donde antes solía haber un pecho.

Se puso en pie y se acercó a la mesa donde estaba tumbada Ripley, que seguía tratando de cortar la correa. El tallo de cristal se hundió en su dedo, pero ella ocultó el dolor mientras decía:

—La mastectomía completa es cada vez menos usual —«distráela, sigue hablando para mantenerla distraída», aquellas instrucciones eran lo único que hacían que Ripley no gritara.

—Pero entonces no era así —siguió contando Belle—. No cuando mi madre se puso enferma —volvió junto al ordenador, pero no se sentó—. Mi padre no podía ni mirarla. Ella había sido tan bella, pero él le dijo que después de la operación y de la quimio estaba espantosa. Le dijo que nunca habría tenido cáncer si hubiera sido mejor esposa, mejor persona. El Señor la había abandonado. Y cuando volvió a caer enferma, le dijo que rezara —se dirigió a ella de nuevo—. ¿Usted reza, doctora Davis?

—No tanto como debería —Ripley cortó con fuerza, los dedos le resbalaban en su propia sangre, pero la correa comenzaba a ceder—. Siento mucho que su madre muriera, Belle.

—Yo no —dijo con una crueldad que no concordaba con su rostro angelical—. Al final, ella deseaba morir. Me dijo que habría sido mejor que hubiera muerto en el hospital la primera vez, cuando todavía era bella. Mi padre y yo solíamos visitarla y se ponía muy contenta al vernos. Era tan guapa y yo la quería tanto. Siempre deseé haber muerto antes, cuando todavía estaba en paz.

Ripley recordó a las seis mujeres fallecidas cuando esperaban conocer a su nieta o celebrar su aniversario. Todas ellas habían muerto porque eran felices. Dios, Belle estaba salvando a su madre una y otra vez.

—Pero ¿por qué con radiactividad, Belle? —preguntó para no dejarse llevar por el dolor de los cortes que se estaba haciendo en el dedo. Tenía que distraerla para poder liberarse y salvar a su padre. Y volver con Cage.

Tenía que decirle que lo amaba.

—¿Por qué contaminar sus cuerpos si eso haría que resultara más fácil descubrirlo?

Los ojos azules de Belle se clavaron en ella, como si estuviera juzgándola y descubriendo sus imperfecciones.

—Las marqué para que las reconocieran a las puertas del paraíso. Mi padre siempre decía que Dios había olvidado a mi madre. Yo no quería que eso les sucediese a mis pacientes preferidas —respondió con calma antes de volver a sentarse al teclado.

El ojo del buitre cambió de rojo a amarillo, indicando que el acelerador estaba casi listo. Ripley se sobresaltó al verlo y el cristal se le escurrió de los dedos, cayendo al suelo con un incómodo tintineo.

—¿Quién eres? —susurró Ripley mirando a la mujer que creía conocer.

—Soy tu salvadora —respondió Belle por encima del zumbido del acelerador—. Todos los hombres son malos. Cage no habría tardado en abandonarte, como abandonó a su esposa. Lo sabes tan bien como yo. Ahora no tendrás que pasar por tanto dolor. Morirás como su mujer y él recibirá su castigo, sabiendo que te falló igual que le falló a... como se llamara.

—Heather —añadió Ripley con los labios repentinamente cerrados—. Se llamaba Heather.

Frente a ella, el ojo del buitre cambió del amarillo al verde.

Cage y los guardias de seguridad recorrieron el pasillo hasta llegar a la capilla, donde se quedaron confundidos al ver que la puerta se abría y que, al hacerlo, caía a sus pies un cuerpo pequeño y débil.

—¡Milo! —Cage se arrodilló a su lado—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está tu silla?

—Belle me dejó detrás del altar y me dijo que me quedara ahí —respondió el chico con la voz más fuerte que nunca—. Estaba muy rara, me ha dado miedo. Me ha dejado el bate de béisbol, pero se ha llevado la silla de ruedas para que no pudiera ir a ningún lado. Y no dejaba de hablar de la doctora Rip, ¡creo que quiere hacerle daño, señor Cage! ¡Tiene que ayudarla!

Cage levantó a Milo del suelo y se lo dio al guardia más cercano.

—Cuida de él. Voy a buscar a la doctora Rip, ¿de acuerdo? —le preguntó al niño y después agarró el bate—. Y me llevo esto.

—Espere —dijo sacando algo blanco del bolsillo—. Para que tenga suerte.

Cage aceptó la pelota y asintió. El tacto de la pelota en su mano le dio una sensación de calma que casi había olvidado.

—Gracias, muchacho. Lo has hecho muy bien, la doctora Rip estará muy orgullosa.

El rostro de Milo se cubrió de un maravilloso rubor que borró parte de su extrema palidez.

Cage continuó por el pasillo acompañado del resto de los guardias y, al llegar a la entrada de la Unidad de Oncología, se detuvo.

—Quedaos aquí y esperad a mi señal —esperó hasta que todos los guardias asintieran antes de escabullirse hacia los despachos, con cuidado de no sobrepasar la altura de las ventanas.

La puerta estrecha que conducía al vestíbulo que había entre los despachos y el gran número de salas que daban a dicho vestíbulo, hacían que resultara muy difícil intentar un ataque frontal. La única alternativa era entretener a Belle hasta que llegara la policía. Con sus armas.

Cage se negaba a pensar siquiera en la posibilidad de que fuera ya demasiado tarde. Ripley tenía que estar bien.

La puerta del despacho de Ripley estaba abierta y eso le daba miedo porque significaba que Belle ya se había marchado, o que estaba esperándolo. Estirándose todo lo que pudo, Cage decidió entrar en el despacho con el bate en posición de ataque.

No había nadie. Estaba a punto de probar en el despacho contiguo, cuando oyó un zumbido que le pareció conocido.

Alguien estaba poniendo en marcha el A55.

Con todos los músculos del cuerpo tensos como las cuerdas de una guitarra, Cage divisó la sala de radioterapia y se dio cuenta de que no iba a tener tiempo. Belle estaba dándole la espalda, sentada al teclado del ordenador. Ripley estaba atada a la mesa metálica bajo el láser gigante y siniestro.

Una vez que la secuencia programada se ponía en funcionamiento, no se podía parar. Aunque recorriera el pasillo a toda velocidad y retirara a Belle de los mandos, no tendría tiempo de evitar que el acelerador lanzara sus partículas al cuerpo de Ripley.

La maquina estaba perfectamente protegida para garantizar la seguridad de los que la operaban. Pero quizá...

Se detuvo en mitad del vestíbulo. Ni Belle ni Ripley lo habían visto, las dos tenían toda la atención puesta en el A55; una con regocijo y la otra con horror. Se quedó mirando a la máquina y borró todo de su mente salvo el pequeño puerto circular que había junto a la luz verde. Aquél era el punto débil del acelerador, gracias a las innumerables horas de investigación, sabía que con un solo golpe en ese lugar, podía inutilizar el A55. Quizá.

Cage tocó la bola de béisbol. «Para que tenga suerte», le había dicho Milo. Y en un movimiento que había practicado miles de veces siendo un niño y un millón más

como adulto, golpeó la bola con el bate tan fuerte como pudo y en dirección a la imaginaria zona de strike. Vio cómo la pelota volaba y se alejaba irremediamente del A55.

Ripley oyó un golpe y vio pasar por encima de ella una pelota de béisbol. El corazón le dio un vuelco con una oleada repentina de esperanza.

«¡Cage!»

Belle también oyó el ruido. Agarró algo que había detrás del ordenador y se dirigió hacia la puerta con una sonrisa salvaje en los labios. Ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor, el acelerador lineal estaba preparado para disparar... directo al corazón de Ripley.

—¡Cage! ¡Ayúdame! —sacudió el cuerpo de manera compulsiva y entonces sintió cómo la correa medio cortada cedía. Se movió aún con más fuerza hasta que el plástico se rasgó del todo, permitiéndole inclinarse hacia un lado.

El láser golpeó la mesa metálica a sólo unos centímetros de su cuerpo.

—¡Ripley! —Cage corrió a su encuentro y tuvo que agacharse cuando Belle intentó alcanzarlo.

En la mano llevaba una jeringuilla con un líquido claro que quizá no fuera nada más que agua, pero algo le hacía creer a Ripley que se trataba de algo mucho más dañino.

—No dejes que te toque con eso —le gritó, mientras se peleaba con la correa que seguía inmovilizándole los tobillos.

Belle debía de haber programado el acelerador de modo repetitivo pues el disparo se repetía cada diez segundos, aunque resultaba inofensivo siempre que se mantuviera fuera de su alcance.

—Espera, Belle —le pidió Cage, dejando el bate en el suelo y extendiendo las manos hacia adelante—. No voy armado y no voy a hacerte daño. No queremos hacerte daño, sólo queremos que alguien te ayude.

—¿Es que no lo entiende? —preguntó Belle furibunda—. No necesito ayuda. Soy yo la que ayuda a los demás. Estoy haciendo que esas mujeres continúen siendo felices. Todo iba bien hasta que la doctora Davis comenzó a desconfiar —apretó la parte inferior de la jeringuilla con el dedo pulgar haciendo que saliera una sola gota.

No era nada radiactivo, pensó Ripley, quizá fuera adrenalina pura, algo más que suficiente para parar el corazón de un hombre adulto.

—Cage —volvió a gritar Ripley, recordando las palabras de Belle—. Y mi padre y Milo...

—Están bien. Llegué a tiempo de salvar a Howard y Milo es un héroe.

Belle gruñó al oír aquello, justo en el momento en el que Ripley consiguió soltarse la última correa y fue a colocarse frente a Cage.

—¡Quédate donde estás! —ordenó Belle y Cage se echó hacia atrás, con tan mala

suerte que pisó la pelota de béisbol y perdió el equilibrio. Cayó al suelo de bruces, momento que aprovechó Belle para ir hacia él jeringuilla en mano.

Sin pararse a pensarlo dos veces, Ripley agarró el bate del suelo y se abalanzó sobre ella para golpearle la cabeza. Belle cayó junto a Cage protestando y haciendo juramentos y amenazas de todo tipo.

—¡Perra! —chilló Belle tratando de ponerse en pie. Lo consiguió y se tambaleó por la sala agarrándose la cabeza con ambas manos. Fue directa hacia el acelerador, que se preparaba para lanzar su mortífero rayo una vez más.

—¡Cuidado! ¡Belle! —Ripley fue tras ella y la tiró al suelo en el momento en el que la máquina descargaba radiación por última vez.

Un segundo después, todo estaba en silencio. Cage estaba sentado en el suelo apoyado en la pared y Ripley se quedó de pie observando a Belle, que había quedado tirada junto al acelerador. En un acto reflejo, se agachó a comprobar el pulso, era muy débil.

—¿Belle? —la giró para colocarla boca arriba. Tenía las manos pegadas al pecho y los dedos ensangrentados agarraban el tallo de una rosa de cristal. Había caído sobre el improvisado cuchillo de Ripley.

En sus labios había una dulce sonrisa de satisfacción.

—Paz —susurró con su último aliento.

Ya muerta, se parecía más a como debía de haber sido de niña, antes de que el fallecimiento de su madre y el fanatismo de su padre la convirtieran en un ser retorcido.

—Ripley.

Se volvió al oír la voz profunda de Cage. Seguía apoyado en la pared agarrándose el hombro y ella sintió un profundo alivio al comprobar que sólo había vuelto a hacerse daño en el hombro que se había lesionado al salvarle la vida.

—¿Está muy mal? —le preguntó arrodillándose junto a él.

—No estoy seguro —susurró al tiempo que abría la palma de la mano y le enseñaba la jeringuilla. La aguja estaba clavada hasta el fondo en el músculo del brazo—. Dímelo tú.

—¡No! —gritó y después se mordió al labio para contenerse. Tenía que comportarse como la doctora que era y tratar de tranquilizar al paciente, aunque sintiera que se le rompía el corazón en dos—. No es más que un arañazo —le mintió mientras sacaba la jeringuilla tan suavemente como le permitían sus temblorosas manos.

—Mentirosa.

—No ha entrado toda la dosis —esa vez decía la verdad, la jeringuilla tenía todavía más de la mitad de la carga—. Te vas a poner bien.

Había ruido en el vestíbulo.

—¿Está todo bajo control, señor Cage?

Cage sonrió tensamente, pero tenía el cuerpo empapado en sudor, símbolo inequívoco de que la adrenalina estaba recorriéndole las venas.

—¡No! —gritó ella hacia el vestíbulo—. Traigan inmediatamente una camilla y un equipo de cardiología. Tenemos un posible caso de sobredosis de adrenalina.

—A mí no me parece tan malo, Rip —susurró Cage tirando de ella hasta que pudo besarle los labios. Le agarró la mano y se la llevó al pecho, donde se podían notar los acelerados latidos del corazón—. Es como me encuentro cada vez que te veo —el beso se hizo más intenso—. Es como estar enamorado.

Su mano fue perdiendo fuerza y se le cerraron los párpados.

—¡Quédate conmigo, Cage! ¡No te atrevas a dejarme ahora! ¡No me dejes!

Pero había esperado demasiado para decir aquellas palabras.

Capítulo 15

—¿Te has fijado en que sólo he utilizado este despacho una semana? —preguntó Cage a Whistler mientras llenaba otra caja de cartón—. Ni siquiera. Empecé a trabajar aquí el viernes pasado, y hoy es jueves.

—Sin contar que pasó el lunes por la noche y la mitad del martes ingresado en Cardiología, mientras el hospital entero se venía abajo —el joven técnico tenía en la mano la sudadera de la suerte de Cage—. ¿Quiere esto?

Negó con la cabeza, dejando el pasado atrás.

—No. Quédatela, así te acordarás de mí.

Un ruido atravesó la puerta entreabierta haciendo que Cage levantara la vista y que se le cerrara la garganta.

Ripley.

Cada vez que se había despertado durante las largas y confusas horas en las que había estado tratando de eliminar toda la adrenalina de su cuerpo, ella había estado allí, agarrándole la mano, limpiándole el sudor de la frente, hablándole. Después se había dormido y cuando había despertado, ella había desaparecido.

No había vuelto a verla desde entonces y no había querido pensar qué significaba eso.

—¿Ya estás empaquetando todo? —entró en el despacho y Whistler desapareció automáticamente.

—Nuevo trabajo, nuevo despacho —la miró de refilón, tratando de interpretar la expresión de su rostro. ¿Acaso pensaba que las palabras «te amo» significaban tan poco para él? ¿Estaba tan impaciente por verlo marchar que no estaba dispuesta a repetir lo que le había pedido cuando estaba en el suelo a punto de perder el conocimiento?

«No me dejes», le había dicho. Pero... ¿lo habría dicho de verdad?

—Claro —respondió apretándose las manos—. ¿Adonde vas?

—No muy lejos —respondió sin más detalles y casi se sintió aliviado cuando el director en funciones asomó por la puerta.

—Cage. Caroline. ¿Todo en orden? —Howard Davis estaba pálido pero tranquilo. Su operación de bypass se había retrasado hasta la semana siguiente, una vez que el nuevo director ocupara su plaza. Leo Gabney había sido despojado de su cargo y se le había abierto un expediente. Todavía no se sabía si presentarían cargos contra él o no.

El tiempo lo diría, igual que diría cómo sería el Boston General a partir de ese

momento.

—Padre —le dijo Ripley con cierto cansancio—, ¿por qué insistes en llamarme Caroline?

Howard sonrió y le dio unos golpecitos a su hija en la mano.

—Es el segundo nombre de tu madre. Todos estos años, cuando te llamaba Caroline me daba la sensación de que seguía teniendo una parte de ella cerca de mí.

Ripley frunció el ceño.

—Está viviendo en casa contigo, padre. Vas a irte al cine con ella dentro de una hora y dentro de un par de meses vais a hacer un crucero juntos. Ahora la tienes bastante cerca, ¿crees que podrás empezar a llamarme Ripley?

Howard refunfuñó, pero era obvio que lo hacía sólo por aparentar.

—Lo pensaré —respondió antes de dirigirse a Cage—. ¿Estás listo?

Cage levantó la última caja. El hombro seguía doliéndole enormemente, pero el médico le había recetado un analgésico y tenía que ir a verlo cuando bajara la hinchazón.

—Sí.

—¿Qué? —Ripley no habló, gritó—. ¿Eso es todo lo que tienes que decir? —se acercó hasta él y le golpeó el pecho con el dedo índice—. ¿Es que crees que puedes llegar aquí, poner mi departamento patas arriba, decir que me amas y marcharte sin decir una palabra? Pues no es así, Zachary Cage. No pienso consentirlo —se dio media vuelta y miró a su padre—. Dimíto.

—¿Qué? —Howard parecía más entretenido que alarmado, mientras que Cage sentía un repentino júbilo llenándole su maltrecho corazón.

—Que dimíto —repitió con firmeza—. Me voy a donde vaya él.

—¿Y qué pasa con la Unidad de Oncología? Es tu vida —ahora sí, su padre estaba perplejo.

—Puede que hayas cambiado, padre, pero es evidente que no lo suficiente. El hospital era tu vida y mira dónde te ha llevado... diez años solo mientras tu mujer jugaba al golf. Yo no quiero que me pase lo mismo. Me gusta mucho este hospital, pero amo más a Zach. Si él no está, yo tampoco quiero estar aquí.

Padre e hija se miraron a los ojos un momento antes de que Howard asintiera.

—Si estás segura.

Ripley se volvió hacia Cage.

—Lo decías en serio, ¿verdad? Cuando me dijiste que me fuera contigo, ¿no lo dijiste sólo porque estabas seguro de que diría que no?

El júbilo estalló en su corazón llenando hasta los rincones más oscuros y abandonados de su alma. Se echó a reír y se acercó a ella hasta apoyar la frente sobre la suya y darle un beso en la nariz.

—Claro que lo decía en serio, Rip. Te amo y quiero que estés a mi lado. Estoy preparado para darte todo lo que tengo y mucho más. Quiero casarme contigo y tener hijos y pasar el resto de mi vida amándote.

Ripley cerró los ojos y sonrió.

—Bien. Eso es lo que quiero yo también —volvió a dirigirse a su padre—. Dimito.

Howard se encogió de hombros.

—Pues vas a tener que entregar tu renuncia oficial al nuevo director. Tengo entendido que es muy estricto con las normas.

—¿Ya has contratado a alguien? —Ripley salió del despacho siguiendo a su padre, pero antes se volvió a mirar a Cage—. ¿Vienes conmigo?

—No me lo perdería por nada del mundo —respondió rápidamente. Al salir del despacho pudo oír la risa contenida de Whistler y los otros, que habían escuchado toda la conversación.

«Sí», pensó Cage, «el Servicio de Protección Radiológica funcionará bien a partir de ahora». Whistler iba a ser un excelente jefe, aunque Cage le había aconsejado terminar los estudios de medicina. Habría sido un magnífico patólogo.

Ya en el ascensor, Cage recostó la mejilla en el cabello de Ripley mientras se preguntaba si la planta de administración tendría un cuarto de la limpieza.

—Bueno, aquí estamos —anunció ella, junto a la puerta de lo que había sido el despacho de Leo Gabney.

—¿Estás cambiando de opinión? —preguntó Cage con calma, aunque se sintió aliviado al ver que ella negaba con la cabeza.

—Es un paso importante, eso es todo.

—Ni te lo imaginas —murmuró Cage, mientras la seguía al interior de la enorme habitación, donde un ventanal proporcionaba una imagen privilegiada del puerto de Boston. La maqueta del Ala Gabney ya había sido trasladada a pediatría, allí los niños podrían jugar con ella a su antojo.

—No está —dijo decepcionada.

Howard se limitó a sonreír mientras Cage dejaba la caja encima del escritorio y se sentaba en la silla. Se inclinó hacia delante y golpeó la mesa con el puño al estilo Gabney.

—Petición denegada, doctora Davis. El hospital la necesita ahora más que nunca, dadas las nuevas responsabilidades que tendrá que afrontar su departamento. No puedo dejarla dimitir.

—Cage, esto no es para tomárselo a risa —pero sus ojos chispeaban con incipiente esperanza, como si una parte de ella hubiera comprendido ya lo que la otra parte se negaba a creer.

Él se puso en pie y fue hasta su lado.

—No es ninguna broma, Rip. Tu padre es un hombre muy persuasivo. Además —comenzó a decir antes de levantarle el rostro y besarla suavemente en los labios—, tú me pediste que me quedara contigo. ¿O es que no lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

En sus labios se dibujó una misteriosa sonrisa que llevó a la memoria de Cage el momento en el que se había fijado en ella por vez primera, en la reunión de Protección Radiológica; sentada en primera fila, mirándolo como si fuera todo lo que había deseado en la vida.

—Te amo, Zachary Cage.

—Yo también te amo, Caroline Ripley Davis.

Esa vez su sonrisa brillaba con una intensidad cegadora, pero entonces frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—¿Nuevas responsabilidades? ¿Qué es lo que va a tener que afrontar mi departamento?

—No mucho. Un tipo rico que no tenía nada mejor en qué gastar el dinero ha donado un amplio terreno en la ciudad al Boston General. Tu departamento tendrá que administrarlo para alojar a las familias de los enfermos de cáncer mientras dichos enfermos estén ingresados —hizo una pausa para darle oportunidad de asimilar la noticia—. La familia de Milo se trasladó a mi ático ayer. Ahora que ha superado la crisis, podrá visitarlos allí.

—¡Cage! —exclamó emocionada—. ¡No es posible!

—Claro que es posible —la corrigió con una carcajada—. ¿Quieres ir a buscar casa?

Tenía la intención de darle un beso breve, pero parecía que ella no pensaba lo mismo y respondió apasionadamente, quizá para recordarle todo lo que había estado a punto de perder dos días antes.

Su vida. La mujer que amaba.

Cage se separó de ella al caer en la cuenta de la presencia de su padre. Pero Howard se apresuró a tenderle una mano.

—Felicidades, Cage. Creo que he decidido que me gustas como yerno.

—Gracias, señor. Me alegra saberlo —respondió Cage estrechando su mano.

Howard se volvió hacia su hija.

—Felicidades. Me alegro mucho por ti... Ripley.

Ripley se lanzó a los brazos de su padre mientras Cage presenciaba la escena encantado. Tenía el corazón rebotando de amor. Se llevó la mano al bolsillo y palpó la pelota de Milo y, al hacerlo, sintió una suave caricia en los labios, como si la brisa se

hubiera detenido en ellos un poco más de lo normal.

«A nuestra primera hija la llamaremos Heather», pensó Cage. «Gracias por todo».

Y el aire que lo rodeaba suspiró una vez y se detuvo.

Fin